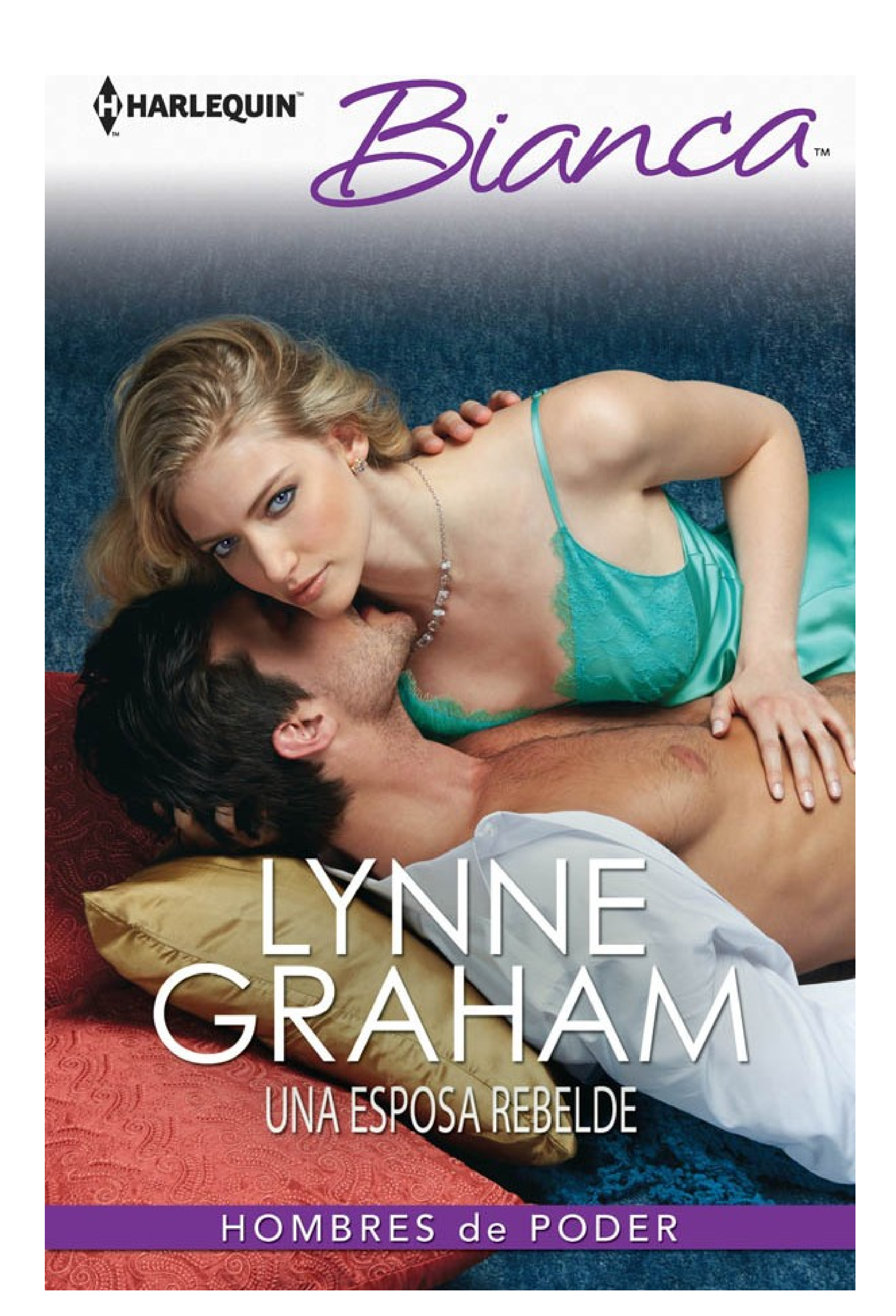

HARLEQUIN
Bianca
LYNNE
GRAHAM
UNA ESPOSA REBELDE
HOMBRES de PODER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una esposa rebelde, n.º 98 - noviembre 2014
Título original: Christakis's Rebellious Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4871-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

UN divorcio puede ser civilizado –pronunció Cristo Ravelli con estudiado tacto.

Nik Christakis casi soltó una burlona carcajada ante semejante frase de su hermano, apenas dos meses mayor que él. En realidad el sincero respeto que sentía por su hermano fue lo único que contuvo su afilada lengua. Después de todo, ¿qué podía saber Cristo sobre la ira y el caos que generaba un divorcio amargo? Era un hombre recién y felizmente casado que no había vivido esa experiencia… ni tampoco muchos de los otros sucesos desagradables que te podía presentar la vida. Como resultado, era tan recto como una regla; no tenía ni esquinas, ni curvaturas, ni escondites. Podía comprender su compleja y oscura experiencia tan poco como un dinosaurio comprendería al verse catapultado a un cuento de hadas lleno de magia.

–Sé que probablemente te estarás preguntando de dónde saco el valor para ofrecerte consejo –señaló Cristo sagazmente–. Pero Betsy y tú una vez tuvisteis una buena relación y sería mucho más sano para los dos que dejarais de lado las tensiones y las rencillas…

–Pues en ese caso te encantará oír que mañana Betsy y yo vamos a vernos cara a cara en presencia de nuestros abogados en un esfuerzo por llegar a un acuerdo –bramó Nik con sus oscuros, pero hermosos, adustos rasgos.

–Es solo dinero, Nik y… *Dio mio*… –suspiró Cristo pensando irónicamente en el enorme imperio que había construido su hermano, un magnate adicto al trabajo–. De eso tú tienes mucho…

Nik apretó sus perfectos dientes blancos y sus ojos verdes se encendieron con un brillo de furia apenas contenida.

–¡Esa no es la cuestión! –lo interrumpió bruscamente–. Betsy está intentando acabar conmigo y robarme la mitad de lo que tengo…

–No puedo entender por qué está exigiendo tantas cosas. Habría jurado que no era una mujer materialista ni interesada. ¿Has

intentando hablar con ella, Nik?

Nik frunció el ceño.

–¿Por qué iba a intentar yo hablar con ella? –le preguntó asombrado ante una sugerencia que, claramente, le pareció una locura–. Me echó de nuestra casa, dio inicio a los trámites de divorcio ¡y ahora mismo está intentando sacarme miles de millones!

–Tuvo buenos motivos para echarte de casa –le recordó Cristo con tristeza.

En respuesta, Nik apretó los labios. Él tenía las ideas muy claras sobre el porqué del derrumbe de su matrimonio. Se había casado con una mujer que decía que no quería hijos y que después había cambiado de opinión. Sí, era cierto que él había optado por ocultarle cierta información privada tras aquella revelación, pero había dado por hecho que su cambio de opinión era un mero capricho o una reacción hormonal; un impulso que, con suerte, se le pasaría tan rápidamente como había llegado.

–Era mi casa –respondió Nik con rotundidad.

–Así que ahora estás pensando en quitarle Lavender Hall también además del perro –dijo Cristo con tono grave.

–Gizmo también era mío –Nik miró al perro en litigio, al que tenía bajo su cuidado desde hacía dos meses y que seguía siendo víctima de una profunda depresión perruna. Gizmo estaba tumbado junto a la ventana rodeado por un despliegue de juguetes intactos, y con su corto morro apoyado sobre sus peludas patas con gesto melancólico. El animal tenía lo mejor que el dinero podía comprar, pero, a pesar de los esfuerzos de Nik, el maldito chucho seguía echando de menos a Betsy.

–¿Tienes idea de lo hundida que se quedó cuando le quitaste al perro?

–Las tres hojas de instrucciones manchadas de lágrimas que lo acompañaban me dieron una pista –dijo con ironía–. Le preocupaba más el perro de lo que yo llegué a preocuparle nunca…

–¡Hace menos de un año Betsy te adoraba! –le gritó Cristo a su hermano condenando esa insensible respuesta.

Y Nik tenía que reconocer que le había gustado que lo adorara; le había gustado mucho, la verdad. Cuando la adoración se había convertido en un odio violento y en preguntas que no podía responder, no había tenido ganas de seguir con esa nueva situación.

Habían sido preguntas que podría haber respondido si se hubiera visto obligado, admitió para sí, pero no habría soportado quedarse ahí de pie viendo la expresión de pena u horror de Betsy si le hubiera contado la verdad. Había ciertas verdades que un hombre tenía derecho a ocultar porque algunas eran demasiado espantosas como para compartirlas.

–Quiero decir… –Cristo vaciló–. Cuando me animaste a hablar con Betsy, a hacerme amiga suya después de vuestra ruptura, pensé que era porque la amabas y querías recuperarla y pretendías que yo actuara como intermediario…

El rostro de Nik, aplastantemente hermoso, se arrugó en una mueca.

–No la amaba. Nunca he amado a nadie –admitió con frialdad–. Me gustaba, confiaba en ella. Era una buena ama de casa…

–¿Ama de casa? –Cristo se quedó anonadado con la descripción porque era un término anticuado que a Nik, con su aspecto de tipo adaptado a los nuevos tiempos, no le iba nada.

–Una buena ama de casa –repitió Nik suponiendo que Cristo, que siempre había tenido un hogar decente, no podía comprender cuánto podía atraerle a él ese talento en una mujer–. Pero mi confianza en ella estaba fuera de lugar y está claro que no quiero recuperarla.

–¿Estás absolutamente seguro de eso? –insistió Cristo.

–*Ne*… –confirmó en griego de manera instantánea. Aunque aún no estuviera divorciado, ya había seguido adelante con su vida. Después de todo, Betsy siempre había sido una novia excéntrica para un multimillonario griego, pero había aparecido durante un momento complicado en su vida y pertenecía a esa fase, no al nuevo comienzo del prometedor futuro que él estaba imaginando. En los seis meses que habían pasado desde el fin de su matrimonio, él había cambiado y estaba muy orgulloso de ello. Se había despojado de su pasado disfuncional, había pasado de ser un hombre con más exceso de equipaje que un jumbo a ser una versión de sí mismo mucho más eficiente. Lo último que quería hacer ahora era repetir errores pasados. Y Betsy había sido un grave error.

Por mucho que Betsy hubiera intentado ocultarlo, se la veía tan

nerviosa en compañía de sus representantes legales mientras esperaban en la elegante sala de reuniones que solo un mínimo sonido habría bastado para sobresaltarla.

Su tensión nerviosa era comprensible. Después de todo, hacía seis meses que no veía a Nik, seis meses durante los cuales su corazón ya roto había sido pisoteado una y otra vez, y después lo poco que le quedaba se había hecho pedazos. Se había negado a verla o a darle cualquier tipo de explicación sobre su comportamiento y en un instante ella había pasado de ser una mujer felizmente casada intentando tener su primer hijo a una esposa traicionada, herida y confundida.

Había echado a Nik de casa porque él prácticamente la había abandonado. Después de su despiadado engaño, la fuerza de su contraataque casi la había destruido y se había marchado sin mirar atrás. Había reaccionado como si tres años de matrimonio, que ella había creído felices, no significaran absolutamente nada para él. Demasiado tarde había caído en la cuenta de que se había casado con un hombre que nunca le había dicho que la amaba, que más bien había dicho que no creía en el amor y para el que, en todo momento, sus asuntos de negocios, y no ella, habían sido su prioridad.

Así que después de aquella devastadora traición y de su rechazo final, no había sido una sorpresa que hubiera terminado contraatacando. Y sabía que ese comportamiento haría que él pasara de sentir aparente indiferencia hacia ella a sentir un profundo odio. Pero no le importaba; no, no le importaba lo más mínimo lo que Nikolos Christakis pensara de ella. El amor había muerto cuando se vio forzada a admitir lo poco que él había pasado a valorarlos a ella y a su matrimonio, y suponía que ahora estaba sumida en un intento más que patético de castigarlo por haberle roto el corazón de un modo tan despiadado.

Venganza. No era una palabra ni bonita ni femenina, pero sí que era lo último que un tiburón de los negocios manipulador y artero como Nik Christakis se esperaría nunca de la que una vez había sido su sumisa esposa y que pronto sería su exmujer. No se había preocupado de ella, pero sí que se había preocupado de su preciado dinero. En la vida de Nik no había mayor objetivo que la búsqueda despiadada del beneficio y la conservación de esa enorme riqueza

personal. Betsy sabía que, si podía minar a Nik en el terreno económico, al menos, por fin le haría daño. Después de todo, había hecho falta que le reclamara la mitad de sus posesiones para poder reunirse cara a cara con él. Quedaba más que patente que a Nik el dinero le importaba más que ella o su matrimonio.

Unas pisadas se oyeron por el pasillo y Betsy se tensó. La manilla de la puerta emitió un ligero ruido, pero la puerta permaneció cerrada y ella se quedó paralizada y con el corazón en la garganta.

–Deja que hablemos nosotros –le recordó Stewart Annersley, su representante legal.

Lo cual era igual que decirle que ella no estaba a su nivel; aunque eso era algo que ella ya sabía. Apenas podía creerse que se hubiera pasado tres años enteros en ese mundo superfluo y esnob de Nik y que, aun así, todavía pudiera seguir siendo tan ingenua y fácilmente impresionable. ¿Qué decía esa actitud sobre ella? ¿Que era estúpida? ¿Que no sabía identificar ni a las personas ni sus motivaciones? Se había quedado apesadumbrada cuando Nik le había quitado a Gizmo, que había sido su único consuelo. A pesar de que no era un hombre al que le gustaran los perros, había insistido en llevarse al animal. ¿Por qué?

Betsy creía que lo había hecho porque era un controlador obsesivo. Evidentemente, lo que era suyo, seguía siéndolo siempre, a menos que se tratara, claro, de una esposa desechada y descartada. Su ataque más reciente había sido ir a por la casa que a él nunca le había gustado y que ella había adorado. ¿Por qué? Estaba claro que era suya y que él había pagado la reforma, pero solo la había comprado para complacerla. ¿O no? ¿Lo habría hecho simplemente porque había visto Lavender Hall como una prometedora inversión? Betsy tenía cada vez más dudas sobre lo que creía que habían sido las motivaciones de Nik.

Sin previo aviso, la puerta se abrió de golpe enmarcando al alto y musculoso cuerpo de Nik. El corazón le golpeteo frenéticamente un segundo y después sintió como si le hubiera dejado de latir porque durante lo que pareció un interminable momento no se pudo mover, no pudo respirar, no pudo hablar, ni siquiera pudo pestañear. Ese hombre irradiaba puro carisma sexual.

Sus ojos extraordinariamente claros resplandecían como brillantes esmeraldas en su oscuramente hermoso rostro; tenía una

mirada digna de atención e impactantemente astuta. Miles de recuerdos amenazaron con consumirla, desde el de su desastrosa primera cita hasta su idílica luna de miel y la soledad de su vida una vez se había impuesto la realidad. Luchó contra ellos. No se lo volvería a hacer, se juró con vehemencia. No volvería a hacerle perder los nervios.

Alzó la barbilla, puso los hombros rectos y lo miró con cuidado de no establecer contacto visual directo a pesar de que por dentro seguía agonizando por su presencia, preguntándose cómo les había pasado todo eso, cómo el hombre al que había adorado podía haberse convertido en su peor enemigo. ¿Dónde se había equivocado? ¿Qué había hecho para que la tratara con semejante hostilidad y crueldad?

Y aunque la paranoia y la autocompasión amenazaron con superarla durante un peligroso instante, dentro de su cabeza oyó las palabras que una vez Nik le había dirigido: «Deja a un lado la manía persecutoria y la culpabilidad. No todo es culpa tuya. No se te castigará ni en este mundo ni en el siguiente por ningún pecado que hayas cometido. Las cosas malas te las manda la vida sin más…».

Nik miraba a Betsy con compulsiva intensidad. ¿Había encogido? Bueno, tampoco es que hubiera sido muy grande nunca ni de estatura ni de talla; en realidad apenas pesaba cincuenta kilos con la ropa empapada. Rodeada por su cuadrilla legal se la veía totalmente eclipsada. Sí, sin duda había perdido peso. Asaltado por un viejo instinto protector, se preguntó si estaría comiendo bien, aunque al instante aplastó ese pensamiento y lo lanzó a lo más profundo de su mente por considerarlo inapropiado. Eso ya no era asunto suyo, como tampoco lo era que su abogado, Annersley, estuviera demasiado cerca de ella y mirando con admiración el delicado perfil de Betsy como si fuera un premio que quería conseguir. Porque, claro, si Betsy conseguía aunque fuera una mínima parte de todo lo que él poseía, se convertiría en un gran trofeo para todo hombre maquinador y calculador.

Esa idea no le afectaba, no, nada en absoluto, se dijo Nik con fuerza sentándose en la silla con demasiado ímpetu. Sin duda habría

otros hombres en el futuro de Betsy porque era una belleza. Deslizó la mirada sobre su pálido rostro. Siempre le había recordado a una figurita de cristal tallado, frágil en todos los sentidos, esa clase de mujer a la que un hombre quería proteger y mimar. ¿Pero adónde lo había llevado esa caballerosa actitud que solo le había mostrado a ella?, se preguntó. Lo había conducido hasta un tribunal de divorcios y un futuro pobre, como el de otros miles de hombres estúpidos. «Quiero un bebé» le había dicho ella con lágrimas en sus ojos azules y con labios temblorosos, rompiendo así su acuerdo prematrimonial, intentando reescribir la historia egoístamente y a su antojo… Y no se había dado cuenta de que a él se le había hundido el mundo en cuanto había hablado.

Estaba claro que ahora Betsy tendría ese hijo tan deseado con cualquier otro hombre. De pronto le dio un vuelco el estómago. Se bebió de un trago la taza de café solo que le habían ofrecido y se quemó la boca. Betsy estaba intentando robarle tal como el gigoló de su padre, Gaetano, había intentando robar a su madre, Helena. Sin embargo, Helene Christakis había sido demasiado lista para dejarse engañar por Gaetano Ravelli y el cociente intelectual de Nik estaba muy por encima del de su madre.

La cuestión era que ya no le importaba un comino Betsy. Al igual que un alcohólico, estaba siguiendo tratamiento, y ese tratamiento era volver a verla y no sentir nada. Y ahí estaba: diminuta, exquisitamente provocativa en cada detalle, desde su sedoso cabello rubio claro y su piel de porcelana hasta la voluptuosidad de sus naturales labios rosados. Apretando la mandíbula, le buscó fallos y los anotó en su mente: la pequeña protuberancia de su nariz, sus sutiles pecas, su pequeña estatura y escasas curvas. En el aspecto físico se encontraba muy lejos de ser perfecta… así que ¿qué había visto en ella?

Sin previo aviso, Betsy alzó la mirada y sus suaves pestañas se elevaron para dejar ver unos ojos del color del océano más profundo haciendo que la lujuria se apoderara de él, golpeándolo como con un puño de hierro que tensó su poderoso cuerpo e hizo que sus músculos se pusieran a la defensiva mientras el deseo iba aumentando en su entrepierna y tensando sus pantalones sastre. Esa reacción lo impactó, y hacía falta mucho para impactar a Nik. Es más, la consternación que siguió a ese instante hizo que se le

cubriera de sudor el labio superior y lo recorriera un gélido frío mientras intentaba con todas sus fuerzas ocultar esa inoportuna respuesta. Tal como razonó con determinación, estaba claro que su momentánea excitación no era más que el recuerdo de un viejo hábito por estar cerca de una mujer que le era sexualmente familiar.

Betsy se quedó mirando fijamente la mesa mientras se llevaban a cabo las formalidades legales. Nik se encontraba en el otro extremo, lo suficientemente alejado como para poder ignorarlo visualmente, aunque toda ella estaba luchando contra sus ganas de girar la cabeza en su dirección y mirarlo. ¡Había pasado un agonizante largo tiempo desde la última vez que se había permitido el lujo de mirarlo! Un instinto que no pudo contener le hizo alzar la cabeza y durante un explosivo segundo se topó con los impresionantes ojos verdes de Nik, unos ojos que resultaban impactantes en ese rostro oscuro y tremendamente hermoso que tenía.

De pronto no pudo ni respirar ni moverse y se vio controlada por las más primitivas respuestas. Un intenso ardor surgió en lo más profundo de su ser y sintió sus pechos inflamarse bajo su sujetador y sus pezones tensarse en forma de inflamadas cúspides. Una mezcla de imágenes eróticas la asaltaron y un ardiente rubor arrasó con su palidez. Más tarde le dolería pensar que Nik había tenido la fuerza de ser el primero en desviar la mirada, pero en el instante en que se produjo esa desconexión ella dio gracias, sin más, por verse liberada de un terrible deseo.

Después de todo, Nik le había hecho pasar un infierno. Se había mantenido en silencio cuando debería haber hablado, e incluso había permitido que ella pasara por la horrenda humillación de descubrir la verdad por boca de uno de sus hermanos.

«Lo lamentarás», la había advertido Nik el día que lo había echado de casa, pero su único pesar entonces había sido no haber descubierto antes lo que le había estado ocultando.

Mirando atrás, sabía que aquel día se había comportado como una loca. Una locura transitoria se había apoderado de ella en cuanto su mundo se había desmoronado a su alrededor. Había gritado, había soltado toda clase de improperios y él se había quedado ahí, como una roca golpeada por un tempestuoso mar;

aparentemente nada afectado ni por su furia, ni por sus lágrimas, ni por sus súplicas reclamando una explicación. Es más, no había pronunciado nada más que la fría confesión de que lo que su hermano pequeño, Zarif, le había contado era efectivamente cierto: Nik se había sometido a una vasectomía con veintiún años y no existía ninguna posibilidad de que pudiera tener nunca un hijo con ella. Pero no la había hecho partícipe de ese secreto y, de un modo imperdonable, había permitido que sufriera viendo cómo durante meses no lograba quedarse embarazada. ¿Por qué no le había dicho la verdad? ¿Por qué?, había preguntado una y otra vez, y él la había mirado sumido en un siniestro silencio, negándose a explicar su comportamiento.

Marisa Glover, la célebre abogada de divorcios que se encontraba al lado de Nik, estaba mirando a Betsy con unos fríos ojos azules y así, como si nada, le preguntó por qué creía que una mujer que nunca había tenido nada, que no había sido más que una camarera disléxica antes de casarse y que no había trabajado desde entonces, debía tener derecho a reclamar la mitad del patrimonio de su marido.

–Admitámoslo… no tiene hijos a los que mantener –les recordó la gélida rubia a todos los presentes.

De pronto, Betsy palideció y se encogió por dentro, horrorizada, como apartándose de unos virtuales golpes físicos con la eficacia de auténticas bombas. Nik se lo había contado; les había contado que era disléxica y sintió como si le hubieran echado encima un cubo de agua helada. En cuanto al recordatorio de que no tenía hijos, eso había sido un golpe más cruel todavía teniendo en cuenta que Nik le había negado de manera consciente y maquiavélicamente lo que ella tanto había anhelado.

Su abogado intervino para llevar el tema hacia una dirección más práctica.

Nik observó el pálido y tenso rostro de Betsy, el inquieto aleteo de sus pestañas, la tirantez de sus labios, y supo que se sentía dolida, humillada y horrorizada por el comentario de su abogada. Marisa era la mejor abogada matrimonial de Londres y él siempre contrataba a los mejores. Pero ahora él tenía sus perfectos dientes blancos apretados y sus bronceados dedos cerrados en un puño y apoyados sobre un largo y poderoso muslo. ¿Es que Betsy se había

esperado que fuese por las buenas? ¿Había pensado que en su divorcio podía quedar algo sagrado, algo que se mantuviera en secreto? ¿Tan inocente era?

Aún estaba esperando a que su equipo legal atacara porque, sin duda, tendrían munición. Sobraba decir que no quería que la información sobre su secreta vasectomía se aireara. Eso era privado y, en su opinión, bastante más que la dislexia que ella estaba tan avergonzada de padecer.

Aun así, la mirada atribulada de dolor y traición que reflejaba su expresivo, aunque controlado, rostro, le afectaba le gustara o no, y una sensación de desagrado e impaciencia se formó en él por haber humillado a Betsy delante de toda esa gente.

Annersley estaba ocupado recordándole a Marisa que Nik se había negado a permitir que Betsy trabajara durante su matrimonio, dejando entrever, si bien del modo más sutil, que ese hombre era un machista retrógrado. Marisa estaba señalando que Betsy carecía de la educación requerida para obtener otra cosa que no fuera un empleo de lo más penoso y que no se podía esperar que un hombre del estatus social de Nik aceptara a una esposa con un empleo mediocre.

De pronto algo hizo que Nik perdiera el control sobre su inestable temperamento y, sin pensar qué estaba haciendo, apoyó las manos en el borde de la mesa y se levantó con una brusquedad que dejó atónitos a todos los presentes. Con una dura expresión, bramó:

–Dios mío… ¡ya basta! Esto termina aquí. Marisa, eres bien consciente de que Betsy regenta sin ayuda de nadie su negocio en Lavender Hall…

–Bueno, sí, pero…

–Por ahora hemos terminado aquí –concluyó con dureza y decisión–. No discutiré esto más …

–Pero no se ha llegado a ningún acuerdo –se quejó Annersley.

Con reticencia, Betsy miró a Nik, apenas capaz de dar crédito a que hubiera puesto fin a esa humillante reunión. No, era imposible que lo hubiera hecho por su bien; eso se negaba a creerlo. Debía de tener algún motivo oculto para haberlo hecho. Se sentía herida y degradada después de que hubieran sacado a relucir el tema de su dislexia, sin mencionar el recordatorio sobre el hecho de que nunca

hubiera terminado sus estudios. Le enfurecía pensar que Nik era el culpable, ya que él mismo se había quejado cuando ella había estado asistiendo a clases nocturnas para sacarse el grado superior y, finalmente, había tenido que dejarlas. Y por mucho que él hubiera viajado por todo el mundo sin cesar durante su matrimonio, cuando estaba en casa siempre le había dejado muy claro que ella tenía que estar ahí, a su lado. Y al final Betsy había cedido ante sus egoístas protestas creyendo ingenuamente que con eso él estaba admitiendo que la necesitaba y agradecida, en el fondo, de que ese hombre que nunca le decía que la amaba no pudiera soportar echarla de menos o tenerla lejos.

–Habrá otra reunión –dijo yendo hacia la puerta sin mirar hacia Betsy en ningún momento.

Betsy se bajó del tren y fue caminando hasta su coche.

Estaba furiosa consigo misma, tanto como avergonzada por haber reaccionado ante la presencia de Nik de ese modo, dejándose afectar por su letal atracción sexual como una jovencita tonta que no se conoce a sí misma o no tiene ningún tipo de defensa. No quería sentir nada, nada absolutamente, estando cerca de Nik. Después de todo, eso era lo que él merecía: nada. La esposa de Cristo, Belle, le había dicho que debía volver a salir con alguien y que hasta que no lo hiciera no superaría lo sucedido con Nik. Por desgracia, lo último que necesitaba después del dolor de la ruptura de su matrimonio era otro hombre por el que preocuparse. Hacía falta mucho para atender a un hombre; Nik se lo había enseñado.

Sus pensamientos atribulados ya estaban llevándola de nuevo al pasado. Había conocido a Nik Christakis mientras trabajaba como camarera en un pequeño restaurante que había enfrente de su oficina.

Le había gustado mucho su trabajo. «Si un trabajo merece la pena, merece la pena hacerlo bien», le había dicho su difunta abuela cuando era niña y ella había seguido esa máxima siempre. Se negaba a sentirse humillada por haber tenido un empleo humilde o mal pagado, aunque siempre había sabido que, si su abuela siguiera viva, se sentiría muy decepcionada por su falta de estudios. Su encantadora abuela le había dicho que, empleando algo más de

tiempo y con la ayuda de un especialista, podría superar su dislexia y que eso no era excusa para aspirar a poco en la vida. Betsy, sin olvidarlo, había elegido ese trabajo porque le permitía asistir varios días a la semana a clases nocturnas. Por entonces había tenido grandes planes sobre un prometedor futuro.

En aquellos días nunca se le había pasado por la cabeza que un hombre pudiera interponerse entre sus estudios y ella. Tenía veintiún años y había salido con algún que otro chico, pero nadie especial, nadie capaz de comprometer a su corazón o tentar a su cuerpo. Cuando había visto a Nik por primera vez, él estaba sentado a una de las mesas del restaurante bajo el sol de primavera: una belleza masculina impactante ataviada con un abrigo negro de cachemira, con unos ojos verdes que enmarcaban sus increíblemente largas y espesas pestañas, y que hizo que la invadiera un intenso cosquilleo mientras le pedía un café. No se había fijado en que aquella primera vez Cristo estaba con él y tampoco se había percatado de la presencia de unos hombres trajeados junto a la pared con actitud protectora, sus guardaespaldas. Como siempre, Nik había sido el centro de atención. El corazón le había latido tan fuertemente que le había parecido como si se le hubiera subido a la garganta, y había temido que la asfixiara.

Cuando él le había pedido un segundo café, le había dejado sobre la mesa una galleta de obsequio, pero él se la había devuelto.

–No tomo azúcar… nunca –le había dicho suavemente, con su acento extranjero ronroneando a cada sílaba con un inquietante erotismo.

–Ojalá yo pudiera decir lo mismo –le había respondido Betsy guardándose la galleta en el bolsillo para después. Siempre había estado hambrienta, ya que en los términos de su contrato no aparecían ni las comidas ni los tentempiés gratis–. Pero aun así tengo que traerle la galleta con el café. Es la política del establecimiento.

–Pues me parece un desperdicio –había dicho él con una sonrisa burlona–. Aunque tienes pinta de que te puedan venir muy bien unas cuantas calorías.

–Soy muy delgada. Siempre lo he sido –había contestado apenas fijándose en el silencioso escrutinio de su acompañante.

–Delgada pero monísima –había respondido Nik recorriendo con la mirada sus esbeltas proporciones y haciéndola sonrojarse–. Muy, muy mona.

Y ella se había marchado corriendo para ir a por ese segundo café preguntándose qué demonios le pasaba. No había sido el primer cliente que había intentado flirtear y normalmente se lo había tomado como una mera broma, prefiriendo esa actitud antes que la de los ocasionales asquerosos que habían alargado la mano si ella se acercaba demasiado. No se le había ocurrido que él hubiera podido decir en serio ninguno de esos comentarios. Después de todo, se había fijado en su abrigo y en el elegante traje negro que llevaba debajo y que lo catalogaban como un ejecutivo de altos vuelos que, por lo tanto, estaba totalmente fuera de su alcance.

En la siguiente ocasión que le había servido él le había ofrecido la galleta antes de nada y ella se había sonrojado y respondido apresuradamente:

–No, gracias. Mi jefe me ha dicho que no se nos permite comer las galletas porque da mala imagen.

–¿En serio? –había preguntado él enarcando una ceja negra–. A lo mejor debería hablar con él…

–No, por favor, no diga nada –le había respondido nerviosa y apartándose con la bandeja.

–Si tanto te preocupa, no lo haré. Por cierto, me llamo Nik –había añadido con naturalidad.

Y aquella misma tarde había llegado a su trabajo una caja de galletas increíblemente caras con una tarjeta que decía «Nik». Se había sentido más avergonzada que complacida, sobre todo cuando su jefe, Mark, se había fijado en el envío, le había preguntado si el regalo era de un cliente y había fruncido el ceño en gesto de desaprobación tras habérselo confirmado. Cuando le había dado las gracias a Nik por el obsequio, él le había quitado importancia, como si le pareciera demasiado poco importante para, siquiera, mencionarlo.

Después de aquello, Nik había ido todos los martes y se había sentado a charlar con Cristo en un idioma extranjero y a atender llamadas al móvil constantemente. Solo verlo la había llenado de emoción y mirarlo a los ojos la había electrificado por todas partes con descargas de calor y frío que le recorrían el cuerpo de manera

incontrolable. No le había pasado desapercibido el hecho de que él la hubiera observado también y que le hubiera dejado propinas ridículamente elevadas que habían llenado el bote de los camareros como nunca antes.

–Ten cuidado con ese tipo –la había advertido Mark una mañana–. Acabo de enterarme de quién es. Es Nik Christakis y es el dueño del edificio de oficinas que hay enfrente, NCI, Nik Christakis Industries. Y, ¿adivina qué? En la que, sin duda, será una amplia cartera de negocios ya tiene una gran cadena de cafeterías y no me gustaría que la tomara con nosotros.

–¿Es el dueño del edificio de ahí enfrente? –había preguntado Betsy con la voz entrecortada.

–¿Es que no te has fijado nunca en sus guardaespaldas? –le había preguntado Mark con gesto de exasperación ante su falta de observación–. Tiene que ser un hombre extraordinariamente rico para necesitar seguridad y tú tendrías que preguntarte por qué está aquí en nuestro local, visitando los bajos fondos.

Betsy se había sentido una estúpida por no haberse dado cuenta de que en ese pequeño restaurante Nik estaba tan fuera de lugar como la nieve en julio. Lo había buscado en Internet y había descubierto que era griego y que Cristo era su hermano de padre. También se había enterado de que había crecido en un mundo muy distinto al suyo. Avergonzada por los sueños de adolescente que había estado albergando hacia él hasta ese momento, desde entonces había empezado a mostrarse más comedida y reservada cada vez que lo tenía delante.

–¿No hay ninguna sonrisa para mí? –le había preguntado Nik en su siguiente visita, agarrándola de los dedos para detenerla y desconcertarla con ese gesto–. ¿Sucede algo?

Con sus ojos celestes abiertos de par en par, ella se había sonrojado.

–No, nada. Es que estamos muy ocupados y estoy un poco distraída.

–Cena conmigo mañana por la noche –le había soltado él sin previo aviso.

Impactada por la invitación, y sin apenas creerse que estuviera hablando en serio, Betsy se había apartado bruscamente y había agarrado la bandeja.

–Lo siento, no puedo. Tengo una clase…

–Pues entonces la próxima noche que tengas libre –había replicado él con suavidad.

–No tenemos nada en común –había protestado Betsy.

–Pero me gustas porque eres distinta –la había informado con un susurro.

Ella cerró los ojos asombrada ante semejante descaro y tembló como si todo su interior se estuviera viendo sometido a un enorme vendaval.

–No funcionaría –había respondido ella en voz baja.

–Si yo digo que funcionará, entonces funcionará. ¿Cuándo? –había insistido sin piedad.

–Eh… el viernes –había admitido ella en el sofocante silencio y consciente del incrédulo escrutinio de su hermano–. El viernes por la noche estoy libre.

–Te recogeré a las ocho y media –había contestado Nik con tranquilidad antes de pedirle la dirección.

Cuando a continuación se había apartado para ir a atender otra mesa, había oído a Cristo discutir con su hermano y había supuesto que el hermano de Nik no estaría dando crédito a que su hermano le hubiera pedido una cita a una camarera.

Nik había hecho caso omiso a sus objeciones y ella debería haberse dado cuenta de ese detalle: Nik no se rendía jamás hasta conseguir lo que quería.

Era implacable, imparable y terco como una mula.

Capítulo 2

NIK estaba aposentado en su limusina con Jenna, una preciosa rubia que le había parecido el antídoto perfecto para su complicada mañana. Era alegre y divertida y no buscaba nada serio. Lo había invitado a su apartamento y los dos tenían muy claro lo que sucedería allí. Ahora estaba acurrucada contra él, con la mano posada posesivamente sobre un poderoso y largo muslo. De pronto él se tensó, resistiéndose a un fuerte deseo de apartarla. Estaba divorciándose, se recordó obstinadamente. Era un hombre libre. Ya era hora de que actuara conforme a ese cambio de estado civil.

Jenna se situó casi sobre su regazo para besarlo y, en un movimiento defensivo, él echó la cabeza atrás y los labios de ella acabaron en su mandíbula. Su aroma lo invadía y no le agradaba. No porque oliera mal, sino porque había algo en ese olor que le resultaba inexplicablemente… desagradable. Llevó una mano hasta su hombro y, accidentalmente, le rozó el pelo con sus largos dedos. Le resultó áspero en lugar de sedoso; no quería tocarlo. Furioso consigo mismo, se obligó a dejar de hacer comparaciones. Tal vez por eso no estaba respondiendo ante esa atractiva mujer tal como lo haría un hombre sano y normal.

Thee mou… Su cuerpo estaba demostrando tanta reacción como un bloque de madera, pensó con frustración. Algo estaba pasándoles a su cabeza y a su libido y, aunque no sabía qué, tampoco era un tema que quisiera discutir con su terapeuta. Se había visto obligado a explorar aspectos bastante desagradables con la buena doctora y, aunque tenía todo el respeto del mundo por el sentido común y la discreción de esa mujer, aún había cosas que se negaba a compartir con ella. Tal vez se había quitado de encima el oscuro peso de su pasado disfuncional y se sentía más fuerte por ello, pero la libertad de volver a sus antiguos hábitos taciturnos también le suponía un gran alivio. Compartir sus intimidades no era algo que le saliera de forma natural a un hombre tan reservado como él. Y todo ello era un innecesario recordatorio más de que tener algún tipo de contacto

con Betsy seguiría arruinándole la vida, restándole opciones y recordándole sus limitaciones mientras le arrebataba la energía, el deseo sexual y la implacabilidad que siempre lo habían hecho tirar para delante en su vida.

Su móvil sonó y lo sacó disculpándose, aunque ya sabía de antemano que no iría al apartamento de Jenna. Estaba claro que no lo atraía lo suficiente, pensó con determinación. Cuando a eso le añadía el impensable hecho de que, por primera vez en su vida, pudiera llegar a fracasar entre las sábanas, su necesidad de probarse y demostrar que había dejado atrás su matrimonio quedaba descartada.

No, para lograr ese objetivo necesitaba un enfoque mucho más civilizado, admitió con tono amenazador y olvidándose por un momento de su acompañante. Dejar de lado las peleas con Betsy sería una buena estrategia. Aunque eso no significaba que fuera a darle un montón de dinero, a concederle peticiones ridículas o, peor aún, a hablar con ella tal y como Cristo le había sugerido de forma tan absurda. No quería hablar con Betsy. No lograría mantener el control si hablaba con ella y ese esfuerzo que había hecho al romper el hielo entre los dos se veía destruido por muestras de hostilidad o rencor por parte de su exmujer. No, tener una conversación estaba descartado. Demonios, ¿por qué no se encargaban de las conversaciones los abogados?

El día después de la reunión Betsy estaba colocando los artículos en las nuevas estanterías de la tienda y dio un paso atrás para evaluar su trabajo.

Tal vez había pasado por un infierno desde que se había roto su matrimonio, pero su abrumadora necesidad de mantenerse ocupada y de retarse mentalmente, por irónico que pareciera, le había asegurado unos meses asombrosamente productivos y creativos en el terreno laboral. La pequeña tienda en la que vendía verduras, frutas y huevos frescos, y que Nik le había permitido abrir a regañadientes en la granja situada detrás de la casa, se había triplicado en tamaño para albergar la zona de alimentos horneados y comidas caseras que había creado. Desde entonces había añadido la sección de regalos donde se podía adquirir de todo, desde flores

secas a artesanía local. Al otro lado del jardín, estaban remodelando una antigua casita de campo en ruinas para transformarla en una pequeña cafetería.

Detrás del mostrador, su encargada, Alice, estaba charlando alegremente con un cliente habitual que realizaba su compra semanal. En un principio, la había contratado para asegurarse de poder estar en casa siempre que Nik estuviera allí, pero, aunque actualmente podía invertir muchas más horas en el trabajo, seguía teniéndola en la tienda. Después de todo, el negocio se había expandido y a Alice se le daba muy bien ocuparse del tema económico mientras que a ella le encantaba tratar con los proveedores y buscar nuevos artículos.

Además, Alice era lo suficientemente sensata como para comprender cuándo no hacer preguntas incómodas. Divorciada de un marido que la engañaba y criando a tres hijos, sabía muy bien lo que eran las noches en vela y el sufrimiento. No había dicho ni una palabra cuando había llegado al trabajo algunas mañanas y se había encontrado toda la mercancía recolocada, la fruta tan brillante que parecía pulida y el suelo tan limpio que podía ver su cara reflejada en él. Betsy había ido encontrando refugio en el trabajo cuando no podía dormir, pero existía una razón mucho más práctica detrás de las largas horas que invertía en el negocio.

Su principal objetivo era que Lavender Hall saliera adelante sin ayuda de nadie porque la mortificaba la idea de tener que depender de Nik toda su vida. Si el negocio prosperaba lo suficiente, con ello podría mantenerse y cubrir los sueldos de los empleados requeridos no solo para llevar el negocio, sino también para mantener la casa y el huerto. A decir verdad, reclamar una buena cantidad de la fortuna de Nik no había sido únicamente un acto de agresión o venganza, sino más bien un contraataque tras su incomprensible insistencia en que vendiera Lavender Hall. La casa le ofrecía a Betsy una incomparable fuente de ingresos con la que podía mantenerse y tenía muchas más ambiciones e ideas para el futuro.

El teléfono del mostrador sonó y Alice respondió.

–Es para ti –le dijo a Betsy.

Edna, el ama de llaves de la casa, estaba al otro lado de la línea.

–Tiene visita, señora Christakis. ¿Le sigue pareciendo bien que me tome la tarde libre? –le preguntó nerviosa la mujer mayor.

Edna y su marido, Stan, que se ocupaba del huerto, le habían ofrecido un apoyo continuo en casa después de que hubiera tenido que reducir el servicio tras la marcha de Nik. Ahora sin Nik ni sus exigencias de tener servicio instantáneo siempre que lo requería, no había tenido necesidad de tener un chef particular, un chófer y un montón de doncellas.

–Por supuesto –le aseguró Betsy mientras se preguntaba por qué no le habría dado el nombre de la visita. Estaba claro que sería alguien familiar, posiblemente Cristo o incluso su esposa, Belle, pensó esperanzada porque le apetecía tener compañía agradable que le diera ánimos.

Betsy apreciaba a Belle, una irlandesa pelirroja de piernas larguísimas llena de vitalidad y de un gran sentido del humor. Poco a poco se había ido convirtiendo en una amiga en la que confiaba a pesar de que lo que Belle podía decir de Nik eran, más bien, palabras irrepetibles. Betsy, en cambio, admiraba cómo Belle y Cristo se habían hecho cargo de los cinco niños que la madre de Belle había tenido durante su larga relación con Gaetano, el padre de Nik y Cristo. Nik jamás habría sacrificado su libertad personal por algo así, tuvo que admitir con dolor y preguntándose cómo había podido estar tan ciega ante la realidad de que al hombre al que quería como padre de sus hijos ni siquiera le gustaran los niños.

Tras estirarse la falda ajustada sobre sus caderas y bajarse las mangas del jersey rosa que llevaba, Betsy salió de la tienda y atajó por el huerto cercado saliendo por la puerta del muro que conducía directamente al amplio jardín trasero de la mansión. Cuando Nik había protestado ante su deseo de poner un comercio en su casa, ella le había recordado el tamaño de ese muro y había añadido que la apertura de la carretera de la antigua granja protegería la intimidad de la casa de los clientes y del tráfico. Nik no se había quedado muy convencido y había cedido únicamente porque sabía que ella necesitaba algo en lo que estar ocupada mientras él viajaba tanto.

Y aun así ahí estaba, dirigiendo ya no la tienda que él le había proporcionado a modo de hobby, sino su propio negocio, pensó con determinación e intentando animarse con ese reconfortante recordatorio. ¿Quién se habría imaginado que pudiera llegar a tener esa capacidad? Por supuesto, sus padres no, ya que nunca habían

esperado mucho de ella. Había sido su abuela, una profesora jubilada, la que se había asegurado de que recibiera la ayuda que necesitaba para hacer frente a su dislexia. A decir verdad, los padres de Betsy nunca habían tenido tiempo para ella y se habían sentido avergonzados de sus dificultades a la hora de leer y escribir. Es más, estaba convencida de que su concepción había sido un accidente, ya que incluso de niña había sido consciente de que sus padres lamentaban todo lo que les suponía la paternidad, independientemente de lo mucho que su abuela los había ayudado. Habían muerto en un accidente de tren cuando tenía once años. Para entonces su abuela ya había muerto y Betsy había tenido que pasar a un hogar de adopción; aquello, su fría y solitaria infancia, había supuesto el primer motivo para hacerle pensar que no querría tener hijos nunca.

Tras atravesar la espaciosa y vacía cocina, Betsy corrió hasta el gran salón y se detuvo impactada cuando vio al alto hombre de hombros anchos y pelo negrísimo de espaldas a ella junto a la puerta delantera que seguía abierta.

Nik ya lo había observado todo a su alrededor con interés y enseguida se había percatado de los cambios que se habían llevado a cabo allí desde su marcha seis meses antes. El mobiliario tenía un poco de polvo y no había flores frescas adornando la mesa central, ni siquiera el fuego encendido en la gran chimenea. Pero encima de todo ello estaba viendo la imagen borrosa de una Betsy moviéndose por ese vestíbulo antes de que las reformas hubieran hecho habitable ese edificio.

–¿No es increíble? –había exclamado ella emocionada y con el rostro iluminado como un árbol de Navidad su primera noche en Lavender Hall.

–Hay que tirarla abajo –había respondido Nik.

–No hay que derribarla entera. ¿Es que no puedes sentir su atmósfera? ¿El carácter que tiene este lugar? ¿No te puedes imaginar cómo quedaría con un poco de trabajo?

«Un poco de trabajo con una bola de demolición», había pensado Nik adustamente, nada contento con los ladrillos rotos, el suelo lleno de fragmentos de las ventanas y un techo con goteras.

Ella lo había obligado a acompañarla a dar una vuelta por toda la casa mientras charlaba con entusiasmo sobre cómo esa propiedad isabelina era un tesoro que se encontraba en la lista de edificaciones históricas en peligro. Desde el principio a él le había parecido horrible y totalmente alejada de su idea de una casa de campo cómoda y agradable, aunque sí que había reconocido que Betsy se había enamorado perdidamente de ella y, a pesar de no ser lo que él quería, había accedido a comprarla para ella, en un acto generoso que durante los siguientes meses se había vuelto en su contra cuando los costes de la reforma habían alcanzado cotas desorbitadas.

Ne… sí, había actuado como un marido cariñoso y atento, pensó contrariado. Había intentando hacer feliz a su mujer, le había dado todo lo que había querido con la única excepción de aquel último e imposible requerimiento, y seguía sin poder creer que su matrimonio hubiera quedado destruido por el deseo de Betsy de tener un bebé a toda costa. Antes de casarse le había parecido muy convincente el modo en que ella había mostrado su rechazo a la idea de tener hijos.

Con el rostro tenso por el rumbo de sus pensamientos, Nik se giró frunciendo el ceño justo cuando Betsy salía por la puerta de la cocina. Parecía agobiada; su cabello rubio claro caía sobre sus delicados y sonrojados rasgos haciendo que sus ojos parecieran más malvas que nunca y recalcando la forma rosa y voluptuosa de sus labios sin maquillar.

Un deseo instantáneo iluminó a Nik desde dentro como un estallido de fuegos artificiales e impactante calor que le robó el aliento. Sin el más mínimo aviso, todo lo que no había sentido en la limusina con Jenna el día antes, ahora lo invadió tensando cada uno de sus músculos y provocándole un acelerado palpitar en la entrepierna que le hizo querer golpear algo para calmar su frustración.

–Betsy –dijo con la respiración algo entrecortada.

Betsy se había quedado paralizada como alguien que se hubiera topado con un muro de ladrillo. ¿Por qué demonios no la había advertido Edna? La voz tremendamente sexy de Nik cayó sobre ella como un rico helado de vainilla cubierto de chocolate negro derretido, vibrando sobre su tensa espalda… Su voz, la primera

arma en su importante arsenal de atracción. ¡Ahí estaba Nik, en el vestíbulo donde nunca había imaginado volver a encontrarlo! Su repentina visita había supuesto un enorme impacto para ella, que parpadeaba como sin poder creer lo que veía y respiraba entrecortadamente intentando prepararse para lo que solo podía ser una mala noticia.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó afligida antes de darse cuenta de que no era buena idea mostrar abiertamente su consternación.

–Tenía que verte.

Nada convencida, Betsy lo miró sin más. Su traje gris oscuro de diseño moldeaba a la perfección cada músculo de su esbelto y poderoso cuerpo. Grande y fuerte, era una fuerza brutal de la naturaleza bajo una fachada elegante y sofisticada. Durante los meses que habían vivido separados, él no había hecho ningún intento de verla, así que ¿por qué ahora? Sin embargo, su cerebro funcionaba con dificultad ahora que se veía frente a Nik. Esos oscuros y finos rasgos la atraían como el calor del fuego en un día helado. Tenía el hermoso rostro y el cuerpo clásico de un dios mitológico, unos ojos tan brillantes como esmeraldas que despertaban una atracción tan arraigada en ella que no sabía ni dónde empezaba ni cómo podía liberarse de ella. Sintió un hormigueo por el cuerpo y se le erizaron los pelos de la nuca al verse sometida a ese escalofrío de deseo. Tenía el corazón acelerado.

Y entonces, gracias a Dios, una voz desde fuera rompió el sofocante silencio.

El golpeteo de unas pisadas y un ladrido inolvidablemente familiar hizo que Betsy abriera los ojos de par en par y saliera corriendo hacia la puerta. Un terrier emocionado que no dejaba de sacudirse y de gimotear saltó a sus brazos y cubrió cada parte de su cuerpo con besos perrunos.

–Lo siento mucho, señor. Ha saltado por la ventanilla –dijo el chófer sin aliento por el esfuerzo de correr detrás del perro.

Nik a punto estuvo de comentar que era la primera vez que Gizmo había dado muestras de estar vivo en los dos meses que había estado con él después de habérselo quitado a Betsy. Asintiendo hacia su chófer, cerró la puerta principal con

impaciencia y observó el escenario que tenía ante sí. Betsy de rodillas sobre el suelo sonriendo y riéndose y el terrier dando saltos a su alrededor; los dos creando una feliz escena de reconciliación a la que ni siquiera él pudo resistirse y que acabó conmoviéndolo. Fue entonces cuando supo que había tomado la decisión correcta.

–¿Lo has traído a visitarme? –preguntó Betsy mirándolo y totalmente confusa ante la repentina presencia del perro.

–No, ha venido a quedarse –la informó–. No está feliz lejos de ti.

–Pero es tu perro –respondió con Gizmo entre sus brazos y acariciándolo para calmarlo.

–Lo fue hasta que te conoció –respondió Nik apretando los labios a la vez que se fijó, cuando ella se agachó sobre el perro, en el ligero movimiento de sus pequeños pechos bajo el jersey que le indicó que no llevaba nada debajo. Se excitó tanto en ese instante que sintió un intenso dolor.

Devolverle a Gizmo había sido un gesto extraordinariamente generoso y asombroso tratándose de un hombre tan frío e implacable como Nik, pensó Betsy desconcertada mientras se esforzaba por comprenderlo. Por desgracia, por muy guapo que fuera, también era complicado, imposible. Nunca había sabido bien qué había dentro de su hermosa cabeza y, una vez más, la había tomado por sorpresa.

Gizmo era un perro callejero al que la limusina de Nik había atropellado unos meses antes de que Betsy y él se hubieran conocido. Había llevado al perro al veterinario para que lo trataran y cuando nadie había acudido a reclamarlo, le había pedido al veterinario que intentara encontrarle un hogar. Después de que eso no hubiera sido posible, Nik se había mostrado reticente ante la idea de meterlo en una perrera donde finalmente lo sacrificarían si no lograba encontrar dueño. Y así, contra todo pronóstico, Nik se había quedado con Gizmo incorporando al perro a una vida en una azotea con jardín, con comida de lujo, cuidadores de perros y criados.

Mientras Betsy pensaba en los humildes comienzos de Gizmo como perro callejero, Nik deseaba haberse quedado a salvo en su oficina. Verla colmando de afecto al perro lo llenó de unos sentimientos contradictorios. Quería mirarla, pero no quería estar con ella ni fijarse en cómo el sol que se colaba por las ventanas

resplandecía sobre su cabello rubio acentuando su perfecta piel de porcelana y esos hechizantes ojos azules. Y sobre todo, lo que no quería era la intensa excitación sexual que lo estaba recorriendo como un tren descarrilado.

–Muchísimas gracias desde lo más profundo de mi alma –le dijo Betsy con lágrimas en los ojos–. Lo he echado mucho de menos.

Devuelto a su verdadero hogar, Gizmo correteaba de un lado para otro alegremente explorando su lugar favorito.

Nik observó a Betsy con una ardiente mirada verde y a ella le dio un vuelco el corazón.

Betsy conocía esa mirada de deseo que la recorrió como un rayo y la dejó clavada en el sitio. Esa luz en su impactante mirada le decía que la deseaba y ella no pudo impedir que su cuerpo respondiera a semejante atracción. Un insoportable deseo se removió en el vértice de sus esbeltos muslos y los apretó fuertemente como si así pudiera encerrarlo y negarlo. Sus pechos se inflamaron bajo el jersey haciéndola sentirse bien consciente de su desnudez cuando sus pezones rozaron la lana.

–Entra al salón –le dijo levantándose para indicarle el camino como si fuera un invitado en un lugar desconocido–. ¿Por qué no me ha dicho Edna que eras tú?

–Le he pedido que no lo hiciera. Quería sorprenderte.

–Bueno, pues lo has conseguido –admitió Betsy sinceramente e intentando creer de verdad que estaba allí con ella en el que una vez había sido el hogar que habían compartido, por mucho que no pudiera evitar recordar que Nik había pasado más tiempo en habitaciones de hotel por todo el mundo que en casa a su lado. Pero esa mirada que le había lanzado… le había preocupado. ¿Por qué la había mirado así? Era imposible que siguiera viéndola atractiva. Había sido un amante nada entusiasta en los últimos meses de su matrimonio aunque, ahora que sabía lo de la vasectomía, por fin podía entender que no hubiera tenido ningún interés. Por entonces solo había visto el sexo como un modo de quedarse embarazada y no tenía ninguna duda de que a él no le había excitado su actitud. «No, no pienses en sexo, no pienses en sexo», se dijo con fervor.

Sintiéndose incómoda con la situación, y ansiosa por tener la oportunidad de escaparse a la cocina unos minutos para recomponerse, Betsy preguntó:

–¿Te apetece un café?

–No, gracias, aunque sí que me tomaré una copa –respondió Nik cruzando la sala con sus largas y poderosas piernas hacia el mueble bar, donde él mismo se la sirvió.

Inquieta ante el hecho de que aún se sintiera tan en casa y como si no le afectara la situación, tal como le habría pasado a cualquier otro hombre, Betsy tomó aire lentamente para calmarse.

–Imagino que querrás hablar…

Nik se giró hacia ella con esa elegancia de movimientos que siempre le había llamado tanto la atención y la miró con el ceño fruncido y arrugando su sensual boca con gesto de cierto desdén.

–No. No quiero hablar –contestó abruptamente antes de beberse de un trago el whisky escocés que se había servido y soltar el vaso vacío.

–Entonces… eh… ¿Por qué…? –comenzó a decir ella confundida.

Sus espectaculares ojos verdes la apuntaron con una penetrante fuerza y una bandada de mariposas comenzó a revolotear por su estómago mientras el corazón se le aceleraba de nuevo.

–Solo he venido para devolverte a Gizmo.

–Oh… –respondió Betsy a falta de algo mejor que decir.

Unos meses antes, le habría lanzado toda clase de acusaciones, le habría exigido respuestas y habría resucitado el pasado, que era algo que la consumía. Pero ese momento había pasado, admitió con dolor y bien consciente de que cualquier referencia a más temas personales no haría más que provocar que él se marchara enseguida. Nik siempre había evitado los asuntos privados, personales, los más profundos y complicados que agobiaban al resto de la gente. Así que, desde el minuto en que las cosas habían empezado a ir mal en su matrimonio, ella se había visto sola.

Nik observaba su hermoso rostro obligándose a encontrarle alguna imperfección, a descubrir algún defecto que hiciera desaparecer su excitación. Y por otro lado se sentía aliviado, e incluso satisfecho, agradecido de descubrir que no había perdido el deseo sexual. No se le ocurría nada que pudiera apagar esa cantidad de deseo que tanto lo estaba tensando, y mucho menos el sugerente hecho de que Betsy, con su metro cincuenta e independientemente de su falta de experiencia antes del matrimonio, fuera

absolutamente increíble en la cama.

–*Se thelo*… te deseo –se oyó admitir él mismo antes de ser consciente de que esas palabras habían salido de su boca.

Esa actitud era muy de Nik, tan explosivamente impredecible, pensó Betsy distraídamente y con las mejillas cada vez más encendidas mientras la devoraba una llamarada de deseo. Unos ojos brillantes como joyas la asaltaron en una colisión casi física y algo muy íntimo en su interior se tensó. Notaba las piernas tan débiles que no estaba segura de que siguieran ahí para sostenerla, aunque de todos modos no importaba porque la intensidad de esa verde mirada la había dejado clavada en el sitio.

–Y tú me deseas –añadió con la voz quebrada. Era muy típico de él decirle lo que estaba sintiendo antes de que ella siquiera lo supiera.

Y Betsy sabía que debía decir algo, defenderse a la vez que le contaba todas las razones por las que eso era imposible, como por ejemplo el hecho de que su engaño y el modo en que le había dado la espalda a su matrimonio le habían hecho odiarlo con la misma pasión con la que una vez lo había amado.

Pero, inexplicablemente, en ese silencio roto solo con el acelerado golpeteo de su corazón en sus propios oídos, no dijo nada, no encontró palabras; es más, se vio sumida en tanta confusión que tenía la cabeza hecha un lío de pensamientos y reacciones a medio formar.

Capítulo 3

NIK dio un paso adelante con depredadora elegancia aunque sin apenas un pensamiento coherente en esa hermosa cabeza que tenía. No hubo razonamiento, solo reacción, un deseo que se estaba apropiando de él más que cualquier otro vicio; es más, un deseo tan poderoso que hizo que su excitación palpitara e incluso le causara dolor.

Agarró a Betsy rodeándola por el cuello, acercando su delgado cuerpo, pegando esas suaves curvas a las suyas con un suspiro de alivio que no pudo contener. Llevándola contra una pared, la levantó lo suficiente para besarla; abrió la boca y ejerció presión para forzar su entrada antes de profundizar en ella con una pasión devoradora que dejó a Betsy sin aliento.

Nik sabía a una mezcla de whisky y picante y bebió de él como si fuera una bebedora compulsiva. La besaba como si su vida y la de ella dependieran de ello y la urgencia con que lo hacía la excitó aún más, haciéndole echar la cabeza atrás para darle mayor acceso.

Betsy gimoteaba bajo sus labios y manteniéndose muy tensa mientras intentaba resistirse en lo más profundo de su cabeza, donde una voz le gritaba que no quería hacer lo que estaba haciendo. Por desgracia, sí que quería hacerlo en ese momento en el que la pasión era lo único que lo regía todo y la razón no tenía ninguna oportunidad. Aunque tampoco es que fuera una víctima indefensa. Su lengua se entrelazaba con la de él y sus pequeñas manos acariciaban sus fuertes brazos regocijándose en su poder, pero frustrada por la barrera de su ropa.

Nik curvó las manos sobre sus nalgas por debajo de la falda descubriendo, para su satisfacción, que el gusto de Betsy por la ropa interior escasa seguía intacto, y con un violento tirón las braguitas de encaje cayeron rotas. Betsy emitió un grito ahogado de sorpresa.

–Me deseas –le susurró Nik con voz ronca contra su boca y acariciándola con su cálido aliento.

¡Oh, cuánto lo deseaba! Noche tras noche, día tras día,

anhelando lo que había perdido, echando de menos la pasión, la cercanía y la intimidad que una vez habían formado parte de su vida mientras se preguntaba si llegaría a confiar en alguien lo suficiente como para dejar que volvieran a tocarla. Toda su piel era consciente de la proximidad de la mano de Nik en el punto más ardiente y necesitado de su anatomía y no pudo vocalizar, no pudo pensar en nada más que en el intenso deseo de recibir sus caricias.

Sujetándola contra la pared, le apartó el jersey impaciente por poder cerrar su boca sobre un pezón rosado oscuro mientras con la mano cubría la firme y tersa curva de su pecho. Betsy gimió con los ojos cerrados y notando cómo una intensa sensación se precipitaba hacia abajo, hacia el rincón más ardiente de su ser. Un salvaje palpitar de deseo se estaba acumulando ahí mientras él acariciaba el inflamado pezón con los bordes de sus dientes y su lengua. Aferrada a sus hombros, separó los muslos y lo rodeó por la cintura. Por fin pudo sentirlo, incluso a través de la ropa, notar el urgente y terso empuje de su erección cuando él hundió las caderas en el vértice de sus esbeltos muslos arrancándole de los labios un grito de impaciencia. Arqueando la pelvis hacia él, Betsy se estremeció y gimió.

Estaban actuando como adolescentes excitados, pensó ella de pronto en un breve instante de claridad mental y vergüenza. «Esta no soy yo, no soy yo». Y era su última oportunidad de detener todo aquello, pero sus labios se separaron e inmediatamente él la encontró con su mano haciendo que un largo y habilidoso dedo se hundiera en la ardiente humedad de su cuerpo. En reacción, una explosión de fiero calor la recorrió y se apretó contra él, anhelando sus caricias de un modo sobrecogedor, anhelando lo que fuera que mitigara el intolerable grito de deseo que estaba tomando forma en su interior tan rápidamente que no pudo contenerlo.

Nik se esforzaba por sujetarla al mismo tiempo que se desabrochaba los pantalones. Betsy emitió un gemido entrecortado cuando lo sintió ejerciendo presión en su interior. Se encontraba en un estado de excitación incontrolable y lo agarraba de los hombros como instándolo a continuar. Él se hundió en ella lentamente, deslizando su miembro hasta ese incendiado punto de dolor; pero era un dolor tan placentero que casi lloró porque por primera vez en muchos meses se sentía una mujer viva de nuevo.

–¿Nik…? –susurró con voz temblorosa.

–No hables, *hara mou* –le respondió entre dientes y echándola hacia atrás, empleando la pared para sujetarla antes de volver a hundirse en ella con una sensual y dominante fuerza–. *Thee mou*, ¡qué me haces! ¡No me digas que pare!

Pero no, en ese momento Betsy no era capaz de semejante hazaña. Ya estaba encendida y un agonizante deseo la controlaba. Sujetando sus esbeltos muslos y con esos ojos encendidos con un fuego esmeralda y enmarcados en ébano, Nik se adentraba en ella y se retiraba, manteniendo un ritmo erótico perfectamente controlado. La excitación de ella iba en aumento con cada movimiento, transportándola cada vez más y más hasta que finalmente Betsy llegó a la cresta del placer y eso la hizo derrumbarse, retorcerse y gemir.

–Ha sido espectacular… –dijo Nik sin respiración al bajar las piernas de Betsy lentamente hasta el suelo. Estaba débil, mareada, inestable e incluso él estaba temblando. ¿Qué había hecho? Dios mío, ¿qué había hecho? Pero, a pesar de esa racional voz en su interior, Nik se quitó la chaqueta y la corbata de un modo instintivo sin soltar a Betsy ni un momento. Agarrándola por la cintura la llevó hasta el casi extinto fuego de la chimenea y la sentó sobre la alfombra, de rodillas y frente a él. Entrelazó las dos manos entre su melena alborotada antes de posarlas sobre sus mejillas y volvió a besarla, deslizando la lengua entre sus labios, sobre el sensible techo de su boca hasta que ella tembló y volvió a agarrarse a sus brazos para sujetarse.

No podía pensar, apenas podía respirar ni creer que ese único beso hubiera vuelto a encender el calor como un río de fuego líquido que fluía a borbotones dentro de su vientre. La sensación de saciedad quedó borrada por un renovado cosquilleo que cubrió toda su piel. Él la tumbó y se situó entre sus piernas dejándola tendida bajo el peso de su musculoso y esbelto cuerpo.

–Yo aún no he terminado, *hara mou* –confesó mientras sus densas pestañas descendían sobre unos ardientes ojos esmeralda y unas sonrojadas mejillas.

Ella levantó la mano inconscientemente y deslizó los dedos sobre la línea de su boca. Ahora parecía más suave, menos tensa. Lo imaginó llevándole a casa a Gizmo y lo miró curiosamente

conforme con lo que había pasado y con el corazón rebosante de satisfacción. Después de todo, nunca había podido predecir el siguiente movimiento de Nik y suponía que jamás tendría ese poder porque él siempre hacía lo que le venía en gana.

Se movía encima de ella como un ágil y dinámico felino y podía sentirlo duro y preparado contra su vientre.

–No me pidas que pare –gimió él.

–Quítate la camisa –le susurró ella increíblemente relajada en sus brazos y maravillándose por lo bien que se sentía ahí de nuevo a pesar de que en ese mismo instante, en una parte de su cerebro, no admitiría que sabía que jamás sería capaz de justificar lo que ella había hecho.

Nik se apartó para quitarse la camisa brusca y apresuradamente. Un par de botones salieron volando dejando ver un masculino y musculoso torso bronceado. A ella se le hizo la boca agua a la vez que diminutos cosquilleos de excitación se encendían de nuevo. Se arqueó contra él, deleitándose con el contacto piel con piel que jamás había imaginado que volvería a sentir a su lado. Con un sonido gutural, él la besó deslizándose de nuevo entre sus esbeltos muslos y levantándole la falta con impacientes manos.

–Esta vez… despacio –le prometió.

–¿Soy la liebre o la tortuga? –bromeó ella.

–No sé por qué, pero tienes algo que siempre me convierte en la liebre.

Betsy se rio.

–¿Volvemos a ser nosotros? –farfulló perpleja.

–Esto está pasando ahora, solo ahora –la contradijo con innata precisión y cubriéndole la boca de nuevo para detener las preguntas y saborearla.

Volvió a hundirse en ella tan lentamente como le había prometido. Betsy aún tenía el sabor de él en sus labios y era absolutamente sensible a cada uno de sus movimientos. Un largo y entrecortado suspiro salió de su boca.

–¿Demasiado? –le preguntó mirándola.

–No lo suficiente –respondió ella con audacia–. No estoy hecha de cristal… ¡No me voy a romper!

Su corazón y su cuerpo saltaron al unísono cuando él giró sus ágiles caderas y añadió un toque más dominante a sus movimientos

haciendo que unas deliciosas oleadas la recorrieran. Betsy cerró los ojos para contener sus sentimientos, la excitación se apoderó de ella de nuevo resplandeciendo como una estrella fugaz y haciendo que cada terminación nerviosa se tensara anhelando llegar al clímax. Él aceleró el ritmo y una encantadora fricción intensificó el electrificante placer. Gimió y alzó la voz en un grito mientras su cuerpo temblaba con fuerza a la vez que él emitía un gemido de placer.

Nik se apartó, se colocó la ropa y se agachó para levantarla en brazos.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

–Llevándote a la cama, donde deberías haber estado desde un principio –la informó Nik cruzando el vestíbulo hacia la escalera profusamente tallada.

–Lo que hemos hecho es más emocionante –murmuró Betsy pensando en cuánto tiempo había pasado desde que habían hecho algo así de desinhibido. Por primera vez reconoció cuánto les había supuesto en cuestión de intimidad su intensa campaña por quedarse embarazada. Nada había sido lo mismo una vez ese proceso había dado comienzo.

Nik la llevó al dormitorio que antes habían compartido y se quedó paralizado junto a la cama observando lo que le rodeaba y que no le resultaba familiar. La decoración había cambiado y hasta el mobiliario era nuevo. Arrugó la boca. La realidad lo sacudió y lo lanzó en una dirección de pensamiento que estaba decidido a no seguir en esos momentos. La tendió sobre la amplia cama baja y la desvistió con fría eficiencia, despojándola del jersey, bajándole la cremallera de la falda y quitándole los zapatos antes de cubrirla con la colcha.

–Necesito una ducha. ¿Sigue habiendo una en el cuarto de baño o también te has deshecho de ella?

Betsy casi se rio.

–Por supuesto que sigue habiendo una ducha.

Se quedó tumbada viendo cómo se desnudaba, una imagen que nunca había pensado que volvería a ver, y la experiencia le resultó irreal. Entró desnudo en el cuarto de baño aunque ella pudo notar que parecía sentirse algo incómodo. No le gustaban los cambios;

nunca le habían gustado. El nuevo color y mobiliario lo habían puesto tenso, aunque bueno, ¿qué se había esperado? ¿Que continuara viviendo con la cama que habían compartido y dejando que su casa le hiciera recordar lo que habían compartido una vez? No, Belle la había ayudado a empezar de nuevo dentro de lo posible.

Cuando Nik salió del baño secándose el pelo con la toalla, se quedó impactada al ver que seguía totalmente excitado.

Él había dado por hecho que se había quedado dormida, pero estaba despierta, totalmente, y con sus ojos azules clavados en él. Estaba acurrucada bajo el edredón con el pelo de un rubio clarísimo alborotado y extendido sobre la almohada. ¿Se habría marchado inmediatamente si la hubiera encontrado dormida? Sinceramente no tenía la respuesta a esa pregunta. Lo que sí que supo al mirarla fue que aún no estaba listo para marcharse y, sin dudarlo, apartó el edredón y se tumbó a su lado.

–Es mediodía –le recordó Betsy con el rostro encendido.

–¿Por qué me lo recuerdas? –le contestó él con aire burlón; gesto al que ella habría respondido de no ser porque Nik la llevó hacia sí y se sintió reconfortada–. ¿Qué importa la hora que sea?

–No importa –respondió y después añadió–: ¿Nik?

–Shh –le indicó temeroso de lo que pudiera decir y llevándola contra su miembro erecto con una sensación de intensísima satisfacción.

–Aún estás… – comenzó a decir ella.

–Lo estoy –asintió él colocándola sobre su cuerpo con delicadeza–. ¿Crees que podrías hacer algo al respecto?

–Estás de broma, ¿verdad? –pero sabía que no bromeaba porque podía sentirlo duro, como una barra de hierro, bajo ella.

–Está claro que me conviertes en una persona insaciable, *hara mou*.

Posó las manos sobre sus anchos hombros. Nik tenía enormes reservas de encanto cuando decidía utilizarlas, aunque hacía mucho tiempo que no se molestaba en mostrarle esa faceta suya. Como resultado, la carismática sonrisa que iluminó sus oscuros rasgos la hipnotizó y la dejó indefensa. Levantó la cabeza y saboreó sus labios separados con una intensidad que desató una reacción en cadena de respuestas que se extendieron por su flujo sanguíneo.

Qué bien sabía, y sus manos estaban acariciándole la espalda y encontrando puntos erógenos que ella sabía que no lo eran. Unida a su ardiente y duro cuerpo, tembló con el corazón acelerado y asombrada por lo sucedido a la vez que halagada por el insaciable deseo que sentía por ella.

–Una vez más y después podrás irte a dormir –susurró Nik tendiéndola sobre la almohada y colocándose sobre ella; su devastadoramente oscura y masculina atracción se veía ensalzada por la sombra de una incipiente barba que hacía que sus mejillas y su barbilla resultaran ligeramente ásperas.

–¿Es que te has ganado un rato más por buen comportamiento? –bromeó ella.

Reclamando de nuevo su boca desesperadamente en respuesta, Nik tomó entre sus dedos un inflamado pezón y lo acarició. Una llamarada atravesó el cuerpo de ella y se centró en su punto más íntimo, reavivando las sensaciones que creía que se habían apagado.

–Siempre podrías hacer que te deseara –le dijo Betsy sin poder evitarlo.

–Hubo una época en la que solo me querías en un día concreto y guiándote por una tabla de temperaturas –le recordó Nik con tono gélido en su profunda y oscura voz.

Inmediatamente, algo se marchitó y murió en el interior de Betsy, que habría hecho lo que fuera por no haber despertado ese recuerdo; un recuerdo que abrió un feo agujero en la burbuja de unión e intimidad que ella había creado para los dos en su mente. Se acercó a él apoyando sus pechos contra su torso cubierto de vello y le mordisqueó el labio inferior.

–Ya no tengo ninguna tabla…

–*Siopi*… calla –la besó hasta que ya no pudo recordar de qué habían estado hablando y hasta que dejó de importarle.

Nik sabía y olía de maravilla; ese evocador aroma tan suyo, tan único, llenó su nariz y encendió sus sentidos con una familiaridad tormentosa que la hizo sentirse a salvo de un modo ridículo. Unos dedos expertos recorrieron sus pechos y fueron subiendo por la cara interna de su muslo, provocándola hasta hacerla moverse y gemir de frustración, de deseo. Solo cuando el hambre que había despertado con tanta habilidad se volvió de una intensidad

insoportable, él se situó encima sumiéndose en la melosa entrada de su cuerpo con una facilidad y destreza que la hizo gemir y arquear la espalda. Y desde ese instante, una vez la pasión se había apoderado de ella, Nik cambió de actitud y ahora sus movimientos se volvieron más profundos y fuertes. Betsy pudo sentir cómo se le escapaba el poco control que le quedaba a medida que la excitación iba en aumento y hasta que finalmente llegó al éxtasis gritando el nombre de él y, casi al instante, cayó en un profundo sueño de agotamiento.

La oscuridad había caído al otro lado de las ventanas cuando un ligero sonido la despertó. Levantó la cabeza de la almohada y de pronto todo lo sucedido le cayó encima como un cubo de agua fría haciendo que se incorporara bruscamente. Nik estaba haciéndose el nudo de la corbata delante del espejo situado en una esquina y ella estaba envuelta en un intenso rubor de pies a cabeza. Se abrazó a las sábanas temerosa de pensar, encogiéndose ante la idea de juzgarse por lo que había hecho.

–¿Te marchas? –le susurró al encender la lamparita de noche.

Nik se giró con sus ojos resplandeciendo entre las sombras y un aire de reticencia que se reflejaba en cada ángulo de su fuerte rostro.

–Debería haberme ido hace horas…

–¿Es que tenías pensado marcharte sin hablar conmigo primero? –preguntó con tirantez porque se le había cerrado la garganta. Estaba agarrando la sábana con tanta fuerza que los músculos le dolían.

–Habría sido más fácil para los dos –contestó secamente Nik yendo hacia los pies de la cama para mirarla.

–¿Y eso por qué?

–He oído que esto… –con elegancia, movió una bronceada mano en un gesto que las abarcó a ella y a la cama– es bastante común entre parejas que se están divorciando.

Betsy se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago y palideció; toda su piel se tensó sobre sus frágiles huesos.

–¿En serio? –preguntó sin ningún tipo de expresión facial.

–Sí, así es –dijo Nik secamente–. Ocurre, pero no significa nada,

no cambia nada.

Por primera vez en su vida Betsy deseó que otro ser humano cayera muerto a sus pies. Y ni siquiera entonces, aunque eso hubiera sucedido, habría perdonado a Nik, se dijo con furia y sumida en un abismo de dolor y vergüenza y, lo peor de todo, en la espantosa convicción de que había sido un error suyo lo que había desencadenado semejante humillación.

–No hay duda de que aún estamos divorciándonos –le aseguró Nik remarcando el dato innecesariamente, como si temiera que ella fuera tan estúpida de no captar el mensaje.

–Sí –respondió sabiendo que incluso verlo cayendo muerto a sus pies no sería suficiente para satisfacerla. Ahora el odio saltó en su interior con tanta fuerza como la pasión que la había traicionado antes. A pesar de todo lo que le había hecho, lo había echado de menos, había echado en falta el sexo, y ahora estaba pagando el precio por haberse dejado llevar.

–Los dos tenemos que seguir adelante –respondió Nik escuetamente.

–Hasta ahora no me había fijado en lo mucho que te gustan los tópicos –le contestó osadamente–. Me has tratado con condescendencia, me has insultado y me has utilizado. Ahora sé lo que es que te traten como una mera chica de compañía.

Nik apretó los dientes. Había dicho lo que tenía que decir. Era consciente de la situación, por mucho que pudieran tacharlo de insensible. Los dos habían cometido un error y tenía que aclarar las cosas. No estaba hecho para conectar íntimamente con otro ser humano. Después de una infancia de maltratos, ¿cómo podía serlo? Él era el problema, no ella, y jamás podría darle lo que quería y se merecía.

–Te dejaré que te quedes también con la casa –le dijo secamente.

–Me alegra saber que he sacado algo después de prostituirme –le contestó con voz temblorosa y los ojos nublados por unas lágrimas que amenazaban con brotar–. ¡Por favor, lárgate!

Y sin más, eso fue lo que Nik hizo. La puerta se cerró de golpe, pero no antes de que Gizmo tuviera tiempo de colarse y correr hacia su ama, con la que acababa de reunirse de nuevo.

–Oh, Gizmo… –dijo sollozando mientras abrazaba al lanudo perro contra su pecho.

Nik la había abandonado una vez más.

Su chófer debía de haber estado ahí fuera esperándolo durante horas, aunque eso a él no le habría importado y ni siquiera se habría disculpado por su falta de consideración. Como hijo único de una heredera griega riquísima, estaba acostumbrado a tener unos empleados que nunca lo cuestionaban ni se quejaban y él pagaba sueldos muy altos a cambio de un servicio de categoría. Con una mujer de actitud similar habría encajado mucho mejor que con ella. Ella había querido demasiado de él y había luchado por una independencia de pensamiento y acción que lo había enfurecido con frecuencia. Pero ahora que recordaba su comportamiento en aquella primera y catastrófica cita, no podía decir que no hubiera estado advertida sobre el hecho de que no sería nada fácil navegar con Nik Christakis cuando este estaba al timón…

Y como el pasado resultaba menos amenazante que la agitación del momento, dejó que su mente se dejara llevar hasta aquella noche mientras una irónica sonrisa se formaba en sus labios. Nik la había llevado a una fiesta espectacular. Su vestido corto negro no había estado a la altura de la ocasión. Diez minutos después de su llegada, Nik se había excusado y la había dejado sola en una mar de extraños en el que los hombres habían intentado ligar con ella y las mujeres, mucho mejor vestidas, la habían crucificado con la mirada. Al cabo de una hora y media durante la cual no había logrado encontrarlo se había embarcado furiosa en el largo viaje de vuelta a casa en autobús y tren. Pasada la medianoche, él se había presentado en su puerta para pedirle explicaciones de por qué demonios lo había dejado plantado y a continuación habían tenido su primera pelea, una discusión acalorada en la que él insistió en que solo la había dejado sola unos quince minutos.

–Has estado por ahí más de una hora… Me has tratado como si fuera basura. ¡Debería haberme esperado la clase de trato que me ibas a dar después de haberte pasado todo el camino hasta la fiesta hablando con alguien por teléfono!

Él se había olvidado del tiempo y ella lo sabía. También era posible que incluso se hubiera olvidado de que la había llevado a la fiesta porque un viejo amigo le había ofrecido un trato y los negocios siempre eran lo primero. Después de aquello, le había enviado flores a diario durante una semana y había ido al

restaurante para tomar café cada día durante la semana siguiente.

–Estás actuando como un hombre obsesivo –le había advertido.

–Dame otra oportunidad y te trataré como a una reina –le había prometido Nik.

–Ya sabe que el señor Christakis no suele tomarse tantas molestias con las mujeres –le había dicho uno de sus guardaespaldas–. Usted debe de ser especial.

Y cuando había vuelto con el café de Nik y esos brillantes ojos verdes se habían clavado en ella, se había dado cuenta de que sí que la hacía sentirse especial. Todo el mundo cometía errores, había pensado dispuesta a perdonar; le daría la oportunidad de demostrar que podía actuar de un modo diferente. Y durante mucho tiempo después de aquello no había llegado a lamentar esa decisión porque Nik había mostrado el mejor de los comportamientos. Hasta recordaba el día en que le había preguntado qué opinaba sobre tener hijos. No podía recordar cómo había derivado en ello la conversación, pero sospechaba que había sido él el que la había encaminado.

–¡No quiero hijos! –le había respondido estremeciéndose ante la idea–. Me pasé la adolescencia en centros de acogida y ayudando a cuidar de los bebés y de los más pequeños. Los niños dan mucho trabajo y atan mucho. No creo que quiera tenerlos nunca.

Pero Betsy había descubierto por las malas que la madre naturaleza tenía formas increíbles de convencer a una mujer de que lo que más deseaba en la vida era un hijo. Cuando se había casado con Nik, había sido como la Cenicienta y él había sido el Príncipe Encantado. Le había entregado tanto en el aspecto material que ella nunca se había atrevido a quejarse por que apenas estuviera en casa o por que, las pocas veces que sí estaba, se mostrara tan preocupado con el trabajo. Pero entonces se había olvidado de su cumpleaños y de su primer aniversario y, poco a poco, ella se había ido sintiendo increíblemente sola y había empezado a anhelar lo que jamás había imaginado que desearía: un bebé al que querer y que le hiciera compañía.

Invadida por ese deseo, había llegado a ser demasiado optimista. Había pensado que Nik pasaría más tiempo en casa si tenían un hijo, que un hijo los uniría y que, con suerte, llegaría a lo hondo de su reservada personalidad, algo que ella ya había descubierto que

no podía hacer.

Cuántos errores había cometido con Nik, reconoció con pesar secándose las mejillas en la sábana y acariciando a Gizmo cuando el perro gimoteó y metió el hocico bajo su mano. Pero Nik había cometido tantos errores como ella. Sin embargo, haber vuelto a meterse en la cama con él pasaría a ser su mayor acto de estupidez. Le ardía la cara mientras su cuerpo se resentía de debilidad. Y además de todo, ¡qué frío había sido Nik, tan seguro de que esa intimidad que habían reanudado no significaba nada! ¿Por qué? Porque en realidad para él no había significado nada y le había abrumado la idea de que ella llegara a pensar lo contrario.

Una vez más, Nik le había enseñado una dura lección. Una mujer que merecía que la trataran como a una reina tenía que estar a la altura para lograr ejercer ese poder sobre un hombre. Y ya que ella no estaba a la altura, lo más probable era que la trataran como a una ramera.

Capítulo 4

BETSY? –preguntó Belle, la mujer de Cristo–. ¿Por qué no has respondido al teléfono? ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo?

Era mal momento para que su amiga llamara porque no podía concentrarse. Betsy se dejó caer sobre un sillón y contempló los resultados de su desquiciada compra en la farmacia más cercana: nada más y nada menos que cinco kits de pruebas de embarazo. Y cada uno de ellos le había dado la misma respuesta. Era irónico, pero estaba muy familiarizada con esos procedimientos. Cuando Nik y ella aún estaban juntos, cada vez que su ciclo menstrual había mostrado la más mínima desviación había corrido a comprar una prueba rezando por dentro por obtener un resultado positivo, y cada una de esas veces había quedado tan decepcionada que se le había roto el corazón.

En esta ocasión, sin embargo, todo era muy distinto. Betsy había ido a visitar a su médico después de llevar semanas sintiéndose extraña y lo había hecho sin la más mínima sospecha de la verdad que la aguardaba. Es más, no sabía cómo volvería a cruzar la puerta de la consulta sin sentir vergüenza. Una simple prueba había destapado el hecho de que estaba en estado, inconcebiblemente, y su respuesta a la noticia había sido más que histérica mientras primero le decía al médico, y después a la enfermera, que tenía que ser un error, que debían de haber confundido los resultados con los de otra paciente y que, en cualquier caso, era imposible que se tratara de un embarazo.

–¿Betsy? –exclamó Belle–. ¿Sigues ahí?

–Sí, lo siento, es que estoy un poco preocupada ahora mismo.

–Es por el divorcio, ¿verdad? –le respondió su amiga con tono grave–. Has estado disgustada. Por eso no me has llamado. ¿Qué te ha hecho ahora ese hombre horrible?

Betsy apretó los labios porque, por asombroso que pareciera, Nik había logrado lo imposible. A pesar de que se había sometido a una

vasectomía y era estéril, y de que ella había pasado meses intentando quedarse embarazada y fracasando siempre ahora, para alegría o desgracia dependiendo de para quién, había ocurrido y llevaba dentro un hijo de Nik. ¿Cómo podía ser? Respiró hondo y despacio porque incluso sentada se sentía mareada y con muchas náuseas.

–No es algo que pueda contar –dijo estremeciéndose por dentro.

–Pasó algo cuando Nik fue a llevarte a Gizmo, ¿verdad? –preguntó Belle preocupada–. Desde entonces no eres la misma…

–Sí, pasó algo –confirmó Betsy con reticencia–. Pero no algo de lo que pueda hablar ahora mismo…

El embarazo que tanto había anhelado una vez se había materializado, pero ya no tenía el sistema de apoyo que representaban un matrimonio o un padre para su hijo y eso hacía que la situación resultara muy compleja.

–¡Sabía que lo de que te devolviera al perro era demasiado bueno para ser verdad! –exclamó Belle acaloradamente–. Y después la casa, ¡por el amor de Dios! ¡Nik Christakis de pronto se ha puesto a jugar a ser Santa Claus! Ahí falla algo…

–Te prometo que te llamaré en unos días cuando haya solucionado algunas cosas –dijo con pesar–. Lo siento, pero aún no puedo hablar de esto.

Betsy apagó el teléfono y se quedó mirando al infinito en lugar de a las pruebas de embarazo. Era imposible eludir el siguiente paso: necesitaba que Nik explicara cómo podía haberse quedado embarazada por un hombre que se había sometido a una vasectomía. No podía ocultarle su estado. Tenía que contarle que iba a ser padre, tanto si le gustaba la idea como si no. Sí, sin duda, tenía que informarlo de que la había dejado embarazada y tenía que obligarlo a aceptar el hecho por muy humillante que fuera tener que someterse a pruebas de ADN para demostrarlo una vez naciera el bebé. Con gran dolor era consciente de que él preferiría creer que la había dejado embarazada otro hombre porque eso lo eximiría de toda responsabilidad y de la amenaza de una relación continuada con la mujer de la que estaba deseando divorciarse.

Durante los últimos dos meses había estado con la moral por los suelos y es que aceptar la explosiva pasión que la había llevado a mantener una relación íntima con su exmarido había resultado ser

un gigantesco desafío. La herida emocional que Nik le había infligido era casi tan grande como la agonía de sentir que se había decepcionado a sí misma. Pero no era una víctima, no era una debilucha, no era una de esas mujeres que perdonaba a un hombre por muy mal que la hubiera tratado. No había perdonado a Nik y la mortificaba el hecho de haberse vuelto a acostar con él.

Pero lo que le había hecho sentir peor era el doloroso hecho de que Nik estuviera tan deseoso de dar por finalizado su matrimonio. Le había devuelto a Gizmo y solo dos semanas antes le había ofrecido un último acuerdo económico muy generoso a través de sus abogados. Quería acabar con su matrimonio rápidamente y ella sabía cómo podía funcionar Nik. Era testarudo e impaciente y tan hiriente como la afilada hoja de un cuchillo. No perdía el tiempo con nada que no quisiera, y todo lo que de verdad quería lo quería ya, y ahora lo que quería era el divorcio.

Así que ¿cómo iba a presentarse ante un hombre que estaba tan ansioso por cortar todo vínculo con ella y olvidarla, y darle una noticia que él no querría oír? De pronto, con decisión y ánimo, se puso recta. ¡Que se aguantara! La había dejado embarazada, ¿no? Era él el que no la había advertido de ese riesgo ni había sido precavido, así que las consecuencias eran culpa tanto suya como de ella. Por mucho que él no quisiera hijos, Betsy estaba empezando a sentir una intensa calidez en su interior ante la idea de llevar dentro a su primer hijo y eso estaba aplacando el primer impacto que le había supuesto el embarazo. Quería a su bebé y sabía que él no. Esa era la realidad. Un hombre que se había sometido a una vasectomía siendo tan joven no podía querer tener hijos. Pero por suerte lo que Nik quisiera o no era algo que ya había dejado de afectarla, pensó Betsy aliviada. Además, permitirse sentirse intimidada por una situación de la que ambos eran igualmente responsables sería adoptar una postura muy pusilánime y tonta, y Betsy no era ni una cosa ni la otra.

–No me viene bien. Dile que me pondré en contacto con ella –Nik se tragó su ira ante la educada mentira que se estaba viendo forzado a soltar antes de colgar el teléfono y volver a su reunión de negocios.

Estaba claro que Betsy se había presentado allí sin que la invitaran y que estaba fuera esperando para verlo. ¿A qué demonios venía eso? Sabía muy bien que odiaba que lo interrumpieran por la razón que fuera cuando estaba en horas de trabajo. Apretó sus perfectos dientes blancos, furioso con ella por su falta de consideración. Si tenía que decirle algo, tenía a su abogado para actuar de intermediario, tal como hacía él. No quería ningún contacto personal con ella; quería un divorcio tranquilo, limpio y civilizado.

Aun así, una desafiante imagen destelló en lo más profundo de su mente, una imagen verdaderamente libertina del esbelto y perfecto cuerpo de Betsy tendido en esa cama en Lavender Hall. Sin embargo, indignado por esa intrusión, apartó la imagen, y su sensual boca adoptó una tensa mueca. Acostarse con Betsy de nuevo había sido como levantar una piedra porque toda clase de cosas a las que preferiría no enfrentarse habían salido de debajo precipitadamente. Por otro lado, a su debido tiempo los recuerdos se desvanecerían y desaparecerían, se aseguró con determinación.

No le había prestado ninguna atención a la sugerencia de su terapeuta sobre que tenía profundos conflictos con el tema de su matrimonio. ¡En ese sentido esa mujer decía muchas tonterías! Nik creía que no había que complicar las cosas y entendía por qué había hecho lo que había hecho. Se había desviado del camino y había caído durante unas horas en un pasado que era mejor olvidar … eso era todo. Pronto su matrimonio quedaría tan enterrado como ya lo estaban las pesadillas y los recuerdos que lo habían perseguido durante años.

Betsy escuchaba con una educada sonrisa el mensaje que Steve, el incondicional asistente personal de Nik, le estaba dando con fervientes disculpas que sabía que no habrían salido de la boca de Nik. Pero Steve, a diferencia de su jefe, era un tipo agradable. Hubo un tiempo en el que sus muy escasas visitas a las oficinas habían sido recibidas con desconcertante atención y servilismo porque ella había sido una persona de importancia en el mundo de Nik. Ahora, sin embargo, quedaba claro que había perdido ese pasaporte a un trato especial y que la consideraban tan importante para Nik como

el periódico del día antes.

–Gracias, Steve –le dijo levantando su mochila de piel y consciente, con pesar, de que sus informales vaqueros y su abrigo negro habían levantado miradas de sorpresa desde su llegada.

No obstante, probablemente por primera vez en su vida, Betsy estaba feliz de ser ella misma dentro del sofisticado entorno de Nik, y no esa versión más artificial de sí misma que había creído que el encontraba infinitamente más atractiva. Así que en esa ocasión ni se había arreglado para su gusto ni llevaba tacones, ni ropa de diseño ni, tampoco, mucho maquillaje. Nik era el marido que la había engañado, que le había hecho daño y la había humillado y estaba decidida a no buscar ni su aprobación ni su admiración.

Cuando el asistente personal se alejó, Betsy avanzó con decisión en la otra dirección, derecha al despacho de Nik. Le había hecho perder gran parte de la mañana ¡y no estaba dispuesta a perder más tiempo por su culpa! ¿Por qué iba a hacerlo? Ya no estaba ansiosa por complacerlo ni por ceñirse a ridículas normas que en su momento la habían hecho sentirse más como una mujer fastidiosa que como su legítima esposa, con sus propios derechos y necesidades.

Abrió la puerta de par en par y les dirigió al grupo de hombres sentados alrededor de la pequeña mesa de reuniones una mirada penetrante antes de centrar su atención en el rostro anguloso y delgado de Nik.

–Tengo que hablar contigo… ahora –declaró sin vacilar.

Un intenso rubor acentuó los marcados pómulos de Nik y sus ojos verdes se encendieron como esmeraldas reluciendo bajo el sol dejando ver más que un mero brillo de rabia. Se levantó, tan ágil como el depredador que era, y movió una mano a modo de disculpa justo cuando Steve entró corriendo y sin aliento.

–Caballeros, tendremos que tomarnos un descanso. Les veo en una hora aproximadamente –informó Nik secamente a sus colegas.

Los hombres salieron y cerraron la puerta. Ella no había dejado de mirarlo ni un instante. Ni siquiera su traje podía ocultar la poderosa perfección de su atlético cuerpo. Recordó unas espantosas pesadillas que él solía tener y cómo, a pesar de que fueran altas horas de la madrugada, se levantaba y bajaba al gimnasio instalado en el sótano para hacer algo de ejercicio antes de volver a meterse

en la cama exhausto y aún húmedo tras la ducha.

En esos momentos, inmóvil como una estatua, ella podía oír su propia respiración por su tensa garganta a la vez que el corazón le retumbaba tan fuerte que hubiera querido llevarse una mano al pecho para intentar calmarlo. Pero eso, al igual que disculparse, habría sido una muestra de su agitación interior y Betsy no tenía ninguna intención de cometer semejante error ante su poderoso y seguro de sí mismo rival.

–¿A qué demonios estás jugando? –le preguntó Nik con aspereza y observando ese aspecto y atuendo que no le resultaba nada familiar, como si no entendiera nada.

Por alguna razón inexplicable iba vestida como una colegiala y parecía jovencísima, con unos enormes ojos azules en su delicado rostro con forma de corazón. Era cinco años más joven que él, solo cinco, y a veces la distancia entre ellos le había parecido un abismo insalvable porque tenía una inocencia y un modo de confiar en la gente que él había perdido a una edad muy temprana. Pero, si tenía que ser sincero, esa diferencia en su forma de ver la vida había supuesto gran parte de su atractivo y era algo que debía admitir por mucho que le pesara. Había sabido que ella siempre necesitaría su fuerza, además de saber que el amor la convertía en una persona leal e ingenuamente confiada y que siempre estaría ahí esperándolo.

E incluso vestida con tan poco gusto como lo estaba ahora, la belleza de Betsy seguía poniendo su mundo patas arriba. Pensó en ello algo impactado porque parecía como si al decirse que era imperfecta no hubiera hecho más que provocar que esa imperfección resultara la absoluta definición de la pura exquisitez. Un deseo instintivo despertó en él, se le elevó la temperatura y su libido bramó poniéndose en marcha. Posó la mirada en la suculenta curva de su boca y en la tierna y blanca piel de su frágil garganta mientras recordaba el sabor de su boca y la sensación que le producía.

–Es hora de la revancha… el momento mágico en el que todos tus pecados van a dar su fruto –le dijo Betsy con gesto de desafío, absolutamente decidida ni a disculparse por nada ni a mostrarse comprensiva con el error que había cometido–. Y tienes que explicarme algo. Te sometiste a una vasectomía, así que ¿cómo es posible que esté embarazada?

Desconcertado por ese provocador comienzo, que más bien había parecido un ataque, Nik se quedó paralizado frente a ella, con sus cejas color ébano enarcadas y los orificios nasales inflados. Betsy tuvo que esforzarse mucho por no fijarse en su resplandeciente belleza, pero la mente le estaba lanzando unas debilitantes imágenes: sus dedos colándose entre la seda negra de su cabello, su dedo pulgar acariciando la sexy línea de ese maravilloso y carnoso labio inferior. Con gran dificultad logró contener esos pensamientos.

–¿Embarazada? –repitió Nik con incredulidad–. ¿De qué estás hablando?

Betsy reconoció que llevaba ventaja porque lo había pillado absolutamente por sorpresa.

–Estoy embarazada y no he estado con nadie más que contigo –lo informó secamente–. Así que explícame cómo es posible.

Por primera vez en su vida, Nik se quedó sin palabras. ¿Embarazada? Su piel bronceada palideció de golpe mientras daba un paso atrás con los ojos clavados en ella sin ocultar su impacto y con una expresión de terror.

–¿Estás embarazada? –repitió con voz áspera y dejando bien claro que desconfiaba de ella.

–Explícamelo –lo instó a responder Betsy con impaciencia.

Nik se pasó los dedos por su pelo negro azulado y la miró con una expresión de aturdimiento que difería mucho de su habitual gesto de perspicacia.

–¿Te has enterado de que estás embarazada? ¿En serio?

–¿Tengo pinta de estar bromeando? –le contestó a la defensiva.

Nik juntó las cejas y hubo una pausa antes de que volviera a hablar porque su cerebro se negaba a aceptar lo que ella acababa de decirle.

–Me sometí a una operación para que me la revirtieran –admitió con gesto impávido.

Betsy dio un paso adelante acercándose a él sin ni siquiera ser consciente de que se había movido.

–¿Te la revirtieron… cuándo? –preguntó de pronto desesperada por oír la respuesta.

–Después de que me abandonaras…

–¿Pero… por qué? –se preguntó si se habría esperado

recuperarla con esa noticia y, de ser así, por qué no se lo había contado en su momento.

–Me di cuenta de que había llegado la hora de que tuviera las riendas de mi fertilidad. Cuando rompimos, ni siquiera sabía que se pudiera revertir la vasectomía. Siempre supuse que era irreversible –admitió brevemente y hablando con una franqueza a la que ella no estaba acostumbrada–. Cuando me enteré de que podía ser una intervención de éxito si se llevaba a cabo en los diez años siguientes a la operación, decidí ir a por ello. Se suponía que tenía que ir a hacerme unas pruebas después para ver si había funcionado, pero me temo que estaba tan ocupado que nunca llegué a ir…

Betsy batía las pestañas lentamente mientras intentaba procesar esa respuesta tan inesperadamente detallada. Pero por mucho que le diera vueltas a la respuesta, no podía encontrarle sentido. ¿Qué quería decir con eso de tener las riendas de su fertilidad? ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Y por qué se había sometido a esa operación después de que se hubieran separado sin molestarse siquiera a contárselo? Bueno, esa pregunta tenía una respuesta muy clara, admitió con dolor. Estaba claro que su decisión no había tenido nada que ver ni con ella ni con su deseo de tener un bebé o de salvar su matrimonio. Fue una bofetada más para Betsy, otro doloroso recordatorio de que nunca había entendido, y nunca entendería, a Nik Christakis.

–¿De verdad estás embarazada? –insistió Nik, observándola con intensidad y con cierta incredulidad porque esa posibilidad seguía sin parecerle real. Por mucho que ahora tuviera la prueba de que la intervención había funcionado, estaba igual de consternado por el riesgo que había corrido inconscientemente y por las impensables consecuencias de su claramente restaurada fertilidad. Lo que había sucedido era culpa suya, solamente suya por no haber recordado que por primera vez tendría que tomar precauciones estando con Betsy.

Demonios, ¿y si se hubiera acostado con otra mujer? ¿Y si ahora estuviera teniendo esa misma conversación con una mujer que fuera prácticamente una desconocida? Aunque, por otro lado, ¿habría sido tan descuidado si hubiera estado con alguien que no fuera Betsy? Lo dudaba. De nuevo la familiaridad que sentía hacia ella le había jugado una mala pasada, pero habían pasado tantos años

desde la última vez que había tenido que protegerse contra el riesgo de un embarazo no deseado, que se había comportado con imprudencia, como un adolescente ansioso por tener una relación por primera vez a toda costa.

–Embarazada al cien por cien –respondió con brusquedad. Desvió la mirada de su oscuramente hermoso rostro conteniendo su reacción todo lo que podía porque era extremadamente inapropiada; por el bien de su futuro hijo tenía que ceñirse a los hechos y actuar con frialdad–. ¿Entonces aceptas que eres el culpable de este embarazo y que este será tu hijo?

Unas espesas pestañas negras se cerraron sobre una astuta mirada verde que ponía la nota de color en su duro rostro.

–¿Acaso tienes alguna duda sobre eso? –le preguntó él secamente.

Betsy alzó la barbilla y le lanzó una mirada azul cargada de desprecio.

–En absoluto.

–¿Estás contenta? –le preguntó Nik sin previo aviso porque no se le podía ocurrir ninguna otra cosa que decir y temía decir algo incorrecto.

Un bebé. Betsy iba a tener un bebé, su bebé. Su anuncio lo había dejado absolutamente impactado, le resultaba de lo más extraño ya que jamás había contemplado la posibilidad de ser padre. Lo de revertir la vasectomía había sido más bien un ejercicio intelectual y filosófico que un deseo real de tener un hijo. Es más, lo de ser padre era algo que ni siquiera se había atrevido a imaginar ni en sus sueños más optimistas. Después de todo, los niños eran muy vulnerables y, por mucho que uno se desviviera en protegerlos, podían sucederles cosas malas. Solo de pensarlo palideció.

Betsy respiró tan hondo que se sintió algo mareada.

–¿Que si estoy contenta? –repitió con incredulidad mientras su pequeño cuerpo se volvía rígido por la intensidad y la fuerza de sus sentimientos–. ¿Estás de broma? Quería un bebé cuando estábamos casados. Quería una familia. Esto… –extendió los brazos con énfasis como si quisiera abarcar la distancia que había entre los dos–. ¡No es lo que quería!

–Entonces no quieres el bebé –supuso Nik preguntándose qué sentía él al respecto, aunque aún demasiado impactado por la

noticia como para saberlo. Un bebé. Betsy iba a tener un bebé, el primer Christakis que nacería desde que había nacido él.

–Es mi bebé… ¡Por supuesto que lo quiero! –le contestó con una agresividad que nunca antes le había mostrado, no, ni siquiera el día en el que su matrimonio se había venido abajo como un castillo de naipes y ella lo había echado de su casa–. Tienes que saber que bajo ningún concepto voy a ponerle fin a…

–No soy tan estúpido –le respondió Nik–. Y tampoco te pediría hacer algo así.

–¿No? –la voz de Betsy iba subiendo de volumen a pesar de que estaba intentando mantenerse calmada, bien consciente de que perder los nervios no la beneficiaría–. ¿No lo harías? ¿No te vendría mejor si abortara en lugar de dar a luz a un niño que no quieres?

–No pongas en mi boca palabras que no he dicho. No he dicho que no quiera al niño –le contestó sombríamente–. Está claro que tú sí…

Betsy no estaba de humor para permitirle esbozar suposiciones y se sintió frustrada por el hecho de que él no fuera capaz de mostrarle sus verdaderos sentimientos.

–¿Por qué? ¿Qué te parece tan claro? Porque te equivocas. Todo ha cambiado. ¡Jamás he querido ser madre soltera y tener que criar sola a mi hijo!

Nik apretó los dientes por no haber reflexionado un poco antes de pronunciar esas palabras. Estaba embarazada. Betsy estaba embarazada, pensó maravillándose ante lo que había sucedido y cómo había sucedido: demasiado tarde como para salvarlos. Tanto si ella lo admitía como si no, por fin había logrado darle la única cosa que de verdad había querido y se sentía totalmente desconcertado por la satisfacción que lo había invadido al enterarse. No quería pensar en el bebé; quería pensar en lo que el bebé significaría para ella, y estaba convencido de que ese niño lo sería todo para Betsy.

Recordó el montón de ropa de bebé escondido que había encontrado en el fondo de un armario y la desagradable sensación de futilidad e impotencia que lo había devorado aquella noche. Pero no había podido contarle la verdad sobre su pasado; jamás podría contarle la verdad, porque, entonces, ¿cómo lo vería después? Lo único que lo había hecho mantenerse en pie en aquellos momentos

había sido su orgullo. Desde el principio había sabido que el silencio era su única defensa, pero el anuncio que Betsy le había hecho lo había barrido como un huracán, sumiendo en un caos todo lo que él había creído que sentía y pensaba.

–¡Y tú eres el culpable de que ahora piense así! –siguió acusándolo–. No me diste elección. No me advertiste de que me podía quedar embarazada…

Nik soltó un resoplido de impaciencia y respondió:

–No creo que los métodos anticonceptivos fueran nuestra prioridad aquella noche. No pensé en nada tan prosaico…

–¡Eso sí que me lo creo! –le contestó furiosa con la mirada cargada de mofa y una sonrisa de desdén que a él no le resultó nada familiar–. ¡Lo único en lo que estabas pensando era en el sexo!

–Sé práctica… ¿en qué otra cosa iba a estar pensando? –le respondió con calma y nada molesto con la acusación–. Tú tampoco te contuviste mucho.

Betsy quiso abofetearlo por tan insolente recordatorio. Si se hubiera comportado como una mujer sensata y con respeto por ella misma, nada de eso habría pasado. Lo habría mirado impactada y se habría negado en redondo cuando él se acercó. Pero siempre le había resultado imposible mirar a Nik y negarle algo, y en eso se había basado su relación. El siempre había tenido el poder en el terreno sexual hasta que ella le había aguado la fiesta diciendo que deseaba un hijo y había impuesto un nuevo plan durante el que el deseo de Nik por ella había disminuido notablemente. Con las mejillas encendidas, observó su mesa.

–Te odio…

–Tenemos que ser prácticos –murmuró Nik como si ella no hubiera dicho nada–. Montar un drama y lanzarnos acusaciones no nos llevará a ninguna parte…

–Es muy fácil decirlo desde tu posición –le respondió Betsy con amargura–. ¡Tu vida no se va a ver entorpecida por tener que criar a un hijo solo!

–Las vidas de los dos se verán entorpecidas –contestó Nik secamente–. Pero, ya que la falta de recursos no será ningún problema, sobreviviremos a este desafío. Me aseguraré de que tengas todo el apoyo que necesites desde ahora mismo…

Gente a la que pagaría para desentenderse del trabajo físico y de

la responsabilidad que requería la paternidad, interpretó Betsy con mayor disgusto si cabía. No se estaba ofreciendo voluntario; no estaba dispuesto a hacer ningún sacrificio. ¿Y por qué iba a hacerlo cuando no quería ser padre? –se preguntó con pesar.

–¡Métete tus malditos recursos por donde te quepan! –le gritó presa del rencor y con su rostro en forma de corazón encendido de furia y una mirada de descarado desafío–. ¡Lo único que quise en todo momento era un padre para mi bebé, no tener acceso a tu cartera!

Nik posó en ella unos hirientes ojos verdes en los que había una expresión de mofa.

–¿Debería quedarme impresionado por esa frase? Hasta hace muy poco estabas reclamándome la mitad de todo lo que tengo –le recordó con frialdad.

Betsy puso los hombros rectos y agarró su mochila, decidida a no mostrar ninguna señal.

–Y en lugar de eso he hecho algo mucho mejor. ¡Un bebé me va a suponer un vale de comida gratis vitalicio!

Nik la miró con gélida indiferencia.

–Vete a casa, Betsy, antes de que pierda los nervios.

Y Betsy se marchó todo lo rápidamente que pudo y no volvió a respirar hasta que estuvo a salvo en el ascensor camino a la planta baja. Haberse puesto a la altura de la visión que él tenía de ella como cazafortunas podía haberle parecido un modo de salvarse el pellejo, pero a la larga era una mala idea, pensó avergonzada, sobre todo si empeoraba la relación que ya tenían y que era mala de por sí. ¿Qué le pasaba a su cerebro cuando estaba al lado de Nick? Acababa de llamar a su bebé «vale de comida gratis vitalicio» y se estremeció por haberlo hecho sabiendo que habría sido preferible dirigirle a Nik toda clase de improperios antes que emplear un arma tan poco sutil como esa para atacarlo.

¿Y por qué se había comportado así? Odiaba el modo en que Nik la hacía sentirse, odiaba que un momento que debería haber sido excepcional y motivo de celebración hubiera quedado destruido por lo impactado que se había mostrado. Aunque, por otro lado, ¿por qué seguía buscando en él la clase de respuestas y reacciones que jamás podría darle? No quería tener hijos y ella iba a darle uno. Mostrarse decepcionada no era una opción, se dijo furiosa. Había

llegado el momento de crecer y aceptar el mundo tal como era, no como le gustaría que fuera. En cualquier caso, ¿no había reaccionado Nik mejor de lo que se había esperado? No le había pedido ninguna prueba de ADN ni había sugerido que sospechara que podía haberse quedado embarazada de otro hombre.

Saliendo al aire fresco, miró al otro lado de la calle hacia donde se ubicaba el pequeño restaurante en el que había trabajado y que ahora estaba ocupado por una agencia inmobiliaria de lujo. Su atribulado rostro se tensó y se suavizó al instante cuando se permitió recordar, con virulenta ironía, que Nik Christakis verdaderamente la había tratado como a una reina.

Por desgracia, se había enamorado tan rápido y tan intensamente que se había perdido en él. Cuando había estado con ella, Nik se había convertido en lo único que importaba y, cuando había estado trabajando fuera, había sido lo único en lo que había pensado y se había sentido terriblemente desdichada sin su presencia. Hasta que lo había conocido no había sabido que podía llegar a sentir emociones tan poderosas. Había empezado a saltarse las clases nocturnas cuando Nik había querido verla y pronto se había quedado atrasada con sus trabajos y había dejado los estudios por completo. Seguía avergonzada por haber tenido tan poca visión de futuro por aquel entonces y por la debilidad de haber abandonado sus planes de vida a favor de un hombre y de una relación que podía no durar. Jamás se había considerado esa clase de mujer, pero amar a Nik le había hecho tragarse sus palabras.

Cuando Nik le había pedido que se casara con él, se había quedado impactada porque no tenía ni la más mínima idea de que fuera tan en serio con su relación. En aquel momento ni siquiera se había acostado con él y la contención de Nik en ese aspecto la había sorprendido.

–Eres virgen, ¿verdad? –le había preguntado después de cenar en un restaurante de moda–. No me importa esperar hasta que estés preparada para que compartamos mi cama. Es más, el hecho de esperar me resulta refrescante y especialmente excitante.

Se habían casado en un mar de flores naranjas y flashes de cámaras rodeados de cientos de invitados a los que ella no conocía y con solo un puñado a los que sí. Al cabo de unas semanas de la boda, sin embargo, Nik había empezado a cambiar y ella había

empezado a preguntarse si había cambiado de actitud por la más degradante de las razones: una vez terminada la excitante espera en la noche de bodas, cuando por fin la había metido en su cama, ¿había empezado su marido, un macho alfa, a perder interés en ella porque se había aburrido? Después de todo, una mujer inexperta que acababa de perder la virginidad tenía pocas novedades que ofrecerle a un hombre tan sofisticado en el terreno sexual.

Pero, ¡cómo no!, Betsy había seguido allí, esforzándose por que su matrimonio fuera un éxito. Como una tonta había creído que un bebé los uniría y acabaría con el cada vez mayor distanciamiento y las reservas de Nik. Y entonces una noche cuando Nik estaba fuera de viaje de negocios ella había asistido a una fiesta en casa de Cristo en la que Zarif, el hermano de Nik que pertenecía a la realeza, había hecho un esfuerzo por charlar con ella y conocerla un poco mejor. Cuando le había preguntado cómo llevaba que su marido estuviera fuera del país tan a menudo, ella le había respondido brevemente que ahora que habían terminado las obras en Lavender Hall tenía intención de crear una familia pronto, y Zarif la había mirado atónito y le había preguntado cómo iba a lograrlo si Nik se había sometido a una vasectomía. Esa bomba había caído sobre ella como salida de la nada y al cabo de unos días había estallado dentro de su matrimonio.

Ahora el mundo parecía haber vuelto al principio, pensó con tristeza; ella iba a tener el bebé que tanto había anhelado antes y ya no tenía ni un marido ni un hombre dispuesto a desempeñar el papel de padre. Su matrimonio había terminado aunque el divorcio aún no estuviera formalizado.

Capítulo 5

NIK estaba teniendo un día malísimo. Se había venido abajo en cuando Betsy le había dado la noticia y desde su marcha le había resultado imposible concentrarse. Después de haber cancelado sus reuniones y haberle dicho a su asistente personal que no le pasara llamadas, había salido a la azotea ajardinada de su apartamento. Estaba en casa a mediodía y sin trabajar y eso se le hacía muy raro. Todo estaba muy tranquilo, no se oía siquiera el susurro de la brisa ni el atenuado bramido del tráfico al otro lado. Jamás lo habría admitido, pero echaba de menos a Gizmo, que al menos le había hecho compañía.

En el pasado Nik había sido un solitario redomado hasta que había conocido a Cristo y, de algún modo, había logrado vincularse a su hermano a pesar de lo muy distintos que eran. Ahora miraba distraídamente hacia el horizonte y las azoteas. Tenía una existencia inmensamente privilegiada y no hacía falta que nadie se lo recordara. En casi todas las facetas de su vida su enorme fortuna le había puesto las cosas más fáciles y lo había impulsado hacia delante. Pero sus miles de millones no le habían servido para ser feliz.

Sin embargo, tenía que admitir que también era posible que no tuviera lo que hacía falta para experimentar la alegría. Toda una vida de emociones reprimidas y de guardar secretos lo había dañado, eso sin mencionar el daño que le había hecho a su capacidad para confiar en los demás y para mantener las relaciones. Llevaba mucho tiempo luchando contra esa verdad y, solo hacía poco, había llegado a aceptar que era un hecho ineludible.

Al igual que su oscuro y espantoso pasado era ineludible, reconoció con pesar, el anuncio de Betsy junto con el modo en que lo había censurado habían desatado unos recuerdos nada agradables. Justo en ese momento estaba recordando su primer día de colegio o, para ser más exactos, el trayecto de pesadilla en un coche con chófer y con una madre que tenía un temperamento

incontrolable.

—¡Tenerte me ha arruinado la vida por completo! —le había gritado Helena con resentimiento a la vez que le daba un puñetazo en la mejilla. Estaba furiosa porque su padre, el abuelo de Nik, había insistido en que saliera de la cama para acompañar a su hijo de cuatro años—. Has arruinado mi cuerpo, has arruinado mi vida social, me estás impidiendo que viaje y haga cosas y me lo pase bien… ¿Qué más me vas a destrozar, pequeño monstruo?

Helena Christakis nunca había querido ser madre, pero, cuando su padre, tan profundamente conservador, había amenazado con desheredarla después de que se quedara embarazada de su último amante, Gaetano Ravelli, se había visto forzada a enfrentarse a las consecuencias de algo por primera vez en su vida llena de caprichos. Fingir un matrimonio con Gaetano para satisfacer a su padre había sido la primera consecuencia y una que al final le había servido para conservar su fortuna. Por desgracia, la responsabilidad de un niño y la merma de su libertad para hacer lo que quisiera habían sido un castigo mucho más oneroso.

Ni por un solo momento se le pasó por la cabeza que Betsy pudiera llegar a ser tan cruel, egoísta o violenta como lo había sido su madre a lo largo de toda su infancia. No podía creer que pudiera odiar a su hijo como su madre lo había odiado a la vez que lo culpaba por todas las decepciones que se llevaba en la vida. Aun así, sin duda podía aceptar que Betsy había concebido a su hijo en circunstancias menos idílicas que las que se había imaginado en un principio. ¿Su hijo? En su cabeza esa palabra aún le resultaba irreal, porque no podía ni empezar a imaginar la realidad de que algo así sucediera.

Pero lo hecho, hecho estaba, y él siempre había sido pragmático. No tenía ninguna duda de que, si no estaba a la altura, otro hombre lo reemplazaría como marido de Betsy y como figura paterna en la vida de su hijo. Y eso, para él, sería totalmente inaceptable. No podría haber términos medios, admitió con actitud sombría. O se implicaba de lleno en la vida de su hijo o se vería excluido de ella porque una divorciada joven y rica con el físico de Betsy no permanecería soltera durante mucho tiempo. Aun así, ¿cómo podía dedicarse a todo lo que siempre había evitado y temido? La paternidad, con todas las preocupaciones y los peligros que

conllevaba. Respiró lento y hondo, su mirada era de pura desolación y tenía su sensual boca apretada. Lo haría igual que había logrado sobrevivir a su horrible infancia: sin mirar nunca atrás para revivir un pasado que era mejor olvidar y avanzando paso a paso.

–Bueno, venga, dispara –le dijo Belle impaciente. Una alta pelirroja llena de vida se acomodó en el sofá de terciopelo morado y miró a Betsy con clara expectación en sus vivarachos ojos.

–Estoy embarazada –respondió Betsy, que había ido a visitar a su amiga exactamente para decírselo.

Notablemente desconcertada, su cuñada se echó hacia delante en el sofá bruscamente.

–¿Cómo es posible que hayas metido a un hombre en tu vida sin que yo me haya dado cuenta? –preguntó incrédula.

–Porque ya estaba en ella… bueno, más o menos –murmuró con pesar–. El niño es de Nik…

–¿Nik? ¿Cómo puede ser de Nik?

–No puedes contárselo aún a Cristo. Es privado… entre Nik y yo –añadió sintiéndose incómoda con el tema y deseando que la mujer de Cristo parara de mirarla así, con cara de expectación. En las mínimas palabras posibles le reveló que Nik se había invertido la vasectomía.

Belle parpadeó muy lentamente.

–De acuerdo. Y después te devolvió al perro y, claro, tú te acostaste con él para darle las gracias…

–No fue así –contestó en voz baja Betsy.

–Te conozco. Eres muy compasiva. Se aprovechó…

–A lo mejor me aproveché yo de él…

Belle estaba sacudiendo la cabeza de asombro.

–Vaya… ¡vaya! Nik va a ser padre. Teniendo en cuenta que no puede soportar estar en la misma habitación que mis hermanos, cuesta mucho imaginárselo…

Betsy le tenía mucho cariño a la mujer de Cristo, pero nunca le había gustado mucho su actitud tan abiertamente crítica hacia Nik.

–No estás siendo justa, Belle. Nik no conoció a su padre y nunca ha estado con niños. Gaetano Ravelli salió de su vida cuando era un

bebé y después nunca volvió a verlo, así que para él es mucho más difícil sentir una conexión familiar con los hermanos que Cristo y tú habéis adoptado.

Franco, el más pequeño de esos niños, un niño adorable con el pelo rizado y negro y unos enormes ojos marrones, se subió al regazo de su hermana Belle y la abrazó con cariño. Estaba claro que la consideraba su madre, aunque Franco y sus cuatro hermanos eran en realidad el resultado de la larga aventura que habían tenido la difunta madre de Belle y el ya fallecido padre de Nik y Cristo.

Sin embargo, por primera vez, Betsy también estaba dándose cuenta de un detalle que la llenó de sorpresa. Casi todo lo que sabía del pasado de Nik le había llegado o de Cristo o de Belle porque Nik jamás le había hablado sobre su infancia. Su relación con su madre había sido bastante disfuncional y algo de lo que él se negaba educadamente a hablar.

Betsy solo había visto a Helena Christakis en una ocasión cuando la mujer había sorprendido a Nik al decidir asistir a su boda. Helena había llegado con su último novio y había evitado en todo lo posible todo lo que fuera más que un breve contacto con su hijo y la esposa de este. Aun así, la presencia de Helena debió de ser un castigo más que un placer para su hijo porque había ido ataviada con un vestido que era más propio de una adolescente, se había emborrachado y hasta se había echado sobre el regazo de su novio y se había comportado como una desvergonzada jovencita. Nik no había parecido afectado por el comportamiento de su madre y no había hecho ningún comentario. En ese momento Betsy, ingenuamente, había creído que estaba ocultando su vergüenza, pero desde entonces había aprendido que prácticamente nada avergonzaba a Nik.

–Para Cristo también fue todo un reto –le dijo la otra mujer–. Él tampoco sabía nada de niños, pero no creo que nunca haya estado tan en contra de la idea de tener hijos como Nik. ¿Cuándo tienes pensado contarle lo del bebé?

–Ya se lo he contado… Esta mañana, de hecho. Por eso he venido a Londres –apretó los labios porque no tenía ninguna intención de compartir más información, pero, claro, no podía esperarse lograr ocultarles un embarazo a sus amigos más cercanos y a su familia. Porque eso era en lo que se habían convertido Cristo

y Belle: familia, la familia que nunca había tenido en realidad. Los dos habían sacado tiempo de sus ocupadas vidas para ella durante los sombríos y desoladores meses tras la ruptura de su matrimonio, y siempre habían estado listos para escucharla y ofrecerle palabras de apoyo.

–¿Y?

–Bueno, al menos Nik no sugirió que el bebé pudiera ser de otro hombre…

–¿Y por qué iba a hacerlo cuando has estado viviendo como si hubieras hecho voto de castidad? –le preguntó Belle mirándola con exasperación–. Un niño te va a complicar mucho las cosas.

–No veo por qué –respondió Betsy con un tono exageradamente optimista y alzando la barbilla–. Tengo un negocio, una casa y un perro afectuoso. El bebé encajará a la perfección y la vida seguirá.

Poco después de eso, Betsy se levantó para marcharse porque la turbulencia emocional de ese día la había dejado exhausta y estaba deseando llegar a casa y relajarse frente al fuego con Gizmo calentándole los pies. Belle le abrió la puerta del salón.

–Ah, antes de que se me olvide, el viernes que viene vendrás a mi fiesta de cumpleaños. Hasta te he buscado alguien para que te recoja…

–¿Alguien que me recoja? –repitió Betsy sorprendida.

–Chris Morrison. Vive muy cerca de ti y me ha dicho que le encantaría venir contigo, así que ni siquiera tendrás que quedarte aquí a pasar la noche porque también te llevará a casa luego –le dijo con satisfacción–. Le he pasado tu número para que pueda llamarte y quedar.

–¿Y quién es? –preguntó Betsy frunciendo el ceño y admitiendo que Belle le había hecho una buena encerrona y que le era imposible negarse a ir a su fiesta. Sin embargo, la fugaz chispa de resentimiento por el hecho de que la manejaran se evaporó en cuanto se imaginó en casa sola como alma en pena. Nik no iba por ahí como alma en pena; no, el que pronto sería su exmarido oficialmente solía estar ligado a bellezas de la alta sociedad, a quienes acompañaba a clubs, a galerías de arte y a funciones de ópera. Sí, efectivamente, Nik, que rara vez la había sacado a ella a ningún sitio después de casarse con ella, se había convertido en un hombre increíblemente visible cuyo éxito social quedaba retratado

en una estela de reveladoras fotos que aparecían tanto en revistas de cotilleo como en publicaciones serias.

Al otro lado del pasillo, y justo cuando salía del despacho de Cristo, donde un par de copas de brandy le habían calmado un poco los nervios, Nik se había quedado paralizado ante el inesperado sonido de la voz de Betsy. Una mirada a su hermano reveló que incluso el tolerante y tranquilo Cristo se había tensado ante el hecho de que Belle ya estuviera buscándole citas a la que aún era la mujer legal de Nik. ¡Con un mujeriego como Chris Morrison! Y Betsy era la única capaz de preguntar quién era ese hombre… ¡Nada más y nada menos que uno de los banqueros más ricos de la ciudad! ¡Demonios! Los ojos de Nik se encendieron con un brillo esmeralda mientras controlaba la ira porque, por mucho que le apeteciera, no podía estrangular a la provocadora esposa de su hermano.

–Anda, los chicos también están juntos… –dijo Belle como en broma y nada inquieta por el incómodo encuentro–. Qué bien, ¿no?

–Betsy…

Cristo le lanzó una sonrisa que la advirtió de que su hermano había confiado en él y le había dado la noticia. Ella se preguntó si Cristo sabría el gran honor que eso suponía, porque Nik era uno de los hombres más discretos que había visto en su vida. Por fin se atrevió a mirar a Nik, con su impactante físico y su pose de arrogancia, la cabeza bien alta y los hombros rectos. Los nervios contra los que había estado luchando el rato que estuvo en su despacho la habían protegido de todos los efectos de su poderoso magnetismo sexual. Ahora de pronto estaba desnuda ante los elementos y reviviendo momentos de alto voltaje de su apasionado encuentro semanas atrás. Recordó la fuerza de las sacudidas con las que se adentró en ella, la brutal sensibilidad de cada terminación nerviosa y la excitación desorbitada que la había devorado. Una ráfaga de calor la recorrió desde la pelvis hasta sus tiernos pechos e hizo que le ardiera la cara.

Pero tras esa respuesta nada agradable ardían también rabia y rencor. De niña le habían enseñado a ver ese tipo de emociones como destructivas, groseras e indeseables.

–A Betsy no le hace falta que Morrison vaya a recogerla –anunció Nik con la boca apretada–. Ya que yo también vendré a la

fiesta, yo me encargaré de su transporte.

Betsy no podía dar crédito a lo que oía porque Nik había hablado de ella como si fuera un trasto que necesitaba un transportista o una posesión personal que él tenía derecho a mover a su antojo. ¡Y todo ello viniendo de un hombre que la había engañado, abandonado y que quería divorciarse de ella! Sin previo aviso, una furia volcánica que iba más allá de cualquier cosa que Betsy hubiera sentido nunca fue subiendo por su diminuta figura como una lava abrasadora y dio un paso adelante con su mirada azul encendida.

–¿De dónde sacas el valor para decir eso? –le preguntó bruscamente. Su menudo rostro se puso rojo de rabia al enfrentarse a Nik y señalarlo con el dedo índice–. ¿De dónde demonios sacas el valor para creer que tienes derecho a organizar mi vida?

Tan atónito como si una silla se hubiera alzado sola de pronto y lo hubiera golpeado, Nik miró con incredulidad a Betsy, la persona más conciliadora que había conocido en su vida y que ahora se estaba enfrentando a él como un guerrero en el campo de batalla.

–Yo…

–Calla… ¡No quiero oír tu voz! –estalló echando la cabeza atrás porque se negaba a centrarse en su torso, pero era un desafío buscar contacto visual con él cuando era mucho más alto que ella–. ¡No hay nada que puedas decir que pueda querer oír! ¡No te pertenezco y tú no eres quien decide qué hago, adónde voy o con quién lo hago! Justo la semana pasada ibas agarradito de una rubia en alguna fiesta en Nueva York. No me metí. No di ninguna opinión. ¿Y por qué no lo hice? ¡Porque no es asunto mío! ¡Y ahora mi vida tampoco es asunto tuyo! –terminó hincándole el dedo índice en su amplio torso–. ¿Lo entiendes, Nik? ¿O tengo que escribírtelo o expresarlo en el lenguaje de los negocios para que puedas pillarlo de verdad?

–¡Ya basta! –le advirtió Nik–. ¿Pero qué te ha entrado? –le preguntó mirándola como si no se pudiera creer que se estuviera atreviendo a atacarlo así.

–La culpa es tuya, Nik… toda tuya. Fuiste un marido egoísta y pésimo y saliste de mi vida actuando aún peor…

Cristo abrió de par en par la puerta de su despacho con un gesto casi cómico.

–Podéis hablar ahí dentro…

–Ey, no me gustaría perderme a la fierecilla atacando –dijo Belle sin ninguna vergüenza–. ¡Venga, chica, vamos!

Con unos perfectos dientes blancos bien apretados, Nik contestó:

–Estás embarazada… está claro que no querrás verte forzada a estar en compañía de otro hombre…

–¿Y por qué iba a detenerme el hecho de estar embarazada? ¿Y quién ha dicho que me estén forzando a nada? –preguntó Betsy aún furiosa porque los muchísimos pecados y descuidos de Nik estaban apilados en un rincón de su mente. Apartó el brazo en el instante en que él se lo agarró con fuerza en un esfuerzo de meterla en el despacho–. Ponme una mano encima, Nik, y te denunciaré por agresión…

–¡No vas a tener una discusión conmigo en público en la casa de mi hermano! –bramó Nik con sus ojos verdes tan sorprendentemente encendidos de rabia que resplandecían como piedras preciosas en sus oscuros y delgados rasgos.

–Pues muy bien. No tenía pensado quedarme y malgastar fuerzas en una causa perdida.

Unos ojos azules como turquesas asaltaron su airada mirada con un atrevimiento que lo impactó.

–¡Pero no te atrevas a volver a decirme qué tengo o no tengo que hacer! Somete a cualquier otro a tu obsesión por el control… Ya no eres mi marido. Me pasé tres años intentando ser la mejor esposa posible, sometiéndome a todas tus exigencias y expectativas e intentando encajar en tu mundo, ¡y por suerte ya no tengo que hacerlo más! –le soltó con una repentina sensación de libertad mientras caminaba con determinación hacia la puerta principal.

–Seguimos casados –le recordó Nik con testarudez y la atención clavada en ella como llevado por una poderosa fuerza que no podía esquivar.

Y Betsy se dio la vuelta. Estaba tan enojada ante ese provocativo comentario que instantáneamente se vio preparada para lanzarse al segundo asalto.

–¿En serio? ¿Dónde has estado los últimos ocho meses? Ah, sí, divorciándote de mí, recuperando al perro que siempre habías ignorado, intentando dejarme sin un techo bajo el que vivir mientras tú ibas por ahí con otras mujeres. Si decidiera ir

acostándome con unos y con otros, salir con un montón de hombres y, en general, actuar como una exmujer desvergonzada, podría hacerlo porque ¡está claro que no me ha hecho ningún favor ser buena contigo! Me mentiste…

–No te mentí… Yo jamás te he mentido –contestó con determinación y con unas grandes y fuertes manos apretadas en puños.

Un silencio claustrofóbico cayó sobre ellos mientras ella esperaba a ver si él le decía algo más, pero, ¡cómo no!, Nik apretó sus masculinos labios y calló.

–Mentiste por omisión –respondió Betsy que, de pronto abochornada por estar discutiendo en la casa de Cristo y Belle, se encogió de vergüenza por dentro al ver hasta dónde la había llevado perder los nervios–. Y confío en que sepas distinguir lo que es eso. Eres demasiado inteligente para tu propio bien, Nik, y yo nunca fui ni la mitad de inteligente… Me rompiste el corazón, Nik, y jamás te perdonaré por ello –algo muy parecido a un sollozo se le quedó atascado en la garganta. Los ojos le ardían y con más rapidez que nunca abrió la puerta, bajó los escalones y únicamente se detuvo cuando una fuerte mano se posó en su hombro.

–Deja que te lleve a casa…

–Eso sería ridículo –contestó con tensión mirando hacia la tranquila calle residencial y negándose a girar la cabeza–. Tengo el coche aparcado en la estación de tren de casa.

Nik dijo algo en griego y un hombre se puso al lado de Betsy para abrir la puerta de la limusina aparcada en la puerta. Era uno de los miembros de seguridad, según pudo ver Betsy a pesar de que la cabeza aún le daba vueltas un poco por el agotamiento mental y físico que amenazaban con abrumarla. Aun en ese estado, no pudo evitar preguntarse y martirizarse sobre si los hombres de seguridad de Nik también habrían sido testigos de su diatriba. Había experimentado una rabia completamente nueva para ella, y eso había superado totalmente todas sus inhibiciones. Desgraciadamente, después de aquello se sentía vacía, agotada y avergonzada.

Nik vio cómo sus estrechos hombros se hundían y agachaba la cabeza y, a pesar de estar atónito por su comportamiento, no puedo evitar sentirse también preocupado. Ella le había mostrado su punto

de vista y él se sentía afectado por ello.

«Me rompiste el corazón, Nik, y jamás te perdonaré por ello».

La giró muy lenta y cuidadosamente. Ella lo miró con los ojos cubiertos de lágrimas bajo la luz de la calle. Sin previo aviso Nik posó los labios sobre los suyos y al instante la estaba levantando hacia él para separar sus suaves labios y beber del dulce y tierno interior de su boca. Betsy sintió como si la cabeza le diera vueltas mientras su cuerpo pasaba del frío a un intenso calor y la invadió la necesidad de trepar por él como si fuera un árbol. El deseo le dio fuerzas a su traicionera respuesta como si necesitara desesperadamente liberarse de una insoportable tensión. ¡Qué bien sabía Nik! Era más ardiente que las llamas de una hoguera. Nada le había resultado nunca tan primitivo como ese devorador beso y nada podía haberla sacado con mayor eficiencia de su angustia emocional. La sujetó con ambas manos al bajarla porque se estaba tambaleando, estaba mareada, en un estado totalmente alejado al que se había encontrado antes de que la besara.

–Mi coche te dejará en la estación… Yo me quedó aquí –murmuró con tono grave y esa fue la única señal de que lo que acababa de pasar lo había afectado de algún modo.

Suponía un gran desafío, pero Betsy pretendía volver a poner en orden su cabeza y, por muy agitada que estaba, bajó los escalones y se adentró en la comodidad tapizada de la limusina, donde solo volvió a respirar una vez el coche se alejó de allí.

Ese beso… No, ni siquiera pensaría en ello. Era solo parte de la locura que se producía cuando la gente perdía los nervios y se peleaba y ella no estaba acostumbrada a discutir con Nik. Ni siquiera el día en que le había dicho que se marchara de Lavender Hill habían discutido de verdad. Mientras había despotricado sobre la vasectomía que había mantenido en secreto, él había permanecido en silencio sin dar ninguna explicación, ni excusa, sin ni siquiera intentar justificar su comportamiento.

Mientras la limusina se alejaba Nik se planteó que se había marcado un reto mucho más grande del que se podría haber imaginado. Decirle a Betsy que iba a ir a casa para cuidarlos a ella y a su hijo le caería como una bomba porque ella no quería que

volviera.

Una vez dentro, dio media vuelta en el vestíbulo de la elegante casa de su hermano y no fue consciente de nada, ni de dónde estaba, ni de quién podría estar presenciando semejante momento de debilidad. ¿Por qué había dado por hecho sin más que ella querría que volviera? Las mujeres siempre lo habían deseado y esa era una realidad que él daba por sentado. Pero ya había cometido ese error con Betsy cuando lo había dejado plantado en su primera cita, recordó distraídamente con una imagen que fue como una barra de hierro golpeándolo entre las sienes. Por supuesto, Betsy nunca había sido como las otras mujeres, razón por la que se había casado con ella para empezar.

Siempre que le había llevado flores ella había respondido que prefería una disculpa por sus largas ausencias además de llamadas y mensajes más frecuentes mientras estuviera fuera.

Siempre que le había llevado regalos lo había regañado por haber malgastado su dinero como si fuera una niña malcriada. «No puedes impresionarme con esas cosas», le había dicho una vez con delicadeza. «Esa no es la razón por la que estoy contigo. Estoy aquí porque te quiero y a eso no puedes ponerle precio».

Con la frente cubierta de sudor, Nik se preguntó por primera vez por qué Betsy había intentado reclamarle la mitad de su riqueza, ya que no se correspondía en absoluto con lo que él sabía de su forma de ser. Se preguntó cómo se sentía el amor, ya que nunca lo había experimentado a excepción del amor que ella le había profesado. Ese amor le había proporcionado una sensación de seguridad de lo más extraña… ¡Qué ridículo! Como si él fuera inseguro. Casi se rio a carcajadas ante la idea, aunque por la razón que fuera no logró arrancarse de dentro ni una pizca de humor.

Se preguntó si sería posible raptar a Betsy y llevársela al extranjero, donde se vería forzada a escucharlo. ¿Llamaría a la policía? Al final tendría que acabar escuchándolo. Sumido en esa peculiar fantasía del secuestro, levantó las cejas y se preguntó si no estaba volviéndose loco.

Al igual que debía de estar pasándole a Betsy para haber actuado de un modo tan extraño, atacándolo de ese modo. ¿Qué le sucedía? ¿Era posible que hubiera reaccionado así solo porque estaba embarazada? ¿Cómo lo había olvidado siquiera durante

cinco minutos? A las mujeres embarazadas debían de afectarlas mucho las hormonas, pensó distraídamente. Estaba claro que Betsy no había sido ella misma; es más, se había comportado como alguien poseído, mostrando un cambio de carácter del que podría culpar a la peleona de Belle. Después de todo, sabía que Belle no lo soportaba y que sin duda emplearía sus peores errores y defectos en su contra. Aunque también tenía que pensar que era más probable que el único demonio que hubiera poseído a Betsy fuera el resultado de unas hormonas alteradas. Ahora que había llegado a esa obvia explicación se sentía un poco más aliviado. Esa mujer colérica no se había parecido en nada a la suave y delicada Betsy con la que él había vivido una vez… y con la que pronto volvería a estar viviendo, se recordó con satisfacción.

Betsy se quedaría sorprendida, pero también complacida; al final estaría muy complacida, se dijo con convicción. Desde el día en que le había dicho que se marchara de Lavender Hall, Nik se había visto perseguido por otras mujeres diariamente. Se había topado con seductores físicos y atrevidas proposiciones allá adonde había ido y al cabo de tres años de matrimonio tan descaradas proposiciones habían resultado desconcertantes y nada apasionantes, pero, aun así, si otras mujeres que ni siquiera lo conocían podían desearlo tanto como para perder toda su finura y dignidad, Betsy debía querer tenerlo de vuelta aún más, ¿no?

Le había dejado tomarla contra la pared aquel día. Solo de pensarlo se excitaba. No podía odiarlo de verdad si había vuelto a tener relaciones con él, ¿no? De todos modos, ¿por qué demonios estaba pensando ahora sobre ese estúpido tema de las relaciones? Durante un segundo de efervescente frustración Nik quiso golpearse la cabeza contra la pared para despejarse de esa caótica locura de pensamientos, pero entonces vio a su hermano a unos metros.

–¿Estás bien? –Cristo estaba mirándolo con gesto de preocupación.

Nik flexionó sus tensos hombros y se puso recto.

–¿Por qué no iba a estarlo?

Cristo no era nada sutil, pero sabía que decirle a Nik que estaba actuando de forma muy extraña supondría más trabas que ayuda. En cualquier caso, se estaba mostrando de lo más comprensivo imaginando lo que todo eso debía de estar suponiéndole a su

hermano: Nik se había casado con un inocente ratoncillo que estaba empezando a rebelarse y a rugir como un león y estaba claro que para él debía de ser muy complicado asumir ese inquietante cambio de personalidad además del hecho de que iba a ser padre.

Nik era un hombre muy hombre, corto de imaginación y empatía, pensó Cristo compasivamente. Desde hacía tiempo venía fijándose en que, a diferencia de lo brillante que era intelectualmente y de las habilidades que tenía para los negocios, en el terreno emocional estaba perdido. Sin embargo, parecía estar intentando entenderlo; Cristo podía ver muy claramente que Nik estaba intentándolo y esforzándose, y solo esperaba que, tarde o temprano, Betsy lo viera también.

Capítulo 6

ERA primera hora de la tarde y Betsy, mirando hacia la enorme furgoneta de mudanzas y a los trabajadores apostados al lado, dijo por segunda vez:

–Está claro que han confundido la dirección. Ni voy a mudarme a ningún sitio ni nadie se va a mudar aquí…

Simultáneamente a esas palabras se oyó el bramido de unas hélices sobre su cabeza. Todo el mundo, incluida ella, miró al cielo, pero solo Betsy pudo identificar el logotipo del helicóptero que estaba a punto de aterrizar en el helipuerto que Nik había mandado construir. Se quedó mirando anonadada y sorprendida por otro desconcertante suceso. ¿Es que Nik había ido hasta allí volando para visitarla? ¿Para hablar del bebé y de acuerdos para el futuro? ¿Y por qué no lo había hecho mediante sus representantes legales? ¿No habría sido eso mucho menos complicado que otro encuentro traumático?

Cinco días habían pasado desde que Betsy se había enfrentado a Nik en la casa de Cristo y Belle, y aún se abochornaba y se enfurecía solo con recordar cómo, por fin, le había soltado a su exmarido unas cuantas verdades. Lo malo era que lo hubiera hecho delante de más gente; es más, sentía que le debía una disculpa a Nik en ese sentido por haber perdido el control hasta ese extremo. Por otro lado, Nik no era un hombre dado a la introspección y probablemente se había olvidado de todas las críticas al cabo de unos minutos. No era un hombre sensible y no la amaba, así que ¿por qué iba a importarle lo que le había dicho sobre el pasado cuando su matrimonio ya estaba acabado y a punto de recibir la ratificación legal? Aunque… ¿por qué demonios la había besado después? ¿Qué había significado algo así?

Con sus ojos color cielo abiertos de par en par, Betsy vio a Nik atravesar los matorrales que ocultaban el helipuerto y se le heló la sangre según volvía a preocuparse por la razón que podía haber motivado otra visita personal; debía de ser grave, ya que él

delegaba responsabilidades siempre que podía para liberarse y poder entregarse más aún al estimulante mundo de los negocios.

Se concentró en intentar no fijarse en lo increíble que estaba con ese traje de diseño gris marengo, en lo exótica y maravillosamente guapo que resultaba con su delicioso cabello negro y esos impresionantes ojos claros que destacaban tanto sobre su piel bronceada. Su sangre helada empezaba a calentarse peligrosamente en sus venas y quería abofetearse por haber reaccionado así ante su poderoso carisma sexual incluso después de todo lo que le había hecho. No era más que una estúpida cuestión de química, se dijo exasperada. Y esa era la razón por la que lo había besado aquella noche; era muy triste, sí, pero le parecía absolutamente irresistible.

Se quedó sorprendida cuando Nik se detuvo detrás de la furgoneta de mudanzas para dirigirse a los transportistas… ¿Qué les estaría diciendo? Bueno, por lo menos, ya que era un hombre con muy poca paciencia ante la ineficacia y los errores de los demás, seguro que pronto los echaría de allí.

–Betsy… –murmuró.

Subió los escalones en un par de zancadas con esas largas y poderosas piernas y su mirada esmeralda clavada en la suya como un misil dirigiéndose a su objetivo; eso fue lo que pensó ella vagamente mientras la recorría una mezcla de calor y temblores de frío en una inquietante oleada de reacciones.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Betsy intentando ahora mantenerse fría y mostrarse sensata en respuesta a su visita–. ¿No podías al menos haber llamado para decir que ibas a venir?

Una mata de pelo la interrumpió al abalanzarse alegremente sobre las piernas de Nik a modo de bienvenida.

–¡Gizmo! –lo reprendió Betsy.

–Parece que le gusta volver a tenernos a los dos en el mismo sitio –dijo Nik riéndose y agachándose para acariciarle la oreja.

–Bueno, pues se va a quedar muy decepcionado cuando vuelvas a marcharte –apuntó Betsy con tirantez–. Sinceramente, Nik, deberías haber llamado al menos para decir que ibas a venir…

Nik frunció el ceño.

–¿Podríamos hablar en privado? –le preguntó.

Ella, asombrada al ver que los transportistas estaban abriendo la parte trasera de la furgoneta, murmuró:

–Por supuesto. ¿Ha pasado algo?

–Nada de lo que tengas que preocuparte –le aseguró Nik.

Y posando una bronceada mano sobre la esbelta espalda de Betsy la llevó hacia el salón y, una vez allí, cerró la puerta.

–Así que sí que ha pasado algo –dio por hecho Betsy buscando entre sus oscuros y hermosos rasgos y reconociendo su tensión con cada vez más consternación.

Nik respiró hondo y lento. Lo de mudarse allí le había parecido una solución muy simple cuando se le había ocurrido, pero de pronto le resultaba más complicada que antes. Cristo le había recomendado que primero fuera a hablar con ella, pero había querido evitar dramas y la impensable posibilidad de un rechazo. Darle a Betsy un hecho consumado y haber comprobado su propia situación legal por adelantado le había parecido un enfoque más factible y eficiente. Al fin y al cabo, cuando en sus negocios estaba a punto de hacerse con una nueva empresa, nunca advertía por adelantado de lo que tenía pensado hacer, ¿no?

–¿Por qué no dices nada? Me estás asustando… ¿Qué pasa? –preguntó Betsy increíblemente nerviosa–. ¿Están bien Cristo y Belle?

–Claro que sí –Nik miró de arriba abajo a su mujer enfundada en unos vaqueros sin dejarse ni un solo detalle de su aspecto relajado. Todavía no se le notaba el embarazo y se preguntaba cuándo se vería un cambio en sus diminutas y esbeltas proporciones. Miró a otro lado con las mejillas sonrojadas y maravillándose ante el instantáneo deseo que lo recorrió. Evidentemente ella era la única que tenía la llave del candado de su libido, o tal vez sencillamente él era un hombre excepcionalmente fiel con algún tipo de trauma mental que le impedía buscar alivio con otra mujer incluso durante una separación legal.

–Nik, ¿qué pasa? –insistió Betsy preocupada y tan tensa como un palo delante de él.

–Me mudo aquí –soltó el anuncio y la vio abrir la boca de par en par dejando ver dos hileras de pequeños dientes blancos como perlas–. He decidido venir a casa…

Betsy casi se cayó del susto. Es más, la cabeza le daba vueltas y le zumbaban los oídos mientras esas palabras resonaban en su cabeza y se negaba a darles crédito.

–¿Cómo dices? –preguntó lánguidamente.

–Quiero volver a casa –repitió Nik por si no había captado el mensaje–. Darle otra oportunidad a nuestro matrimonio…

«Está loco de remate», decidió Betsy algo mareada. La última vez que se habían visto, ella había estado gritándole y ahora, de pronto y sin el mínimo aviso, él estaba diciéndole que quería volver y vivir con ella otra vez. Y, lo peor de todo, hablaba como si una decisión de tanta trascendencia fuera totalmente unilateral y solo suya.

–¿Quieres decir… que la furgoneta de mudanzas que hay ahí fuera…?

–*Ne*… sí. Es mía –admitió aliviado de que ella por fin lo hubiera entendido sin que hubiera tenido que explicárselo con más detalles, lo cual le habría resultado embarazoso–. No te preocupes, no te causaré ninguna molestia. He llamado a Edna y le he advertido que…

–¿Has llamado a nuestra ama de llaves para decirle que ibas a mudarte y no me lo has dicho? –le preguntó pensando que la llegada de sus posesiones era mucho menos desconcertante que su propia llegada, con la diferencia de que él no parecía captar ese obvio y pequeño detalle.

–Hace solo una hora –le dijo Nik como si eso pudiera mitigar el agravio.

Betsy respiró tan hondo que la cabeza empezó a darle vueltas otra vez y lo miró con incredulidad.

–Nik… no puedes decidir que quieres darle otra oportunidad a nuestro matrimonio sin hablarlo primero conmigo –señaló algo temblorosa mientras en el pecho se le iba acumulando una bola de histeria porque no se podía creer lo que estaba oyendo.

–Ahora lo estoy hablando contigo –respondió Nik ecuánimemente y acercándose al fuego–. Quiero que te agrade.

No era la primera vez en su relación que Nik le había dicho cómo debía sentirse antes de que ella pudiera decidirlo por su cuenta, así que no le sorprendía.

–Nik… te marchaste hace ocho meses. Ahora esta es mi casa y mi hogar…

Nik se giró con el rostro tenso.

–No, no lo es. Los papeles del acuerdo aún tienen que firmarse. La propiedad aún me pertenece…

–¡Ah, entonces de acuerdo! –le dijo Betsy con sarcasmo–. ¡Pues nos iremos Gizmo y yo y dormiremos en el sofá de Belle! Seguro que nos hará hueco en alguna parte…

–¿De qué demonios estás hablando? –preguntó Nik con tono sombrío–. ¿Por qué ibas a marcharte ahora que he vuelto?

–Nos estamos divorciando, Nik –le recordó Betsy obstinadamente y preguntándose de dónde demonios se había sacado ese razonamiento–. No puedes mudarte aquí sin más y esperar una reconciliación sin que yo esté de acuerdo…

–No quiero un divorcio. Tenemos un hijo o hija en camino y deberíamos estar juntos para criarlo –le informó Nik con calma.

–Eso sería en un mundo ideal… –dijo–. No tenía ni idea de que sintieras eso por el bebé cuando nunca has querido tener hijos.

–Pero ahora el bebé es una realidad –respondió Nik–. Vamos a ser padres y no permitiré que mi hijo crezca sin mí.

Temiendo que le fallaran las piernas, Betsy fue hacia un sofá y literalmente se dejó caer en un intento desesperado de salir de ese aturdimiento.

–¿Nik? Todo esto es muy precipitado, y estoy muy confundida…

–¿Por qué? –preguntó Nik con aparente sinceridad cruzando la alfombra para agacharse y poder verle la cara–. He vuelto a casa…

–¡Pero no es una decisión unilateral! –exclamó Betsy en un arrebato–. Está claro que también me concierne a mí. Sé que para un niño es mejor tener a sus dos padres si es posible, pero sigue pendiente la cuestión de nuestra relación…

Él arrugó su sensual boca.

–No habría ningún niño de qué preocuparnos si no fuera por nuestra relación.

–Depende de cómo veas la situación –Betsy alzó la cabeza y sus ojos color cobalto resplandecieron de furia–. Lo vi solo como sexo y tú hiciste lo mismo al decir que creías que era bastante común que una pareja que estaba divorciándose se acostara.

–No estuvo bien decir algo así –Nik se pasó unos nerviosos dedos bronceados por su sedoso pelo negro mientras hacía la confesión–. Pero estaba… eh… muy confundido aquel día. No sabía lo que sentía ni qué decirte…

Betsy se vio extrañamente conmovida por esa sincera confesión nada típica de él, pero eso no le impidió hablar.

–No, saliste corriendo sin más…

Los ojos verdes de Nik se encendieron a la defensiva.

–No salí corriendo…

–Hazme caso… te largaste corriendo como si fuera una aventura de una noche de la que te hubieras lamentado. Hace solo una semana estabas divorciándote de mí. ¿Cómo puedes pasar de eso a decir de pronto que quieres volver a estar casado conmigo? –preguntó temblorosa.

Nik caminaba inquieto de un lado para otro frente al fuego porque no se había esperado tantas preguntas ni la barrera de resistencia que ella estaba levantando entre ellos. Pero no le estaba gritando, lo cual ya era un punto a su favor.

–Por algo hay que empezar…

–Pero lo único que ha cambiado es que estoy embarazada –le recordó Betsy intentando no escuchar las puertas que se abrían y cerraban en la casa ni el sonido de las voces y el ruido que acompañaban al regreso de las posesiones de Nik a lo que una vez había sido la casa que habían compartido. Estaba traumatizada e intentando no mostrarlo. No por primera vez la conducta de Nik la había dejado sin palabras. Él había frenado el divorcio, había vuelto a su lado… ¿Pero por qué? No lo entendía–. No me puedo creer que te importe tanto un bebé que ni siquiera querías tener…

Nik se tensó.

–Pues créetelo. También me importas tú y quiero estar aquí para ti y para el bebé ahora y en el futuro.

–Es un giro radical –le dijo Betsy aturdida–. Yo no sé qué pienso sobre esto.

Nik se agachó de nuevo con pose atlética y le agarró las manos en un inusitado gesto para tratarse de un hombre que solía ser muy reservado.

–Quiero que esto te haga feliz. Quiero volver a casa, *glikia mou*. Supongo que te estoy pidiendo una segunda oportunidad…

Resultaba tan humilde, tan distinto del orgulloso y ferozmente independiente hombre al que conocía, que se le saltaron las lágrimas. Lo miró con los ojos posados en su oscura y elegante belleza de ángel caído y pudo sentir literalmente lo tenso que estaba esperando a que accediera. Significaba muchísimo para él; podía sentirlo. Y pensó que solo un hombre de la complejidad de Nik

Christakis podía pensar que era normal volver con la mujer de la que se estaba divorciando sin ni siquiera hablar del tema con ella por adelantado. Siempre había habido algo en su carencia de inteligencia emocional que le atravesaba el corazón como una flecha. Era muy inteligente pero estaba muy desconectado de las cosas corrientes y siempre había sido muy excéntrico en ese sentido, cualidad que ella había descubierto la noche de su igual de sorprendente proposición de matrimonio.

–No estoy segura de poder volver a confiar en ti –le dijo sinceramente–. Han pasado tantas cosas… y las otras mujeres…

–Solo me he acostado contigo.

Betsy se quedó atónita hasta que lo recordó abalanzándose sobre ella como un lobo hambriento y fue esa imagen la que la convenció de que le estaba diciendo la verdad.

–Aun así, te han sacado fotos saliendo por ahí con muchas mujeres…

–Pero solo he estado contigo –declaró Nik de nuevo–. Solo quiero estar contigo.

Betsy levantó unos dedos indecisos y los deslizó sobre su ensombrecida mandíbula rozando una incipiente barba. Se preguntó qué estaba haciendo, pero estaba descubriendo que su supuesto odio hacia Nik no había hecho más que reforzar su propio orgullo y que, cuando había ido buscando fuerzas para resistirse, estas estaban misteriosamente ausentes. No lo odiaba; lo quería de vuelta. ¿La convertía eso en la mujer más tonta del mundo? ¿Estaba loca solo por plantearse reconciliarse con un tipo que llegaba con una furgoneta de mudanzas como si ocho meses de separación y todos los amargos trámites de divorcio no hubieran sucedido nunca?

–Pero si nunca quisiste tener hijos –le recordó con la voz ronca.

–Un niño es una gran responsabilidad –dijo Nik muy serio e ignorando evidentemente la realidad de que ya tenía la responsabilidad de un enorme imperio y miles y miles de empleados por todo el mundo–. Y los niños son muy vulnerables. Por eso nunca quise la responsabilidad de proteger a uno.

Betsy no seguía su razonamiento. Él parecía estar pensando en el escenario más catastrófico en el que un niño podía resultar herido, pero podía ver que estaba tremendamente serio y por esa razón

asintió como si entendiera totalmente lo que estaba diciendo.

–¿Y por eso te hiciste la vasectomía?

Nik asintió en silencio después de haber dado la explicación de que ya lo había pensado todo de antemano. Ojalá hubiera encontrado esas palabras ocho meses antes cuando podían haberles ahorrado mucho sufrimiento a los dos. Pero en aquel momento, impactado al saber que ella se había enterado de que se había sometido a una vasectomía, había pensado que solo podía decirle la verdad y esa era una opción que él ni siquiera podía contemplar, que jamás podría contemplar.

Betsy observó su oscuro rostro, se fijó en las sombras bajo sus ojos y en las marcadas arruguitas de extrema tensión que enmarcaban su boca e intentó pensar con claridad. Pero, sin previo aviso, una sobrecarga emocional y el agotamiento estaban asaltándola como un tren de mercancías colina abajo.

–No puedo darte una respuesta ahora mismo –le dijo con voz temblorosa–. Tengo que pensar en ello y creo que tengo que tumbarme un rato…

Rígido de decepción ante esa respuesta, Nik retrocedió a la vez que Betsy se levantaba y entonces, de pronto, los ojos se le pusieron en blanco y sin el más mínimo sonido, cayó al suelo. Betsy se había desmayado. Algo grave le había pasado. Nik, que normalmente reaccionaba con mucha frialdad en los momentos de crisis, experimentó una intensa oleada de pánico mientras la levantaba y salía al pasillo donde su ama de llaves, Edna, estaba supervisando el trabajo del equipo de mudanzas.

–¡Oh, Dios mío! ¿Se ha desmayado otra vez la señora Christakis? –preguntó Edna en tono suave mientras se acercaba a él.

–¿Otra vez? ¿Quiere decir que esto le ha pasado antes? –preguntó consternado.

–Hay mujeres propensas a los desmayos en los primeros meses de gestación –le respondió la mujer con calma–. Todos la cuidamos lo mejor que sabemos.

Nik se imaginó a Betsy desmayándose al cruzar una carretera y cayendo bajo las ruedas de un coche. La vio cayendo por unas escaleras y rompiéndose el cuello. Incluso cuando la imaginó cayendo y únicamente haciéndose unos rasguños, se mareó y decidió que eso no volvería a pasar. Tener un bebé podía matarla,

pensó horrorizado. No podía permitir que fuera desmayándose por todas partes; era demasiado peligroso, demasiado arriesgado.

Necesitaba consejo médico y un lugar donde mantenerla a salvo.

Betsy recobró la consciencia y vio que estaba tumbada sobre el regazo de Nik en la parte trasera de una limusina.

–¿Adónde demonios vamos? –susurró llevando torpemente la mano hacia su frente cubierta de sudor–. Me ha vuelto a pasar, ¿verdad? A veces si me levanto demasiado rápido me desmayo. Lo siento si te he asustado. Es que estoy muy cansada…

–Te llevo a ver a un médico…

–No hace falta…

–Cuando estás enferma, soy yo el que decide qué es necesario.

–Pero no estoy enferma. Solo estoy embarazada –respondió con delicadeza al ver lo muy preocupado y tenso que estaba.

A Nik no le gustaban las cosas inesperadas y, precisamente por eso, sabía que cada uno de los muebles que él se había llevado volverían a ocupar el mismo lugar y posición que habían ocupado ocho meses antes. Estaba obsesionado con el orden y la estructura y eso había llegado a irritarla mucho porque a ella le gustaba mover las cosas y probarlas en lugares distintos. Pero bueno, cada uno tenía sus manías y preferencias, admitió con pesar.

–Creo que necesitas descansar –le dijo Nik.

Ella tenía la nariz casi hundida en la parte frontal de su camisa y el almizclado y sensual aroma de su piel le resultó tan familiar que los ojos se le llenaron de lágrimas. Dobló los dedos alrededor de la solapa de su chaqueta y cerró los ojos. Lo amaba, pero eso no significaba que pudiera vivir con él otra vez o criar a su hijo a su lado. Significaría volver a ser una especie de viuda porque él siempre estaría viajando, no estaría disponible cuando lo necesitara y lo deseara. Se sentiría muy sola porque él no valoraría lo mucho que lo echaba de menos. Apenas vería a su hijo y hasta le costaría reconocerlo cuando se pasara semanas seguidas fuera. ¿Era mejor tener un padre a tiempo parcial que no tener padre directamente?

Unos extraños sonidos electrónicos y unas fuertes voces la despertaron de nuevo.

–Betsy, diles que sabes adónde vas –le dijo Nik levantándole la

cara hacia unas luces horrendamente brillantes que hicieron que volviera a cerrar los ojos rápidamente.

–Claro que lo sé –farfulló, dispuesta a decir lo que fuera con tal de que la dejaran tranquila.

–Mi mujer no puede evitar sentirse mal –apuntó él con una voz cargada de furia que alteró su acento griego mientras la rodeaba con fuerza.

Aún le golpeteaba la cabeza y ese familiar agotamiento se posó sobre ella como una niebla porque hacía muchas semanas que no dormía como era debido. Bloqueó los tensos pensamientos que le aporreaban la cabeza pidiendo ser escuchados; ya pensaría otro día en las complejidades de su matrimonio y en Nik, cuando tuviera las ideas más claras…

Betsy se giró en el cómodo colchón y se le escapó un suave suspiro mientras abría los ojos en la ensombrecida habitación. Se oyó un zumbido de fondo.

–¿Qué es ese ruido? –murmuró adormilada.

–Vuelve a dormir… Es tarde –le avisó Nik desde los pies de la cama–. No debería haber entrado, pero quería ver cómo estabas… Aunque me temo que al final te he despertado.

Recordando lo sucedido antes, Betsy se tensó y miró a su alrededor, hacia lo poco que podía ver de la aparentemente pequeña y tranquila habitación. Solo podía suponer que se encontraba en una de las habitaciones de invitados de la casa de Nik en Londres. ¿Adónde, si no, iba a llevarla para ver a un médico? ¿Y por que no sé había negado ella, por el amor de Dios? Porque negarse y discutir con Nik nunca había servido de nada. Cuando Nik estaba convencido de que estaba haciendo algo por el bien de ella, era imposible hacerle cambiar de opinión.

–¿Y por qué has venido a ver cómo estoy?

Sin afeitar y desaliñado, con el pelo despeinado y sin corbata ni chaqueta, Nik se inclinó hacia ella con su enorme presencia.

–Te has desmayado –le recordó casi con tono acusatorio–. Eso no es normal…

–Ha sido un desmayo pequeño y tonto… más embarazoso que grave –le respondió adormilada y dándose cuenta de que, por la

razón que fuera, se sentía extrañamente relajada con su presencia.

–Pareces increíblemente cansada…

–No he estado durmiendo bien últimamente –admitió Betsy antes de poder pensar mejor en esa reveladora confesión–. Y el cansancio es normal en los primeros meses de embarazo.

–El doctor nos dirá mañana qué es normal y si hay motivos de preocupación.

–No es propio de ti armar un revuelo así por algo tan trivial…

–El estado de tu salud no es una trivialidad.

Habló con tanta seriedad que una somnolienta sonrisa de diversión iluminó el rostro de Betsy antes de que volviera a cerrar los ojos.

Se despertó con la luz que entraba a través de un ojo de buey y parpadeó aturdida. Lentamente salió de la cama y, antes de llegar a la ventana y ver las nubes, supo que estaba a bordo de un avión. Las luces que la habían cegado y las preguntas que Nik había estado respondiendo furioso debían de haberse producido la noche antes en el control de seguridad del aeropuerto. ¿Cómo puedo ser tan estúpida?, se preguntó consternada. «¿Por qué estoy en un avión? ¿Por qué me ha metido en un avión sin decírmelo?». ¿Por qué había tenido que intervenir Nik?

La ropa que llevaba estaba en el armario, pero se quedó aliviada al ver que le habían preparado una maleta con una selección de otras prendas, así que agarró una muda limpia antes de meterse impacientemente en el cuarto de baño para refrescarse. El descubrimiento de sus artículos de tocador y su bolsa de maquillaje no hicieron nada por apaciguarla. Se sentía como Alicia debió de sentirse en el País de las Maravillas, solo que en lugar de caer, Nik la había metido en la madriguera. El brillante cielo azul al otro lado del ojo de buey la convenció para elegir una fina falda floral y una camiseta de la escasa selección de ropa y, una vez vestida, salió.

Nik estaba trabajando con el portátil como si estuviera en un despacho. Levantó la mirada y ella pudo ver sus espesas pestañas negras y sus brillantes ojos verdes.

–Te he oído levantarte. El desayuno debe de estar a punto de llegar…

–¿Dónde estamos?

–En treinta minutos estaremos aterrizando en Atenas…

–¿Atenas? –gritó Betsy.

–Ya te dije que iba a llevarte a un médico. Mikis Xenophon es una autoridad mundial en embarazos –la informó con marcada satisfacción–. Y esta mañana tienes una cita con él.

–¡No me importa quién es! –le contestó con brusquedad y la paciencia agotada–. ¡Estaba dispuesta a ver un médico, pero no a volar hasta Grecia para hacerlo!

–Xenophon es el mejor. Quiero que te vea el mejor –le contestó con terquedad–. Sus investigaciones son de primera y sus pacientes hablan maravillas de él.

–Pero traerme hasta Grecia sin preguntármelo… –comenzó a decir con voz más alta.

–Te has quedado dormida profundamente. Debías de necesitar descansar muchísimo y no quería molestarte –le aseguró con voz crispada.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta y llegó el desayuno que había pedido. Soltando el aire que había estado conteniendo, Betsy se sentó porque, después de haberse perdido la cena de la noche anterior, estaba hambrienta. Pero, mientras comía, también estaba a punto de estallar de frustración. Nik había vuelto a hacerlo, había vuelto a tomar el mando, se había olvidado de sus opciones y deseos como si él supiera qué era lo mejor. La única ocasión en la que le había dejado elegir algo había sido cuando por fin le había dicho que podía intentar quedarse embarazada si quería. Claro que para él había sido muy fácil decirlo ya que, debido a su vasectomía, sabía que no había posibilidades de que eso sucediera.

–¿Por qué demonios accediste a que intentara quedarme embarazada el año pasado? –se vio preguntándole bruscamente–. Quiero decir, si sabías que no podía suceder, ¿por qué me animaste?

Nada preparado para la pregunta, Nik la miró fijamente.

–Pensé que te satisfaría. Yo… equivocadamente, y tal vez incluso como un idiota, di por hecho que se te acabaría yendo la idea… Después de todo, no querías tener hijos cuando nos casamos y jamás me esperé que eso fuera a cambiar…

–Por desgracia la gente cambia. Pensé que no quería hijos

porque mis padres nunca quisieron tenerme a mí realmente; ese era uno de los motivos principales para rechazar la idea. Además, me pasé mucho tiempo ayudando a cuidar de niños más pequeños cuando era adolescente en los centros de acogida y por entonces veía a los niños únicamente como una responsabilidad que te arrebataba el tiempo y la libertad –explicó con pesar–. De verdad que nunca pensé que querría tener un bebé, pero era demasiado joven cuando tomé esa decisión y la compartí contigo.

Nik asintió con determinación.

–Salías mucho de viaje de negocios, estaba aburrida, me sentía sola y entonces un día me desperté y, por lo que fuera, pensé que un bebé sería lo mejor que podía pasarme y que todo mejoraría con un niño en nuestras vidas.

–Pero te obsesionaste con tu deseo de ser madre –suspiró Nik–. Me temo que no entendía lo importante que había pasado a ser para ti tener un bebé…, que era un deseo tanto físico como emocional.

Betsy partió su cruasán al menos en diez trozos y después empezó a echarse mantequilla en cada uno mientras decidía que solo la verdad bastaría.

–Sí, estaba obsesionada –asintió recordando las vitaminas que había tomado, las tablas de temperatura para comprobar cuándo ovulaba, la acupuntura y las sesiones de yoga, el estado de pura desesperación que la había llevado a prometerse que haría literalmente lo que hiciera falta para quedarse embarazada.

Nik no se había esperado que lo admitiera.

–Me sentí apartado y extremadamente incómodo porque sabía que, hicieras lo que hicieras, sería en vano.

–Está claro –respondió Betsy, feliz de oír que lo había asaltado la culpabilidad aunque no tuviera la palabra exacta para definir el sentimiento.

–Daba por hecho que tirarías la toalla y se te olvidaría con el tiempo –admitió con lo que, en un tema menos delicado, habría sido visto simplemente como mera ignorancia.

–No, las cosas que no puedes tener son las que más quieres –susurró Betsy.

Y ahora por fin ella lo había entendido y casi estaba en Grecia y Nik de vuelta en su vida. ¿Era eso lo que quería? Se sintió avergonzada al darse cuenta de que, en verdad, no sabía nada más.

Su atribulada mirada se posó en él y recorrió su bronceado perfil antes de descender por su perfecta nariz para posarse en la curva de su sensual boca y, como si fuera consciente de su escrutinio, él giró su hermosa cabeza. Unos ojos que eran como resplandecientes esquirlas de brillante verde cercadas por unas frondosas pestañas negras la paralizaron con increíble efecto. Se le secó la boca y le dio un vuelco el estómago.

Pero era su cuerpo el que reaccionaba, no su mente, se dijo con vergüenza. Era una pena, pero el cerebro le daba vueltas y vueltas en círculos sin llegar a ninguna conclusión definitiva y llevaba semanas así. ¿Qué quería? ¿Podría perdonarlo? ¿Estaba siendo sincero? ¿Cómo podía marcharse sin más y luego volver? ¿De verdad podía importarle el futuro del bebé? ¿Y ella? ¿Y sus necesidades? ¿Sus deseos? ¿Su felicidad?

Capítulo 7

EL señor Xenophon entrelazó las manos y miró a su nerviosa paciente y a su, aún más nervioso, marido. Le había realizado una serie de pruebas rutinarias y había llegado a ciertas conclusiones obvias.

–Está muy nerviosa, señora Christakis –le dijo a Betsy con delicadeza–. Y, aunque aún no parece ser consciente de ello, trae gemelos. Un embarazo gemelar será una carga aún mayor…

–¿Que está nerviosa? –preguntó Nik como si el concepto le fuera totalmente ajeno.

–Ambos lo están –pronunció el médico con tono suave–. El porqué no es asunto mío, pero ambos necesitan encontrar el modo de reducir ese estrés por el bien de la salud de su esposa.

Betsy por fin encontró fuerzas para hablar.

–¿Que voy a tener… gemelos? –preguntó finalmente.

–Mi abuelo fue gemelo –comentó Nik como confesando un secreto del que lamentarse.

«Nada menos que dos bebés», pensó Betsy aturdida. Seguro que Nik estaría horrorizado ante la idea de lo que él probablemente vería como una «horda» de bebés.

–La señora Christakis ahora mismo no se encuentra en buen estado para un embarazo gemelar, que exigirá más de ella y de su cuerpo –los informó el señor Xenophon tranquilamente antes de centrar su atención en Betsy y continuar–: Está por debajo de su peso incluso para lo menuda que es. Tiene anemia. Está claro que no está comiendo lo suficiente para tratarse de una mujer embarazada que necesita mucha fuerza. Tampoco tiene bien la tensión. No es grave, pero no está como debería. Por suerte, todos esos problemas pueden curarse fácilmente con un enfoque sensato. El estrés es probablemente lo que estará causando la hipertensión, pero para eso tiene que encontrar usted la solución. Debería implicar mucho descanso y ejercicio dentro de lo razonable. Existe un alto riesgo de parto prematuro al tratarse de gemelos y ambos

tienen que hacer que la salud de la futura madre sea su mayor prioridad.

Mientras escuchaba, Nik había ido perdiendo color. Estaba empezando a entender que solo el hecho de estar embarazada podía ser peligroso, seriamente peligroso, para la salud de una mujer. La mera idea de que algo pudiera pasarle a Betsy hizo que le diera un vuelco el estómago y sintió que le costaba tragar.

–Haremos lo que haga falta para mejorar el estado de salud de Betsy.

–Gemelos –repitió ella pensativa en completo estupor mientras salían a la calle bañada de luz para subir a la limusina que los esperaba–. He visto a la enfermera señalando cosas durante las pruebas, pero, claro, no entendía qué estaba diciendo. ¿Y tú?

–Yo no estaba mirando la pantalla ni escuchando. Estaba mirándote a ti porque parecías muy preocupada…

–Jamás podía imaginarme… ¡Gemelos! Quiero decir, si apenas me ha cambiado el cuerpo…

La idea de que hubiera dos bebés peleando por ocupar el diminuto y frágil cuerpo de Betsy al mismo tiempo lo llenó de culpabilidad y miedo. Si hubiera tenido más cuidado, si se le hubiera ocurrido tomar precauciones, si hubiera contenido su deseo por ella, nada de eso habría pasado, admitió para sí furioso. Pero, claro, por otro lado, si no se hubiera quedado embarazada, ¿habría vuelto a su vida? Lo dudaba. Y por extraño que pareciera, reconocerlo desterró todos los afilados remordimientos que lo atacaban.

Belle, la mujer de Cristo, llamó cuando estaban cruzando el aeropuerto.

–¿Dónde has estado?

–En Grecia. Nik me ha traído a Atenas para ver a un obstetra.

–¡Cómo no! –bromeó Belle después de una desconcertante pausa–. ¿Cuándo llegarás a casa?

Betsy preguntó a Nik.

–No tengo pensado que volvamos inmediatamente. Después de lo que ha dicho el médico, creo que una semana de descanso y relajación aquí sería buena idea… ¿Qué opinas?

Lo de añadir la pregunta «¿Qué opinas»? era una mejora de lo más innovadora dentro del dominante carácter de Nik.

–Luego te llamo –le dijo Betsy a su cuñada y en la sala de espera VIP se sentó al lado de su marido y le preguntó–: ¿Adónde tienes pensado llevarme?

–A la isla de Vesos, donde pasé mis primeros años en casa de mi abuelo.

Betsy ni siquiera conocía ese pequeño detalle sobre su infancia y, aunque hubiera estado enfadada con él, lo cual por una vez no sucedía, no se habría perdido la oportunidad de conocer la isla. En cualquier caso, conocía a Nik lo suficiente como para reconocer que estaba preocupadísimo por su estado físico y las serias palabras del doctor la habían llenado de consternación y culpabilidad también. Estaba claro que no había estado cuidando ni de sí misma ni de su embarazo como había creído.

Se sintió algo abatida. Después de todo, había deseado tener un hijo durante mucho tiempo. Ahora le habían concedido el regalo de tener dos y su cuerpo no estaba haciendo el trabajo que debería porque había estado estresada y preocupada, se había saltado comidas y se había pasado en vela muchas noches. Se sentía lógicamente afligida y lo último que se le pasaba por la cabeza era discutir con Nik. Es más, estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta por que su tensión arterial volviera a la normalidad y su estado mejorara hasta el punto de permitirle llevar a término un embarazo gemelar.

–¿Cómo se las va a apañar Alice sin mí? Llegan entregas todos los días…

–Ya le he indicado que contrate ayuda temporal para cubrir tu ausencia.

–Piensas en todo…

–No. Si fuera así, ahora mismo no nos estaríamos viendo en esta situación. Xenophon tenía razón. Los dos estamos estresadísimos. El divorcio, el embarazo inesperado, el conflicto constante –dijo en un tono de intenso pesar–. ¿Cómo no íbamos a estar estresados?

–Voy a ser mucho más sensata –juró Betsy.

–Y yo me voy a esforzar al máximo para apoyarte, *glikia mou*.

Nik la bajó en brazos del helicóptero como si estuviera hecha de cristal y Betsy contuvo un gruñido de frustración. Verlo lleno de remordimientos, algo muy raro en él, resultaba divertido un rato, pero estaba convencida de que gran parte de los problemas que estaba sufriendo ahora se debían a su obstinado rechazo a ajustar y adaptar su forma de vida a su nuevo estado. No se había encontrado bien, pero había seguido forzándose, decidida a mantener la misma carga de tareas y a trabajar las mismas horas, negándose a considerar que su estado debía suponer algunos cambios en su rutina habitual. Después de todo, aunque sabía que la mayoría de las mujeres trabajaban durante el embarazo y había dado por hecho que ella no sería distinta, tal vez debería haber pedido consejo médico cuando había empezado a tener mareos y había visto que no llegaba a encontrarse bien del todo.

Nik la dejó en el suelo bajo los pinos, donde ella inhaló el aroma cargado de sal con un suspiro de impotencia y se quedó mirando la pendiente cubierta de hierba que llegaba hasta el brillante tramo de playa bañada por las olas.

–Es precioso. ¿Dónde vamos a alojarnos?

–Me construí una casa aquí.

–¿Sí? Creía que habías heredado la de tu abuelo –dijo sorprendida.

Cuando lo miró inquisitivamente, él tenía los ojos cerrados y los rasgos tensos.

–Se la cedí a mi madre, aunque la vida isleña es demasiado tranquila para su gusto y me han dicho que solo viene de vez en cuando a alojarse en la propiedad. La hemos sobrevolado al venir. Es esa monstruosidad de mármol sobre los acantilados. ¿No te has fijado?

–Sí… ¿La villa con esa piscina inmensa?

Él asintió con los labios apretados y sacudiendo su testaruda barbilla antes de posar una mano sobre su esbelta espalda para conducirla entre los árboles.

–El almuerzo debe de estar esperándonos. Quiero que comas y te vayas directamente a la cama…

–No estoy inválida. Oye, nunca me mencionaste que tenías una casa aquí, en Grecia –le recordó según los árboles iban disminuyendo en cantidad y una villa blanca ultramoderna y

elegante rodeada por jardines llenos de color apareció ante ellos–. Y menos una tan preciosa. ¿Por qué no me propusiste venir aquí a pasar nuestra luna de miel?

Nik apretó sus perfectos dientes blancos, reticente a admitir que sus recuerdos de la época que había vivido en la isla lo habían perseguido durante años.

–En un principio la construí únicamente como inversión para vender, pero nunca me puse a ello. Para serte sincero, me marché de la isla para ir a un internado y, después de que mi abuelo muriera, no vi ninguna buena razón para volver aquí…

–¿Entonces no tienes ningún vínculo sentimental con este sitio? –preguntó Betsy notando la flexión de unos largos dedos sobre su espalda, consciente de que se sentía muy incómodo con el interrogatorio y preguntándose por qué.

Pero, claro, se trataba de Nik, un hombre fascinantemente complejo y lleno de misterios que nunca actuaba como podrías esperarte y que nunca facilitaba información gratuitamente. Siempre había sido así y ella había aprendido a vivir con ese muro de discreción. Estando recién casados, no había sido capaz de entender cómo un hombre tan magníficamente guapo, inteligente y rico había elegido casarse con una humilde camarera cuando podía haberse casado con una mujer de la alta sociedad o una empresaria de éxito. Nunca había dejado de agradecer que la hubiera elegido a ella, y esa era la razón por la que nunca había sentido que tuviera el derecho a quejarse cuando la dejaba sola en casa tanto tiempo.

Todo paraíso tenía espinas, había pensado, esforzándose por ser práctica, sabiendo que muchas mujeres estarían felices simplemente por tener una casa preciosa y una ristra de tarjetas de crédito a su disposición. Sin embargo, amarlo le había hecho ansiar con mucha más avidez su tiempo y su atención. Por desgracia no creía que ningún ser humano pudiera llegar a despertar el interés de Nik tanto como lo hacía su imperio empresarial y desear más de él era como desear la luna.

Aun así, era una lástima que la incapacidad de Nik de concederle su tiempo en el ámbito personal le hubiera recordado a Betsy sus años en los centros de acogida, cuando nunca había sido la prioridad de nadie y sus necesidades habían quedado en un segundo plano. Nik la había dejado aislada en Lavender Hall, al

igual que había estado aislada en una serie de hogares sin relaciones estrechas con los demás habitantes ni con los cariñosos cuidadores. En aquellos días se había preguntado si sería un ser incapaz de recibir amor de manera inherente.

Entraron en un vestíbulo blanco decorado con exuberantes plantas donde fueron recibidos por una agradable ama de llaves de mediana edad llamada Stephania. A los pies de la elegante escalera de caracol, Nik se agachó y levantó a Betsy en brazos ignorando sus protestas.

–Tú no subirás escaleras –dijo secamente–. Si te marearas justo en ellas, podrías sufrir un accidente bastante grave.

–Siempre te pones en lo peor –le censuró Betsy, sorprendida por su nivel de pesimismo mientras lo miraba para maravillarse ante la longitud y espesor de sus pestañas cuando ella tenía que ponerse pestañas postizas para alcanzar una pizca de semejante frondosidad. Y en él eran un desperdicio, ya que era el hombre menos vanidoso que conocía.

–No, voy a tomar precauciones sensatas por tu bien –contestó Nik al llegar al amplio rellano sin la más mínima falta de aliento. Aunque Betsy no pensaba que llevarla en brazos pudiera suponerle un desafío a un hombre tan musculoso.

El dormitorio era un espacio enorme y de ensueño decorado con mobiliario de roble claro, paredes de piedra natural y cortinas que ondeaban ligeramente ante las ventanas abiertas. Nik la dejó sobre una ancha cama suntuosamente vestida.

Betsy apoyó la cabeza encantada sobre una almohada de almidonado lino blanco.

–Este lugar me recuerda a un hotel boutique de cinco estrellas.

Nik se quitó los zapatos y en ese momento se oyeron unos golpecitos en la puerta anunciando la llegada de una doncella con una bandeja. Betsy se incorporó contra las almohadas amontonadas mientras Nik recogía la bandeja. Le pasó un tenedor y se sentó a un lado de la cama.

–Come antes de dormir.

Era un guiso de pollo muy bueno, pero esa referencia a dormir había despertado su interés.

–Me estaba preguntando… –comenzó a decir de pronto anteponiendo la curiosidad al tacto cuando se trataba del que una

vez había sido un tema delicado–. ¿Aún tienes pesadillas?

Nik se puso tenso, a la defensiva, con sus brillantes ojos velados de inmediato.

–No. Parece que solo fue una fase. El año pasado estuve trabajando mucho y no me permití ni un solo momento para relajarme –dijo con decidida frialdad.

–Nunca me dijiste sobre qué eran las pesadillas –no pudo resistirse a recordarle.

Nik se encogió de hombros con indiferencia.

–Contártelo les habría otorgado una importancia que no merecían y las habría anclado aún más en mi mente –le explicó–. Siempre he preferido no ahondar en las cosas negativas.

Se había quitado la chaqueta y la corbata. Unos esbeltos músculos se flexionaron bajo su camisa de seda cuando agarró la bandeja una vez ella terminó de comer. Después, cerró las manos sobre las suyas.

–Ahora duérmete.

Mientras le dirigía una perpleja mirada azul, él acarició la suave cara interna de su muñeca con un movimiento relajante y le alzó la mano para besársela.

En el sofocante silencio, ella notaba cómo le golpeteaba el corazón, se le puso la piel de gallina y se le erizó el pelo de la nuca mientras en la pelvis sentía el dulce y penetrante tirón del deseo que solo él podía despertar. Al mirarlo se le cortó la respiración. No tenía nada que hacer, su sensualidad derribaba sus defensas como un ejército invasor. Quería su boca, quería sus manos sobre su cuerpo… y mucho más. Sonrojada, sintió los pezones tensándose y ejerciendo presión contra el cuerpo de su vestido mientras juntaba los muslos para aliviar el dolor que le había generado.

–Más tarde –susurró Nik con la voz entrecortada y con una expectación sexual que se reflejaba en sus angulosos rasgos y en el brillo de sus ojos–. Si duermes ahora, por la noche haré de ti un banquete.

Betsy se quedó atónita con la proposición.

–Pero no… podemos…

Nik posó un dedo sobre sus labios separados para hacerla callar.

–Ahora mismo lo único que importa es que recuperes fuerzas y la salud. No tienes que tomar ninguna decisión permanente

mientras estemos aquí –le aseguró con decisión.

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿Es que el sexo no es una gran decisión?

En respuesta, Nik le lanzó un pícara sonrisa de diversión que llenó sus oscuros y hermosos rasgos con un carisma tal que el techo podría haberse hundido en ese mismo momento y ella no se habría dado cuenta.

–No, cuando estamos casados y tú ya estás embarazada. ¿Qué es lo peor que podría pasarnos ahora? –le preguntó con voz sedosa–. ¿Que disfrutaras?

El rubor de sus mejillas aumentó y ella apartó la mirada de la suya en un gesto de autoprotección, avergonzada de su susceptibilidad. Siempre había disfrutado en la cama con él. Desde la primera vez hasta la última, el sexo con Nik había sido un pasaporte garantizado a un seductor mundo de eufóricas sensaciones físicas. Unos largos dedos bronceados acariciaban en círculos y con delicadeza su tobillo y se deslizaban por la piel desnuda de su pierna. Un ligero temblor recorrió su frágil cuerpo y ella alzó la mirada para centrarse en su rostro anguloso. Para protegerse, cerró los ojos, pero ese brillo de deseo que había visto en su intensa mirada se había quedado grabado en su mente. Nik la deseaba tanto como ella a él. Saberlo calmó su punzante orgullo, pero no hizo nada por aplacar la intensa calidez que le recorría la parte inferior del cuerpo.

–Permíteme… –Nik se agachó para bajar la cremallera lateral de su vestido y después, sin vacilar, agarró el bajo y se lo sacó por la cabeza.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Betsy a la defensiva con las manos sobre sus pechos desnudos al quedar liberados de la parte superior del vestido.

–Voy a meterte en la cama y arroparte –retiró la colcha y la tendió sobre la fresca sábana–. Deja a un lado la modestia y déjame disfrutar de las vistas.

Con el corazón latiéndole muy deprisa, Betsy bajó las manos sintiéndose un poco tonta por haberse cubierto; después de todo, estaban casados y Nik ya le había dicho que podían tener relaciones sin que él diera por hecho que eso implicaba que se hubieran reconciliado. ¿Podría ella adoptar esa misma postura con respecto

al tema? Porque todas sus emociones batallaban contra semejante concepto. Sin embargo, al mismo tiempo, no había modo de que estuviera lista para darle todavía una última respuesta sobre si creía o no que podían rehacer su matrimonio.

–Ahora hay más de ti que contemplar y eso que ya eras bella antes, *yineka mou* –susurró alabando los contornos de sus pequeños pechos antes de bajar la cabeza para lamer la prominente cúspide de un pezón rosado mientras le acariciaba la piel con delicadeza–. Pero esto es para placer tuyo, no mío. Quiero que te relajes.

A ella se le cortó la respiración y se dejó caer contra las almohadas, debilitada de deseo y más que dispuesta a dejarle jugar con su traicionero cuerpo, aunque muy lejos de estar relajada. Él jugueteaba con sus tensos pezones empleando todo su arsenal para despertar su sensible piel. El calor subió un peldaño más entre sus esbeltos y trémulos muslos mientras llevaba las caderas hacia delante y atrás en un movimiento que no podía controlar. Le quitó las braguitas y deslizó las manos lentamente sobre sus piernas extendidas para separarlas. Sin apartar la mirada de sus ojos, dejó escapar un masculino gemido cuando la punta de sus dedos entraron en contacto con la melosa humedad que cubría su rincón más oculto.

La llevó hacia el calor de su terso y musculoso cuerpo a la vez que la besaba. Su boca exploraba la de ella y el deseo ardió en Betsy como fuegos artificiales. Lo agarró por los hombros antes de aferrarse a su maravilloso cabello negro mientras Nik seguía besándola de un modo muy sensual y, con delicadeza y suavidad, comenzó a tocarla entre sus temblorosos muslos.

En un instante el cuerpo de Betsy se convirtió en un amasijo de terminaciones nerviosas en alerta y tembló en respuesta entre gemidos y la respiración entrecortada. Podía sentirlo duro y preparado contra sus caderas incluso a pesar de la barrera de sus pantalones.

–Hazme el amor –le pidió sin poder contenerse.

–Más tarde –susurró él hundiendo la cabeza en su cuello y lamiendo y mordisqueando su sensible piel, estimulando eróticamente su ya atormentado cuerpo–. Quiero verte llegar al clímax…

Su ligera barba le raspó la mejilla mientras la acariciaba con

intensa pericia y de pronto ya no hubo nada que ella pudiera hacer porque su cuerpo había echado a correr hacia la línea de meta por su cuenta. Una llamarada líquida la recorrió tan imparable como una marea y la tensión que cubría su pelvis de pronto convulsionó en una explosión de un casi intolerable placer que la envolvió en una serie de deliciosos espasmos.

Nik la tendió contra las almohadas.

–Y ahora a dormir.

El rubor cubrió el rostro de Betsy y no abrió los ojos mientras tendía la fresca sábana de lino sobre su cuerpo caliente y húmedo. Estaba avergonzada por haber sucumbido a la tentación y haber aceptado el placer que le había ofrecido. De nuevo había pisoteado sus principios más profundamente arraigados. Aunque, de todos modos, ¿no era eso lo que había hecho siempre para mantener a Nik en su vida? Se había casado con un hombre que no la amaba y desde ese momento en adelante no había hecho otra cosa que transigir y renunciar a muchos de sus principios. Del mismo modo, si se reconciliaban para criar a sus futuros hijos, jamás tendría la seguridad de saberse amada y tendría que vivir con la verdad de que su fertilidad era lo único que lo había hecho volver a su lado.

Y esa era una verdad tóxica, admitió con dolor, una que se retorcería y crecería en su interior como la habichuela mágica y que al final terminaría por asfixiar su autoestima. Pero si la única alternativa era seguir separados y continuar con el divorcio, ¿sería más fácil? Después de todo, con ella embarazada ahora no podrían romper sin más y desvincularse del todo. ¿Podría vivir con Nik siempre en la periferia de su vida como el padre de sus hijos? ¿Podría mostrarse indiferente cuando él terminara eligiendo a otra mujer con la que compartir su vida?

El dolor la golpeó con fuerza en respuesta a esa pregunta e, invadida por la inseguridad, alzó una mirada de angustia hacia el bronceado perfil de Nik. Durante un breve segundo quiso con fervor verse rodeada por sus brazos. «Más tarde», se recordó, y una ola de calor se posó en sus fríos miembros ante la promesa de esas palabras. Y en lo más profundo de su mente se estremeció por cómo el hecho de amar a Nik había resentido su orgullo. ¿Es que ahora solo se sentiría segura cuando él mostrara deseo por su cuerpo?

Capítulo 8

A LA mañana siguiente, durante el desayuno, en la terraza iluminada por el sol Betsy observaba el rostro bronceado de Nik a la vez que un hormigueo se extendía por su pelvis. Al mismo tiempo se estaba preguntando por qué no habría ido a su cama la noche anterior y finalmente dio por hecho que se debía a que su largo y profundo sueño lo había convencido de que su necesidad de descansar era más importante.

–Entonces, ¿qué te gustaría hacer hoy? –le preguntó Nik con cierta desgana.

–Está claro que quiero ver el lugar donde creciste… es más, ¡quiero ver cada rincón de esta isla que esté relacionado con tu infancia! –confesó con entusiasmo.

Bastante desconcertado por esas palabras tan joviales, Nik se quedó paralizado un momento y al instante ocultó su reacción forzando una sonrisa mientras observaba la relajada expresión de felicidad de Betsy. No, ella no sospechaba lo más mínimo que había metido la pata. Y, después de todo, Vesos era el lugar donde había crecido. Era normal que se esperara que, después de haberla llevado hasta allí, quisiera compartir sus experiencias de infancia. Admitiéndolo, Nik maldijo su decisión de haber ido a la isla. ¿Por qué no había alquilado una villa en alguna otra parte? Vesos y esa casa le habían parecido la elección más sensata cuando ya estaban en Grecia, pero también había sido el último lugar que había querido volver a visitar, pensó de mala gana.

Levantándose con menos elegancia de la habitual, Nik, con su gran espalda y sus anchos hombros rígidos de la tensión, se quedó mirando hacia el mar en un intento de controlar las poderosas emociones que amenazaban con arrasar su interior como un huracán. «Culpa mía», tuvo que admitir, así que ahora, ¿qué podía hacer sino seguirle la corriente y satisfacer su curiosidad? ¿Y por qué no, ahora que ya era un adulto y no un niño frágil y asustado? Betsy quería imágenes bonitas y entrañables y eso era lo que le

daría, no la espantosa y patética verdad.

–¿Fuiste al colegio aquí? –le preguntó una hora después mientras observaba el pequeño edificio de ladrillo junto al puerto y a los niños pequeños jugando fuera emocionados.

Nik asintió y apenas pudo controlar un escalofrío. Recordó aquella ocasión en la que una profesora le había preguntado por los moretones que tenía y cómo se vio forzado a mentir para ocultar lo que sucedía en su casa. El colegio había sido complicado, no en términos académicos, por supuesto, sino por el hecho de que ahí era donde él había ido viendo poco a poco que los demás niños no parecían estar padeciendo los tratos que él recibía. Le había supuesto un desafío hacer amigos, dado que la riqueza de su familia lo hacía sentirse apartado de los demás, y le había supuesto un desafío aún mayor jugar cuando no sabía cómo hacerlo.

–Ojalá pudiéramos ir a ver la casa de tu abuelo… –admitió Betsy.

«No, no, no, no, no», pensó Nik con náuseas ante tan inquietante idea.

–Pero sé que ahora es la casa de tu madre –añadió con pesar–. ¿No podríamos pasar por delante?

Nik estaba dispuesto a aceptar esa sugerencia menos amenazante y, así, condujo por la carretera de la costa hacia los acantilados.

–¿Jugabas en este playa?

–Nunca me permitieron salir de la propiedad de mi abuelo a menos que fuera con un adulto –respondió esforzándose por rememorar algún recuerdo alegre de sus primeros años con los que satisfacer su deseo de saber más; sin embargo, no logró encontrar nada.

Betsy miró la casa a través de los altos portones de hierro mientras Nik miraba por el parabrisas sin girar la cabeza, con sus bronceadas manos flexionadas sobre el volante del deportivo.

–Es un lugar enorme –comentó mirándolo y preguntándose por qué estaba tan callado y tan… Por mucho que lo intentó no dio con una etiqueta adecuada para esa actitud–. ¿En qué parte vivías?

–En el ala más alejada del portón –respondió–. Era totalmente independiente, mi madre insistía en tener su propia intimidad.

–¿Fuiste feliz aquí? –le preguntó con delicadeza.

–Por supuesto –mintió Nik.

–Bueno, ¿cuándo nos marchamos? –preguntó Betsy, como de pasada, casi una semana después durante la cena.

Nik frunció el ceño y la miró con esos ojos verdes como esmeraldas enmarcados por unas negras pestañas.

–¿Y por qué íbamos a marcharnos?

Betsy se quedó algo desconcertada.

–Porque tenemos que estar de vuelta para el cumpleaños de Belle el viernes por la noche.

–Pues no entiendo por qué –contestó Nik con la copa en su elegante mano–. Le enviaremos un regalo especial…

Betsy se puso tensa.

–No. Quiero ir a la fiesta. Siempre pensé que volveríamos a tiempo.

Nik se encogió de hombros mientras la observaba con satisfacción. Incluso en el poco tiempo que habían pasado en la isla, Betsy parecía haberse transformado. Su piel había adquirido un ligero tono dorado y ya no tenía ojeras. Tenía la cara más rellenita, más suave, y sus tensiones parecían haber desaparecido a base de buena comida, siestas por las tardes y natación. Cuando el médico local le había tomado la tensión el día antes, el resultado había sido normal y Nik creía que su decisión de quedarse en Vesos había estado totalmente justificada. Allí, en la isla, Betsy no tenía otra cosa que hacer más que levantarse por las mañanas. El descanso y la relajación habían demostrado ser lo único que necesitaba de verdad para recuperar fuerzas.

–En ningún momento había pensado que quisieras ir a la fiesta de Belle. Aquí te estás recuperando muy bien y considero que deberíamos quedarnos, por lo menos, una semana más.

Betsy se había puesto a la defensiva.

–No, no puedo hacerlo…

–Claro que puedes –le respondió él con un tono de impaciencia, como queriendo decir que el asunto estaba cerrado–. Belle comprenderá que lo primero es tu salud…

–Por el amor de dios, ¡ya no me pasa nada! –dijo Betsy plantando las manos firmemente sobre la mesa y levantándose de la

silla–. ¡Ahora me encuentro mucho mejor y lo sabes!

Nik se levantó de la suya con gesto de pereza, como mofándose de los movimientos de enfado e impaciencia de ella.

–No entiendo por qué te estás enfadando tanto…

–Claro que no. ¡Estás demasiado acostumbrado a que haga todo que pides! –contestó Betsy furiosa con él y furiosa consigo misma porque ¿no había optado últimamente por el camino de no oponer resistencia con demasiada frecuencia? Durante casi una semana había sido tremendamente sensata y había seguido todos los consejos del señor Xenophon mientras al mismo tiempo aceptaba las sugerencias de Nik.

Los delgados rasgos de él se habían endurecido.

–No te he tratado como un trapo o…

–Así es como solía comportarme y cómo tú estás acostumbrado a tratarme –le dijo con amargura–. Pero no soy la misma mujer que era antes de que dieras inicio a los trámites de divorcio, ¡así que darme tu opinión y dejarme claro lo que quieres no va a hacerme cambiar de idea sobre lo que yo quiero hacer!

Nik ignoró ese desafió tan directo y se sentó.

–¿Por qué es tan importante para ti esa fiesta?

–Porque es importante para Belle y Cristo y ellos son mi familia, por no decir también mis mejores amigos… ¿o es que no te has dado cuenta? –contestó feliz de salirse por la tangente porque incluso antes de que él hubiera hablado ya se encontraba algo molesta–. ¿Quién crees que me apoyó cuando comenzó el divorcio? ¡Tu hermano! Cristo fue buenísimo conmigo…

Nik prefirió no mencionar que él lo había animado a establecer esa relación, aunque se quedó impactado por su vehemencia.

–Y no pienses que no le estoy agradecido por ello…

–¡Sí, ya, como si te hubieras preocupado por mí todo ese tiempo! –le contestó furiosa–. Cristo me escuchaba, hablaba conmigo, me ayudó en el peor momento de mi vida. Y Belle fue lo suficientemente generosa como para ofrecerme su amistad desde el principio…

–Pues a mí nunca me la ha ofrecido –le respondió él secamente.

–¡A Belle le duele que jamás hayas mostrado el más mínimo interés por los hijos de su madre y tu padre!

–No conocí a Gaetano. ¿Por qué iban a interesarme sus otros

hijos? Con Cristo es distinto, es un adulto y tenemos un vínculo de verdad…

–Bueno, ¡pues no olvides que esos niños van a ser los tíos de nuestros hijos! –le recordó con aspereza–. Esperemos que en el futuro sean más amables con nuestros hijos de lo que tú eres con ellos.

Nik se la quedó mirando fijamente y con los dientes apretados.

–No había pensado en eso. Eso le da otra perspectiva completamente distinta.

Desconcertada por esa concesión, Betsy no hizo ningún comentario al respecto, aunque sí que le preguntó:

–¿Por qué siempre te muestras tan negativo al hablar de Gaetano Ravelli?

–¿Y por qué no iba a mostrarme así? Como padre fue una vergüenza. Vivía de las mujeres como un gigoló…

–Pero estuvo casado con tu madre, con la de Cristo y con la de Zarif –le contradijo sorprendida.

–¿Es que no te has dado cuenta de que Gaetano solo se casó con mujeres ricas para sacarles todo lo que pudiera? Si no le sacó dinero a mi madre fue solamente porque su boda en una playa de Sudamérica no tuvo validez legal –respondió con cierta mofa–. Helena se negó a rellenar los documentos porque ya sospechaba que Gaetano le estaba siendo infiel con la madre de Cristo. Una vez tuvo pruebas de ello, se libró de él y él no pudo reclamarle ni un penique. ¿Cómo puedes esperarme que tenga respeto por un hombre tan calculador y avaricioso?

–Bueno, por suerte, los hijos de Gaetano y la madre de Belle crecerán para convertirse en personas decentes y espero que no utilices en su contra al padre que tuvieron, porque eso nunca se lo has hecho ni a Cristo ni a Zarif –le recordó.

El teléfono de Nik sonó en ese momento y Betsy se apartó para dejarle responder; salió a la terraza donde se quedó escuchando el distante sonido de las olas que bañaban la orilla al otro lado de los árboles mientras respiraba hondo y dejaba que se le pasara el mal humor.

Con la camisa desabrochada sacudiéndose con la brisa, Nik caminó por la terraza mientras hablaba por teléfono en griego. Se estiró moviendo los fuertes músculos de sus hombros y haciendo

que sus abdominales de tabla de lavar se tensaran con una definición exquisita y apetitosa. Betsy no pudo quitarles los ojos de encima ni a su espectacular cuerpo ni a la hilera de vello que se perdía bajo sus pantalones cuando respiró hondo y la cinturilla se le bajó un poco sobre sus esbeltas caderas. Un calor invadió su cara y su cuerpo y, medio furiosa medio divertida por su propio comportamiento, apartó la mirada y la posó en la oscuridad.

Teniendo en cuenta que ese «más tarde» nunca se había llegado a hacer realidad la semana anterior, mirar era el único placer sensual que tenía, pensó tensándose ante la idea y los sentimientos de dolor y rechazo que evocaba. Por la razón que fuera Nik se había alejado de la idea de la intimidad. No solo la subía y la bajaba por las escaleras como si fuera un bloque de madera, sino que además había elegido dormir en el dormitorio contiguo. El modo en que se había apartado en ese aspecto la había tomado por sorpresa porque Nik siempre había sido muy activo sexualmente. Y lo peor era que ella tenía el cuerpo invadido por las hormonas y por un entusiasmo que nunca antes había experimentado.

Recordó aquel pequeño pero sensual interludio la noche de su llegada y respiró hondo y lentamente para aliviar su sofoco. ¿Qué había hecho cambiar a Nik desde aquella noche? ¿La hacía menos atractiva el hecho de estar embarazada? Suponía que era perfectamente posible, sobre todo para un hombre que nunca había querido tener hijos. Ahora que había dos niños en camino, tal vez Nik estaba listo para asumir la responsabilidad como padre, pero ¿quién podía saber qué sentía de verdad sobre cómo se estaban desarrollando las cosas? Un hombre no estaba comprometido simplemente porque hiciera y dijera las cosas correctas. Hasta era posible que la nada entusiasta reacción de ella al ofrecimiento de reconciliación le hubiera molestado y ofendido. Nik era un hombre orgulloso. Había intentado tender un puente entre ellos y ella aún estaba quieta en mitad de él, sin moverse ni hacia delante ni hacia atrás, paralizada por la indecisión y aterrorizada de no hacer lo correcto.

Por otro lado, él le había dado la oportunidad de hablar de sus inseguridades, aunque ¿cuándo funcionaban con Nik las conversaciones profundas e importantes? Cada vez que él no respondía, se sentía como si hubiera malgastado saliva y, cada vez

que se quedaba pensativo y en silencio, se sentía aún peor. Y cuando, como por ejemplo ahora, creía que por el bien de su salud y su tranquilidad tenía que decirle lo que ella quería oír, ¿qué probabilidades había de que pudiera estar siendo sincero? A lo largo de la semana Nik había dado muestras de una infinita preocupación por su bienestar. Afortunadamente ella había recuperado el apetito y volvía a dormir profundamente tras acabar cansada, y con mucho gusto, de sus baños diarios en la piscina y los paseos por la playa. Pero ya había pasado la emergencia y él tenía que aceptarlo y dejar de tratarla como si fuera una inválida.

Después de tirar el teléfono sobre la mesa, Nik se plantó frente a ella. Tenía esa boca tan sensual apretada.

–Mira, si la fiesta de Belle es tan importante para ti, mañana nos marcharemos –dijo adustamente–. Pero no estoy de acuerdo con…

Sorprendida y complacida, Betsy vio cómo cedía. Tal vez no entendía la profundidad de su amistad con Cristo y Belle, pero al menos estaba intentando respetarla. Sin pensárselo, se puso de puntillas para rodearlo por el cuello.

–Te gustará ver a Cristo, y Belle me ha dicho que Zarif está intentando despejar su agenda para poder asistir también…

El rostro de Betsy se iluminó con una cálida sonrisa. Era relativamente sencillo hacerla feliz; Nik se había dado cuenta de ello hacía mucho tiempo, aunque había perdido la costumbre. Bien era cierto que en aquellos primeros días había cometido montones de equivocaciones antes de encontrar el camino correcto. No era el coste del regalo lo que importaba, sino la idea y el esfuerzo tras él. Podía ser tan sencillo como una llamada telefónica, independientemente de lo muy ocupado que estuviera, o contarle cómo le había ido el día en el trabajo para hacerla formar parte de ello. Por entonces una inesperada mañana de sol, la amabilidad de algún desconocido o un cumplido casual podían haber bastado para hacer sonreír a Betsy.

–Oh, qué alegría, mi hermano el rey bocazas –comentó Nik con burla al mirarla y rodearla lentamente con los brazos.

Betsy gruñó, había olvidado todo aquello.

–Creo que Zarif te hizo un favor, así que deja de tomarla con él. En algún momento tendría que acabar enterándome de lo de la vasectomía –señaló con pesar–. Tú mismo te habías acorralado al no

contármelo y no creo que supieras cómo salir de ese aprieto.

Nik se quedó verdaderamente atónito por esa perspicaz valoración de su comportamiento y unas pestañas color ébano cubrieron su pensativa mirada aunque sus pensamientos sufrieron una especie de cortocircuito cuando la suave boca de Betsy se posó en la comisura de sus labios con una intensa calidez. Betsy olía a melocotones y vainilla, y cada una de las barreras que él había levantado contra la tentación se vio derribada como si un maremoto se las hubiera tragado. Deslizó las manos hasta sus delicadamente curvadas caderas y la llevó contra él para besarla con deseo y entusiasmo.

–¿Por qué he tenido que esperar tanto para esto? –gimoteó ella intentando recuperar el aliento mientras toda la piel de su cuerpo parecía cobrar vida de pronto.

Nik se puso tenso, como a la defensiva ante la pregunta y después la bajó.

–Porque, si no puedo terminar, no quiero empezar –le dijo sinceramente.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

–¿Y por qué no puedes terminar?

Nik gruñó.

–Tienes que descansar, tomarte las cosas con calma…

Betsy se sonrojó.

–Pero el señor Xenophon me dijo que no pasaba nada por hacer el amor.

Nik se quedó paralizado de sorpresa.

–¿Y cuándo te dijo eso?

–Mientras me estaba vistiendo y tú estabas en su consulta, porque fue ahí cuando le pregunté qué cosas debía evitar…

–¡Demonios! ¿Y por qué no me lo habías contado? –le preguntó de pronto y mirándola con incredulidad.

–Bueno, la primera noche aquí parecías absolutamente cómodo con…

–Y después vine mientras dormías… –exclamó estirando los brazos como para darle énfasis a sus palabras–. Y pensé: «¿Pero qué demonios hago aquí? ¿Por qué estoy dando por hecho que una mujer embarazada está en forma para una maratón sexual? ¡Eso tiene que ser lo último que necesite en su actual estado de salud!».

Betsy parpadeó atónita y asombrada de haber sido tan tonta como él. Él había dado por hecho que debía mantener las distancias y ella había dado por hecho que simplemente no la deseaba lo suficiente.

–No hablamos lo necesario –murmuró ella.

–Y esta noche no vamos a hablar mucho ni tampoco el tiempo que nos queda de estancia aquí –predijo con una arrebatadora sonrisa cargada de intención que cruzó su hermosa y testaruda boca al levantarla en brazos e ir directo a las escaleras–. Tengo otros planes.

–Bastantes, espero –lo animó Betsy con esos ojos azules turquesa clavados en su hermoso y oscuro rostro y con una alegría que experimentaba por primera vez en días porque el deseo que él no podía ocultar en su posesiva mirada estaba restableciendo su pisoteada autoestima.

–Bastantes –prometió Nik antes de tenderla sobre la cama, quitarle los zapatos, girarla para bajarle la cremallera del vestido y ponerla de nuevo boca arriba para despojarla de su ropa y dejarla expuesta en un conjunto de lencería de encaje–. Estás increíble…

Betsy se movía incómoda.

–No, no es verdad… Estoy perdiendo la cintura…

–Estás increíble. Y todo lo que digo lo digo en serio –se quitó la camisa y soltó el botón de la cinturilla de sus pantalones cortos–. Apenas he dormido esta semana. Se pasa mucho calor y las noches se te hacen muy largas cuando te excitas y la erección no baja…

Betsy observó su espectacular cuerpo bronceado a medida que las prendas iban cayendo. Tenía el corazón acelerado. Estaba completamente excitado y preparado para la acción y su sensación de vergüenza menguó de pronto como si tuviera un interruptor y él lo hubiera accionado. Se incorporó, se desabrochó el sujetador y se quitó las braguitas con una impaciencia que nunca se había atrevido a mostrarle antes. Él esbozó una sonrisa de satisfacción al verla dejar al descubierto sus suculentos pechos. Después, se arrodilló sobre la cama.

–Multiplica «increíble» por diez –le dijo rozando con la boca un terso pezón rosado.

–Estás muy necesitado de sexo…

–Totalmente –le respondió sin ninguna vergüenza–. No he

mantenido relaciones desde que te dejé embarazada…

–O después de abandonarme –le recordó ella acariciando la aterciopelada y descaradamente excitada largura de su miembro de un modo que le hizo a él dar un respingo y contener un gemido.

Nik se recostó contra las almohadas y verlo fue como contemplar una imagen de elegante, oscura y sexy masculinidad.

Con una mirada azul brillante de deseo, Betsy se agachó sobre él. Cuando un sedoso cabello rubio cubrió su abdomen y rozó sus esbeltos muslos cubiertos de vello, dejó escapar un gemido de placer. ¡La deseaba tanto! Nunca antes había deseado nada de ese modo.

–Ya basta –dijo con la voz entrecortada y tirando suavemente de un mechón de su pelo para contenerla–. No se puede describir con palabras el placer de lo que estás haciéndome, pero quiero estar dentro de ti.

El calor ya estaba palpitando entre los muslos de Betsy, que podía sentir la humedad que se iba acumulando ahí. Él la llevó hasta sus brazos y posó la boca sobre un jugoso pezón rosado, acariciando su prominente cúspide con la lengua y haciendo que Betsy arqueara la espalda y levantara la pelvis hacia su erección. Se situó a horcajadas sobre él e, instintivamente, comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás.

–¡Qué maravilla! –exclamó Nik con tono apreciativo y sus ojos verdes centelleando como joyas–. ¿Puedo permitirme pensar que a ti las noches también se te han hecho largas e insatisfactorias?

–Sí que puedes –le confesó estremeciéndose sobre él y ardiendo con tantas sensaciones distintas que se vio embriagada por ese contacto físico.

Con la mano enredada en su pelo para sujetarla, Nik la besó hundiendo la lengua en ella con intensidad. Esa actitud tan dominante la excitó hasta un punto que se le hizo insoportable mientras con la otra mano él iba explorando todas las partes de su cuerpo. Inmediatamente Betsy se alzó un poco más sobre él rozando sus pechos contra el sólido muro de su torso y posó su encendida humedad sobre un esbelto y poderoso muslo para intentar desprenderse de esa dolorosa sensación de vacío que la estaba invadiendo.

–Ten paciencia… Tenemos toda la noche –le susurró Nik con

tono de insistencia.

–¡Al infierno la paciencia! –respondió ella casi con un sollozo y contra su exigente boca mientras hundía los dedos en la suavidad de sus anchos hombros.

Un desconcertante sonido de diversión salió de los labios de Nik que la levantó y la situó sobre él para alinear sus cuerpos. Ladeó sus esbeltas caderas antes de adentrarse en ella con una repentina precisión que le arrancó a Betsy un gemido de sorpresa y placer.

–No dirás que no capto las indirectas –bromeó con la respiración entrecortada antes de emitir un revelador sonido de frustración y tenderla sobre el colchón–. ¿Mejor así?

Se adentraba en ella con fuerza y Betsy podía sentir cada centímetro de su piel y la deliciosa fricción del movimiento que lanzaba diminutos temblores por su útero.

–Perfecto –le respondió apenas capaz de sacar voz.

Y lo era, era absolutamente perfecto en todos los sentidos. Con cada movimiento él desencadenaba una tormenta de placer sobre su ansioso cuerpo. Ella levantó las caderas para acompasarse con su insistente ritmo mientras el deleite iba en aumento y alcanzaba un deslumbrante nivel de pura excitación. Podía oír su corazón palpitar con locura a la vez que se dejaba llevar por el salvaje placer hasta un clímax que la iluminó por dentro y la bañó de gozo y de un dulce alivio.

–Así que Cenicienta irá al baile –bromeó Nik con voz ronca contra su húmeda y alborotada melena–. La verdad es que, si esta es tu respuesta al hecho de que vayas a asistir a una fiesta familiar, te buscaré una fiesta cada noche.

Una risita ahogada escapó de los labios de Betsy. Él se tendió sobre una zona de las sábanas más fresca y la llevó consigo, tendiéndola sobre su poderoso cuerpo con delicadas manos y acariciándole su esbelta espalda. Hacía mucho tiempo que no sentía nada tan agradable como la paz que experimentaba en sus protectores brazos. Se vio tentada a decirle que lo amaba, pero se tragó las palabras que en otra época había pronunciado tan a la ligera y con tanta confianza, inmune a la realidad de que él nunca se las devolviera. Ahora ya no era tan ingenua. Rozó la barbilla contra un ancho y bronceado hombro e inhaló el ardiente aroma almizclado como si fuera adicta a él, una adicta feliz y satisfecha,

aunque asustada por estar siendo una estúpida y por no pensar en el futuro.

¿Podía atreverse a volver a confiar en Nik Christakis? ¿Podía convencerlo para esforzarse un poco más esta vez? Tal vez debería negociarlo con él antes de aceptar la reconciliación. A veces le parecía que Nik entendía los acuerdos de negocios mucho mejor que las relaciones humanas, así que, si le planteaba sus necesidades como términos y condiciones, ¿la escucharía entonces? ¿Y qué podía ofrecerle ella a cambio? ¿Esa segunda oportunidad que había mencionado y todo el sexo que quisiera? Con el rostro encendido sonrió contra su hombro esforzándose por volver a poner los pies en la tierra y ser sensata. Tenía que aprender a ser tan lógica como lo era Nik y enfocar los problemas de futuro de un modo más positivo que crítico.

Capítulo 9

NIK miraba a Betsy como si se hubiera vuelto loca sin que él se hubiera percatado, con incredulidad y asombro, y sí, por desgracia, también con un poco de diversión.

–A ver si lo he entendido… ¿Quieres negociar los términos de nuestro matrimonio antes de plantearte una reconciliación permanente?

De fondo el zumbido de los motores del avión resultaba un sonido sorprendentemente relajante para Betsy. Y es que cuando Nik estaba en un avión para ella era como si lo tuviera atrapado; no podía ir a ningún sitio, ni ponerle la excusa de que tenía mucho trabajo ni perder los nervios porque nunca le había gustado correr el riesgo de que la tripulación lo oyera discutir con su mujer.

–Sí. Creo que es un enfoque práctico. La primera vez fracasamos, así que deberíamos intentar prever los problemas potenciales que podrían surgir y esforzarnos por evitarlos esta vez –le respondió con tenacidad y alzando la barbilla mientras Nik se estiraba en su asiento y la miraba con gesto extrañado.

–Pero la primera vez no tuvimos ningún problema; decidiste que querías tener un bebé, yo sabía que no podía dártelo y desde ese momento todo cayó en picado –respondió secamente.

–Si cayó en picado fue solamente porque tú decidiste que no podías decirme la verdad sobre tu vasectomía –lo contradijo Betsy.

Los ojos de Nik se iluminaron con un brillo desafiante y su fuerte mandíbula se tensó.

–¿Cuántos hombres quieren decirle a una mujer que no pueden darle lo único que más desea en el mundo? –le preguntó en voz baja aunque con dureza–. ¿Cómo crees que me sentía cuando me encontré la ropa de bebé que habías guardado en una bolsa al fondo del armario?

Betsy se quedó atónita al verle mostrar algo de sus emociones con esa pregunta. Le hizo ver por primera vez que su espíritu de macho se había visto sacrificado por ese deseo suyo que él no había

podido concederle; lo había hecho sentirse mal. Cuando mencionó la ropa de bebé que había comprado con el fin de no perder la esperanza y que más tarde, y por vergüenza, había ocultado, no supo qué pensar. Por un lado esa revelación la dejó profundamente avergonzada, ni siquiera quiso pensar en cómo le habría hecho sentirse a él ese descubrimiento, y de pronto notó cómo le ardía la cara de turbación.

–No sabía que habías encontrado esa ropa… ¿Por qué no me lo contaste? –le preguntó sin mucho ímpetu.

–Sabía que el asunto se me iba a ir un poco de las manos, así que pensé que era más sencillo y más seguro evitar el tema –admitió con determinación–. No veía escapatoria. Por lo que sabía por entonces la vasectomía era irreversible y, por mucho que hiciera, tú te quedarías destrozada por lo que yo jamás podría esperar darte…

–Lo siento mucho –susurró Betsy con emoción y reconociendo por fin lo mucho que había supuesto para él también aquella atribulada fase de sus vidas.

Su deseo de tener un hijo se había convertido en una obsesión que había regido su existencia y la de él y Nik se había visto atrapado por una verdad que no había soportado compartir con ella.

Pero todo había cambiado, se recordó impacientemente. Contra todo pronóstico, ella había concebido ese bebé tan deseado y ahora por lo que estaba luchando era por la necesidad de que crearan un proyecto viable de futuro para su matrimonio.

–Estos términos que has mencionado… –dijo Nik con tono suave, pero a ella no logró engañarla con ese tono. Ahí estaba, tan recto y alto, su hermoso rostro tenso como si estuviera retándola a sugerir condiciones que él encontraría inaceptables.

–Siempre estabas viajando y yo estaba sola en casa –le dijo ella con pesar.

Nik la miró asombrado.

–Pero no eran viajes de placer. Estaba viajando por razones laborales…

–Lo sé, pero nunca estabas en casa y me sentía muy sola –se vio obligada a admitir con atrevida sinceridad–. Tenía suerte si lograba verte una semana al mes. Pero eso no era suficiente.

Nik estaba desconcertado.

–Como marido, mi función principal es sin duda darte todo lo que necesites.

–Eso sonaría muy impresionante, y podría perdonar tus ausencias si tu negocio tuviera problemas o si ya no fueras multimillonario. Pero no tienes ninguna de esas excusas. Lo ideal para mí sería un marido que piense que su función principal es hacerme feliz –le confió con valor–. Y me harías mucho más feliz si estuvieras más en casa, sobre todo una vez que hayan nacido los niños. Para ser un buen padre tienes que estar siempre ahí.

Nik se quedó pensativo y en silencio. Jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera sentirse sola cuando él no estaba cerca. Después de todo, en los primeros años de su matrimonio nunca se había quejado de la cantidad de tiempo que pasaban separados. Era cierto que en una ocasión había dicho que la soledad era lo que inicialmente la había conducido al deseo de ser madre, pero él había considerado que esa era una fuente momentánea de frustración, más una excusa que se le había ocurrido a Betsy que algo que verdaderamente se le pudiera achacar a él.

–Hace mucho tiempo mi abuelo me enseñó que la única persona en la que la de verdad puedes confiar en el mundo de los negocios eres tú mismo y me estás pidiendo que delegue funciones importantes a mis subordinados –la informó con gran pesar–. Y eso no sé si podría hacerlo…

Estaba serio, muy serio. Le había pedido que viajara menos, que se quedara más tiempo en casa, pero por el modo en que estaba reaccionando más bien parecía que le hubiera pedido que le donara una bolsa de sangre a diario o que sacrificara una de sus extremidades.

Mantuvo las manos bien pegadas a los lados para evitar abrazarlo porque hasta ese momento nunca se había dado cuenta de lo profunda que era su falta de confianza en los demás ni de que esa desconfianza la hubiera generado en él un pariente cercano y a una temprana edad.

–Pero podrías intentarlo –señaló ella con delicadeza–. Prueba a ver cómo funciona porque, si no pruebas otra forma de vida, no entiendo cómo podré llegar a ser feliz contigo.

Nik se quedó consternado con esa amenaza. Sabía que cualquier

hombre se sentiría agradecido de saber que sus mujeres querían verlos más. Sabía más aún lo agradecido que siempre había estado al volver a casa y reunirse con Betsy, incluso durante la fase de obsesión con la maternidad. Pero entonces, rápidamente, otra idea se apoderó de él. En unos meses tendrían dos hijos en sus vidas y entendía perfectamente dónde debería residir su prioridad a partir de ese momento. No podría proteger a unos hijos a los que apenas vería. No podría ser un buen padre o un buen marido sin hacer concesiones. Pero, como siempre que un cambio amenazaba, Nik se quedó paralizado, lleno de un repentino miedo y desasosiego ante la idea de que su rutina se viera interrumpida.

–¿Qué pasa? –preguntó Betsy.

–Nada –respondió él al instante con la mirada velada y tomando aire en un lento y profundo ejercicio de control que le habían enseñado a utilizar a la tierna edad de diez años. Ningún hijo suyo sufriría un daño parecido y solo pensar que haría lo posible para proteger a sus hijos logró calmarlo.

Betsy dio un paso adelante, dolorosamente consciente de que Nik estaba sumido en una intensa introspección que se apoderaba de él de vez en cuando y la dejaba al margen. Deslizó las manos sobre la parte delantera de su camisa, regocijándose por el calor y la fortaleza que desprendía, deseando que compartiera con ella lo que le inquietaba.

–Tú y yo… puede funcionar –le dijo–. Podemos hacer que funcione.

Con su poderoso cuerpo tenso por razones distintas, Nik miró unos ojos azules cargados de inquietud y cientos de recuerdos amenazaron con atraparlo: Betsy esforzándose por ocultar su dificultad a la hora de leer la carta del restaurante durante su primera cita; Betsy riéndose bajo la lluvia cuando se le rompió el paraguas y se empapó; Betsy enseñando a Gizmo a devolver la pelota en lugar de desmenuzarla a mordiscos; Betsy diciéndole que la había dejado embarazada. Era valiente y franca con esa sinceridad a modo «o lo tomas o lo dejas» que tanto había admirado siempre. Era una pena que él no pudiera equipararse a ella en sinceridad, que no pudiera decirle lo que le había pasado, pero creía que la verdad solo lo haría débil ante sus ojos y que al final la haría asustarse cuando era su deber protegerla. Se veía entre la espada y

la pared.

–Betsy… –susurró con voz ronca y los dedos enredados en su sedoso pelo rubio para apartárselo de la mejilla.

–Podemos ser felices. Podemos hacer que funcione –repetía ella con tenaz convicción.

–Calla –le respondió él en griego antes de besarla con fuerza y ansia.

Fue un beso lleno de lujuria y frustración y más ardiente que el fuego que la atravesó como una flecha en llamas y que encendió un intenso deseo entre sus esbeltos muslos. Se dejó caer en ese beso y su interior se iluminó como una estrella. Cuando Nik la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio, ella lo miró con el corazón totalmente reflejado en sus ojos, con calidez, miedo y deseo entremezclados. Sin embargo, no le dio las palabras de amor que antes le había entregado tan confiadamente porque, una vez las pronunciara, no podría retirarlas, no podría imponer ninguna distancia entre los dos y no podría reclamar las mismas cosas. Una vez las pronunciara, no se daría la vuelta para marcharse. Y no porque no quisiera, sino simplemente porque no podría hacerlo…

Capítulo 10

BETSY se estremeció al verse en el espejo. Se estaba preparando para la fiesta de Belle, pero sus pensamientos estaban bien alejados de toda frivolidad.

Si Nik la había amado, estaba convencida de que podría haber enterrado cada átomo de sus inseguridades para siempre. Pero, por triste que pareciera, resultaba que estaba convencida de que su marido solo había vuelto con ella porque estaba embarazada y saber eso suponía una humillación que no haría más que enconarse a cada año que pasara. Sus atribulados ojos azules se llenaron de lágrimas. Parpadeando tremendamente rápido, agarró un pañuelo de papel para secárselas antes de que se le corriera la máscara de pestañas.

Pero era un hecho que Nik no la amaba y que nunca lo había hecho. Por otro lado, sí que la deseaba con locura, había una conexión química que evidentemente se había mantenido incluso mientras habían estado separados. «Da gracias por lo que tienes en lugar de anhelar lo que no puedes tener», se dijo con frustración. Después de todo, algunos matarían por el poder de encender semejante pasión en su pareja. Con eso debería bastar. Tenía que bastar.

Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que habían vuelto a Lavender Hall y gran parte de ese tiempo lo habían pasado en la cama. Le ardía la cara solo de recordarlo. No podía dejar de desear a Nik, no podía ponerle frenos a esa hambre salvaje y ávida que él le provocaba cada vez que lo miraba. Pero, si seguía mostrándose tan fácilmente disponible, ¿cuánto tardaría Nik en ver que la tenía exactamente donde quería? ¡Comiendo de la palma de su mano para tratarla como le viniera en gana! Una postura de semejante debilidad y vulnerabilidad nunca podía verse como un buen punto de partida, y menos tratándose de una flamante reconciliación.

Una melena rubia, recién lavada y secada, caía como en una

cascada de seda alrededor de sus hombros mientras salía al dormitorio. Casi al mismo tiempo, Nik salía del vestidor, completamente vestido e inmaculado. Con una chaqueta de diseño a juego con unos pantalones entallados negros que resaltaban su altura, sus estrechas caderas y sus largas y musculosas piernas, estaba absolutamente guapísimo, tan moreno y elegante y desprendiendo puro poder sexual.

Un calor se acumuló en la pelvis de Betsy, que luchó contra ese cosquilleo con cada fibra de su cuerpo. Después de todo, de nada servía intentar tomarse las cosas con calma con Nik y mantenerlo a raya al mismo tiempo que se metía con él en la cama a la mínima oportunidad. Porque ¿no era eso lo que había estado haciendo? Siempre que miraba a Nik, apenas podía quitarle las manos de encima.

Nik la miraba sin ocultar su admiración.

–Sin duda el azul es tu color, *kardoula mou*.

El vestido azul medianoche de Betsy se ceñía a su pecho y a su caldera y las mangas y la falda estaban hechas de encaje. Su pálida piel resplandecía con el brillo de una perla a través del encaje y sus brillantes ojos reflejaban ese intenso azul como un espejo.

–Te agradezco que me acompañes. Sé que no te gustan las fiestas a menos que puedas estar en un rinconcito tranquilo y hablando únicamente de trabajo –señaló Betsy con pesar–. Pero tus hermanos te harán compañía…

–Y todos esos pequeños hermanastros que tengo –le recordó con ironía–. Haré un esfuerzo por conocerlos, pero, como no soy de mucho hablar y seguro que Belle ya les ha hablado muy mal de mí, no puedo prometerte nada.

–Un poco de esfuerzo es lo único que te pido –le aseguró Betsy intentando no sonreír ante su voluntad de darles una oportunidad a los hijos más pequeños de Gaetano Ravelli. Él la había escuchado y estaba preparado para cambiar esa situación y, para ella, eso era más que suficiente para ganarse muchos puntos.

–Está claro que estoy dispuesto a hacer el esfuerzo que sea necesario –contestó Nik.

Betsy lo miró con sus grandes ojos azules.

–¿Por qué?

Nik rodeó su aún delgada cintura y lentamente llevo su cuerpo

hacia sí sin dejar de mirarla con unos ojos verdes que brillaban de deseo como joyas.

–Quiero que seas feliz conmigo, Betsy.

–Soy feliz –le aseguró sonrojándose y eróticamente consciente de su gran y poderoso cuerpo y de la erección que no estaba molestándose en ocultar.

Lo miraba embelesada por su elegante, oscura y masculina belleza. Saber que en todos los aspectos que importaban seguía siendo suyo a pesar de la separación la llenó de emoción y causó estragos en sus defensas. Los rincones más femeninos de su cuerpo zumbaban de actividad, el deseo se removía en su interior, incluso a pesar de que el sentido común luchaba por contenerlo y le recordaba que estaba arreglada y con ganas de llegar a tiempo para la fiesta.

Nik bajó su hermosa cabeza y con un brusco movimiento Betsy giró la suya a un lado, resistiéndose a sus instintos antes de que él pudiera salirse con la suya y arruinarle el pintalabios.

–Ya estoy arreglada del todo –le explicó con la voz entrecortada y lo miró, desconcertada al reconocer un fugaz brillo de inseguridad en su mirada. El corazón le dio un brinco ante el recuerdo que esa mirada provocó. La había mirado exactamente igual el día que se había marchado, como si no entendiera del todo qué había hecho al ocultarle el tema de su vasectomía, como si no pudiera darle crédito a la reacción que ella había tenido ante la revelación y se sintiera increíblemente humillado por ello. Entonces Betsy no lo había entendido, pero seguía sin ser una expresión con la que se sintiera cómoda.

Con un movimiento igual de repentino se separó de sus brazos y se dio la vuelta dándole la espalda.

–Bájame la cremallera –le dijo.

–Pero creía que… –comenzó a decirle él con aparente estupefacción ante su cambio de opinión.

–¿Desde cuándo soy así de quisquillosa? –bromeó algo temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas; las hormonas se le habían revolucionado porque lo deseaba, siempre lo deseaba, y la asombraba que él no se hubiera dado cuenta de ello inmediatamente.

El vestido cayó al suelo y ella se quedó allí con su ropa interior

de encaje. Él se recreó la vista con su diminuto y cada vez más curvilíneo cuerpo mientras ella se agachaba corriendo a recoger el vestido para posarlo con cuidado sobre una silla.

–A veces te deseo tanto que me duele –le dijo él con tono ronco.

Sonrojada mientras él se quitaba la chaqueta y la camisa sin el cuidado que ella había tenido, caminó hasta él, le desabrochó los pantalones y coló unas delgadas manos por debajo para rodear la larga y tersa evidencia de su excitación y acariciar su aterciopelado miembro hasta que él emitió unas palabras en griego y se arrancó el resto de la ropa con menos paciencia de la que había mostrado un momento antes. Betsy se arrodilló a sus pies y le dio placer con su carnosa boca y sus diestros dedos mientras unas casi dolorosas oleadas de excitación atravesaban su acalorado cuerpo con cada gemido que le arrebataba a Nik.

–Quiero hacerte el amor –susurró Nik agachándose para levantarla y sentarla en el extremo de la cama. Le bajó la ropa interior y deslizó la punta de la lengua sobre sus inflamados pezones antes de catar la melosidad que se acumulaba entre sus muslos con un largo dedo.

Incluso antes de tenderse sobre ella, Betsy ya estaba arqueándose y gimiendo, ansiando de un modo que se le hacía insoportable el final que tanto anhelaba. Nik le colocó las piernas sobre sus hombros y se hundió en ella con fuerza y rapidez, con una fuerza deliciosa.

–Eres increíble en la cama, *kardoula mou* –le dijo con viveza y modificando el ángulo de sus caderas antes de volver a hundirse en ella de nuevo en un movimiento que le arrancó un grito.

A ella se le aceleró el corazón y le costó respirar a medida que la excitación iba en aumento acompañada de una intensa tensión en la pelvis. El rápido y fluido ritmo de Nik se volvió más brusco hasta hacerle perder el control a Betsy, que se vio abrumada por la pasión y la salvaje explosión de placer que la asaltaron cuando ya no pudo contenerse más. Incluso después, unos pequeños temblores de deleite siguieron recorriéndola mientras hundía la cara en el húmedo hombro de Nik e inhalaba el aroma de su esbelto y poderoso cuerpo mientras la clavaba al colchón.

–Creo que será mejor que nos movamos si queremos llegar a la fiesta antes de medianoche.

Unos pícaros ojos verdes se posaron en su expresión aturdida y Nik se rio al verla reaccionar consternada y apartarse corriendo para levantarse y recuperar sus galas elegidas para la fiesta.

–Me ha encantado ver a Nik hablando con Bruno sobre su curso de arte –dijo Belle al llevar a Betsy hacia el invernadero en la parte trasera de la enorme y lujosa mansión londinense en la que Cristo y ella vivían. Eran las dos de la madrugada y la mayoría de los invitados ya se habían marchado.

–Es probable que Nik encuentre a Bruno menos intimidante que sus hermanas –bromeó Betsy.

–Hoy he invitado a demasiada gente. No he podido ni estar cinco minutos a solas contigo en toda la noche –se quejó Belle agitando su copa de champán con un enfático gesto de enfado que hizo que una buena cantidad del líquido dorado rebosara por el borde.

Betsy se rio porque, sin duda, la chica del cumpleaños estaba un poco achispada.

–Es tu fiesta. Está claro que todo el mundo quería hablar contigo…

–Pero Nik y tú… ¿habéis vuelto definitivamente? –preguntó la enérgica pelirroja con una fascinación que no podía ocultar–. Cuando Cristo me dijo que Nik había vuelto a la casa, me negué a creerlo.

Betsy resistió el impulso de admitir que ella también se había mostrado incrédula con lo sucedido en un principio; había cosas que era mejor mantener en secreto.

–El divorcio se ha paralizado –confirmó–. Vamos a volver a intentarlo.

Con el ceño suavemente fruncido y gesto de intensa curiosidad, Belle la observó.

–¿A pesar de todo lo que ha pasado entre vosotros? ¿A pesar de todo lo que ha hecho?

Betsy decidió responder a esas arduas preguntas con sinceridad.

–Además de que Nik no es el único que ha cometido errores, nunca he dejado de amarlo. Pensaba que sí, pero entonces volví a estar con él y me di cuenta de que solo había estado engañándome

a mí misma.

Como respuesta a esa confesión, Belle se mostró sorprendentemente pensativa y después suspiró como rindiéndose a regañadientes al argumento.

–Creo que todos hemos pasado por eso en algún momento –le confesó con inesperado sentimiento–. Cuando pensé que Cristo estaba enamorado de ti, sinceramente creí que lo odiaba porque estaba hundida e increíblemente celosa.

Betsy se quedó paralizada de incredulidad y se preguntó si habría oído bien lo que había dicho su amiga.

–¿Creías que Cristo podía estar enamorado de mí? ¡Por favor! ¿Cuándo?

–Después de que nos casáramos, descubrí que llevaba una foto tuya en su cartera –admitió con pesar–. Antes de eso, había dado por hecho que solo erais amigos…

–Pero es que solo éramos amigos –contestó algo incómoda y preguntándose cuánto alcohol habría bebido Belle esa noche–. Nunca hubo nada, ni siquiera el más mínimo flirteo entre nosotros… lo juro…

Belle arrugó la nariz como avergonzada.

–Por supuesto eso lo sé ahora, pero no lo sabía por entonces y Cristo lo tuvo muy difícil para convencerme porque, admitámoslo, eres preciosa y muy femenina, Betsy, así que obviamente podía ver tu atractivo. En aquel momento me daba mucho miedo que fueras más del tipo de Cristo de lo que yo podría serlo nunca…

En ese instante las divagaciones de Belle quedaron interrumpidas por un repentino ruido detrás de Betsy y una brusca exclamación masculina. Se giró consternada, justo a tiempo de ver la alta figura de Nik girándose en la puerta para salir corriendo hacia el pasillo.

–¿Nik? –gritó tras él nerviosa mientras se preguntaba cuánto tiempo llevaría allí esperando a que ella se percatara de su presencia–. ¿Me estabas buscando? Espera…

–¡Oh, no! –exclamó Belle, horrorizada–. Nik debe de haber oído lo que te he dicho de Cristo…

Las dos mujeres salieron corriendo del invernadero para volver a la fiesta y llegaron al vestíbulo justo cuando Nik agarraba a su hermano Cristo del hombro y lo golpeaba en la cara un segundo

antes de clavarlo contra la pared con una expresión de furia en su encendido rostro.

–Mi esposa… ¿estuviste enamorado de mi esposa? –bramó con iracunda incredulidad.

Betsy se dio cuenta de que, efectivamente, Nik había oído a Belle admitir que en algún momento había pensado que Cristo estaba enamorado de ella y apretó los dientes de frustración, ya que no era la clase de revelación que Nik se tomaría bien, ni mucho menos. Era un hombre orgulloso y posesivo y ni su estrecha amistad con su hermano excusaría lo que Nik calificaría como una traición imperdonable. Aun así, había sacado las cosas de quicio de un modo estúpido, pensó exasperada y negándose a dar crédito a las sospechas de Belle.

–Cálmate, Nik. Piensa bien lo que dices –le estaba diciendo Cristo con admirable temple para tratarse de un hombre al que le salía sangre por una comisura de la boca–. Lo has malinterpretado todo…

–¿Llevabas una foto de Betsy en la cartera? –bramó Nik aparentemente sordo a cualquier súplica de que se calmara.

–No es lo que parece –protestó Cristo.

–¿Mi propio hermano? Confiaba en ti, ¡confiaba en que cuidaras de mi mujer y me traicionaste! –bramó como si Cristo no hubiera dicho nada y con esa resentida acusación echó el brazo atrás y volvió a golpearlo.

Cuando por fin Cristo se pudo zafar del castigo de su hermano, le soltó una sarta de improperios en un italiano rápido y fluido.

–¡Por favor, que alguien los detenga! –gritó Betsy consternada mientras los dos hermanos empezaban a intercambiarse puñetazos; estaban tan equiparados en fuerza que no parecía que la pelea fuera a tener una conclusión rápida.

Belle cruzó el vestíbulo hasta el salón en el que aún quedaban un puñado de invitados rezagados y llamó a su cuñado Zarif.

Zarif apareció en la puerta, alto e impactantemente guapo con la piel oliva y los ojos muy oscuros; el joven rey de Vashir reaccionó de inmediato y se metió entre los hermanos esquivando un golpe que lo habría lanzado volando de no ser tan ágil.

Afortunadamente, que el soberano hubiera esquivado el golpe por muy poco hizo que sus cuatro guardaespaldas se metieran en la

pelea para separar a los hermanos. Un intercambio de furiosas palabras en italiano y griego siguieron, pero Zarif abrió la puerta del despacho de Cristo y dijo:

–Discutiremos esto en un lugar más privado.

Betsy agradeció al joven su intervención. Aunque Zarif era técnicamente el hermano pequeño, lo habían criado como un príncipe árabe en un palacio real y, después de haber recibido formación como soldado y haber combatido de verdad, tenía una madurez y una sensatez poco propia para su edad.

–¿Pero qué le he hecho a esta familia? –estaba susurrando Belle desconsolada y apartándose su melena caoba de la frente con gesto de nerviosismo–. ¡Qué gran problema he creado entre los hermanos! ¡Cristo jamás me perdonará por haber abierto mi bocaza!

–Independientemente de lo que él sintiera, Nik no debería haber estallado así y haber dado por sentado lo peor –respondió Betsy con la voz entrecortada–. Debería haberlo hablado primero con Cristo.

–Pero lo habría golpeado de todos modos –opinó Belle sin dudarlo–. Nik es esa clase de hombre oscuro, celoso y apasionado.

Por la razón que fuera Betsy nunca había visto a su marido de ese modo y parpadeó con gesto de confusión.

–Y Cristo me explicó una vez que a Nik no se le dan bien las emociones, lo cual supongo que explica por qué habéis estado a punto de divorciaros antes de que por fin se haya dado cuenta de que sigues siendo la persona más importante de su mundo.

–Yo no lo expresaría del todo así –murmuró Betsy incómoda y deseando poder colarse en el despacho de Cristo para saber exactamente qué estaba pasando entre los tres hermanos. Era la primera vez que había visto a Nik perder los nervios y el control hasta ese punto y seguía impactada, las piernas le temblaban un poco tras haber presenciado la clase de violencia que detestaba, y sobre todo cuando surgía entre miembros de la misma familia. El intercambio de golpes había roto la estrecha relación de los hermanos y esa realidad la había dejado hundida.

–¡Nik está absolutamente loco por ti! –protestó Belle–. Y Cristo dice que siempre lo ha estado… desde el momento en que te vio.

A Betsy se le hizo un nudo en la garganta. ¿Era posible que Nik de verdad sintiera algo por ella? ¿Que se hubiera engañado con sus sentimientos al igual que lo había hecho ella? Después de todo, ¿no

había creído durante un tiempo que lo odiaba? ¿No había sido esa su forma de asumir la vida sin él? ¿Su modo de salir adelante y sobrevivir sin tenerlo a su lado?

–Cristo me va a matar por todo esto –murmuró Belle con lágrimas de culpabilidad en sus preciosos ojos–. No siempre pienso antes de hablar. En el fondo nunca he llegado a olvidar aquella época en la que creía que Cristo tal vez sentía más por ti que por mí…

–No creo que eso haya pasado nunca –respondió Betsy con firmeza.

–Tal vez quería probarte, ver cómo reaccionabas –admitió Belle avergonzada.

–Cristo nunca me ha parecido atractivo –y al captar la mirada de disgusto de Belle, sonrió y añadió–: Para mí nunca ha existido nadie más que Nik.

Con paso inseguro, Betsy se acercó al despacho y llamó a la puerta antes de abrirla. Desde el umbral vio a los hermanos, todos ellos con distintos grados tensión y enfado en sus rostros extraordinariamente parecidos.

–Creo que deberíamos irnos a casa –le dijo a Nik.

–Buena idea –respondió él cruzando la habitación con sus largas y poderosas piernas.

–Y cuando lleguéis, deberías explicarle unas cuantas cosas a Betsy –le dijo Cristo.

–Eso no nos incumbe a nosotros –replicó Zarif con tono de reproche ante el consejo.

Mientras escuchaba a sus hermanos, a Nik se le encendieron las mejillas y después ese rubor se difuminó dejándolo pálido, algo raro en él, y extremadamente tenso. Unas espesas pestañas negras cubrieron sus brillantes ojos cuando echó un protector brazo sobre los hombros de Betsy.

–A casa –dijo sin ocultar su alivio.

–¿Te has disculpado con Cristo? –le preguntó ella mientras la limusina se alejaba de la casa.

Nik le lanzó una mirada de asombro.

–No. ¿Y por qué iba a disculparme?

Betsy tomó aire lentamente.

–Lo has atacado…

–Se ha llevado lo que se merecía –contestó Nik con tono mordaz–. Puede que le haya llegado un poco tarde, pero se lo merecía. Eres mi esposa y te confié a él…

–Y jamás traicionó tu confianza –declaró Betsy eligiendo ser prudente en lugar de señalar que durante aquel periodo de sus vidas Nik le había dado la espalda y la había abandonado–. Si es verdad que tuvo algún tipo de sentimiento tonto por mí, no lo sospeché en ningún momento porque jamás dijo ni hizo nada estando a mi lado que pudiera sugerirlo.

–¿Jamás? –insistió Nik lanzándole una atribulada mirada con la que dejaba claro que no estaba muy convencido–. ¿Y tú qué sentías por Cristo en aquel tiempo? Yo me había ido, habíamos empezado con los trámites de divorcio y estabas sola a excepción de por las visitas de apoyo de mi hermano –pronunció la palabra «apoyo» con burlón énfasis.

–Me sentía agradecida por su apoyo y por el hecho de que estuviera dispuesto a escuchar todas mis divagaciones –admitió sinceramente–. No tenía a nadie más con quien hablar. Era tu hermano. Hablar con Cristo sobre ti no me parecía desleal y sabía que nada de lo que dijera delante de él iría más allá.

–Lo animé a entablar relación contigo –confesó Nik con valentía y tensando la mandíbula al recordarlo–. Tenía confianza total en él. Debería haber sabido que me equivocaba…

–¿Lo animaste a ser mi amigo? –repitió Betsy sorprendida–. ¿Pero por qué?

Nik se movía incómodo en la esquina del asiento trasero.

–Quería saber que estabas bien, que tenías todo lo que necesitabas…

–Pero no estaba bien –respondió con voz tensa y comedimiento–. ¿Cómo iba a estarlo? Te habías negado a contarme siquiera lo de tu vasectomía y por qué lo habías hecho, y después te habías marchado y le habías dado la espalda a nuestro matrimonio.

Nik frunció el ceño pensando que ese comentario le parecía una evaluación injusta.

–Si me marché fue porque me dijiste que me marchara. Me dijiste que jamás podrías perdonarme, que no volverías a mirarme

nunca y que había matado tu amor. Dijiste que nuestro matrimonio estaba acabado –respondió.

Betsy observó su hermoso rostro atónita por haber vuelto a oír las palabras que le había lanzado meses atrás ahora, cuando menos se lo esperaba.

–Pero eso es lo que dice la gente cuando está enfadada y dolida y confundida…

–Pero conmigo no te puedes permitir decir esas cosas porque me lo tomé en plan literal y creí que hablabas totalmente en serio –admitió Nik con tono bajo.

–En aquel momento deberíamos haber hablado con más calma.

–Había temas que no estaba preparado para discutir contigo –soltó con energía–. Soy nulo para hablar de temas emocionales. Ni siquiera sé lo que siento, así que ¿cómo voy a saber lo que sienten los demás?

La frustración y la amargura marcaron el ceño fruncido de Nik y ella giró la cabeza, bajó la mirada preguntándose a qué se estaría refiriendo, pero negándose a presionarlo después de la noche tan desagradable que habían tenido.

–¿Has arreglado las cosas con Cristo? –le preguntó sin rodeos.

–¿Te sentías… te sientes atraída por él? –preguntó Nik bruscamente, con sus ojos brillantes en la penumbra del interior del coche–. La mayoría de las mujeres lo preferirían a él antes que a mí. Yo soy más sombrío, más rudo, mucho menos delicado.

Betsy tragó saliva pasmada de que Nik aún pudiera sentirse tan inseguro y asombrada de que siguiera afectado por la revelación de Belle lo suficiente como para seguir sospechando.

–Lo único que puedo decirte es que os conocí a los dos el mismo día en el restaurante y que en ningún momento me fijé en él. Quiero decir, sí que vi que había un tipo contigo y al final llegué a la conclusión de que seríais hermanos, pero por lo que a mí respectaba, era como si Cristo no hubiera estado allí –le confió con tono suave–. Fuiste tú en quien me fijé, fuiste tú de quien no podía apartar la mirada…

–¿Y… después? –insistió agarrándola de la mano–. ¿Qué sentiste después de que nuestro matrimonio fracasara?

–Sentí que era mi único amigo porque me escuchaba y no me juzgaba. Por estar ahí cuando necesitaba un hombro sobre el que

llorar. Fue muy bueno conmigo…

–Me ha dicho que fui un asco de marido, que no te traté como debía y que lo sentía por ti –contestó él con la respiración acelerada–. ¿Es verdad? ¿Te traté mal?

–Viajabas mucho y eras muy… despegado. Nunca me contabas nada. Pero, exceptuando el hecho de que me ocultaras lo de la vasectomía, no habría dicho que fuiste un asco de marido –dijo sinceramente–. Fui feliz contigo la mayor parte del tiempo…

–Pero debería haber sido todo el tiempo –respondió con determinación–. Te decepcioné. Sin embargo, exceptuando tu deseo de tener un hijo, de verdad pensé que estaba actuando bien como marido. Por desgracia, no soy perfecto, es más, tengo muchos defectos y he hecho todo lo posible para ponerles remedio. Pero tú tampoco eres perfecta. Cuando me enteré de que tenías dislexia, me sentí muy cómodo contigo. Al principio lo que sentí por ti fue una explosiva atracción física, pero una vez llegué a conocerte y me di cuenta de que tú tenías tus limitaciones también, me pareciste perfecta…

La limusina se detuvo frente a la casa y durante un segundo Betsy se quedó ahí sentada, sin más, mirándolo fijamente. «Tú tenías tus limitaciones también». Esas palabras no dejaban de resonar por su cabeza, en especial la última.

–Cuando has dicho que tenías muchos defectos, ¿a qué te referías?

La puerta del copiloto se abrió y un frío aire nocturno se coló dentro. Sin soltarla de la mano, Nik la sacó del coche para subir con ella las escaleras.

–Te debo la verdad –entonó con una amargura que no logró ocultar–. Pero es una verdad que jamás habría elegido compartir contigo.

Un agorero cosquilleo recorrió la espalda de Betsy e hizo que se le pusiera la carne de gallina. Miró su bronceado perfil y quedó consternada por la tensión que pudo advertir.

–No sé de qué estás hablando –susurró con tono de disculpa.

Nik abrió la puerta del salón y se dispuso a servirles algo de beber. En silencio, a ella le sirvió un zumo de naranja y Betsy agarró con fuerza el vaso incapaz de dejar de mirarlo.

–¿No pensaste nunca que en algunos momentos te resultaba un

poco raro? –le preguntó con un tono algo sardónico.

Sin responder, Betsy lo vio tomarse un brandy y se fijó en la tensión que estaba esforzándose por controlar.

–¿Y bien? –le preguntó de nuevo con determinación.

–Eres un poco diferente… de vez en cuando –admitió con reticencia y pensando en la proposición matrimonial que había salido como de la nada y la reconciliación sobre la que él había decidido no discutir antes de mudarse–. Pero nada que no pueda soportar…

–Pues vamos a verlo… –le dijo Nik con una oscura mofa en el tenso gesto de su boca–. No se me da bien la empatía. Me cuesta saber qué está pensando la gente. No confío en casi nadie. Y por si eso fuera poco, no me gusta jugar en las relaciones. Aun así, mis defectos no han hecho más que causarme problemas en el terreno de las relaciones personales.

Betsy estaba atónita. Empezaba a notar el palpitar de un dolor de cabeza porque lo que él estaba intentando decirle era mucho más importante que nada que podría haberse imaginado.

–De niño sufrí malos tratos de un modo muy severo –admitió Nik secamente y observándola con unos preciosos ojos verdes como si de pronto estuviera esperando que se pusiera a chillar o a gritarle–. Mi madre fue la autora…

–¿Tu… madre? –exclamó Betsy horrorizada.

–Mi madre… sí. Las mujeres también pueden ser violentas –añadió enérgicamente–. Siempre he sospechado que sufría algún desorden de personalidad. Era muy violenta. Para empezar, nunca quiso tener hijos y lo peor de todo era que le recordaba a Gaetano, a quien odiaba. Mi padre la había engañado al dejar embarazada también a la madre de Cristo y ella centró todo su odio y su rencor en mí porque me parecía a él.

Betsy estaba aturdida e impactada.

–No tenía ni idea, Nik. ¿Por qué no me lo contaste nunca? ¿Esas pesadillas que solías tener…?

–Recuerdos de infancia… También empezaron a invadirme imágenes de los maltratos –confesó con tono reticente–. Me cuesta mucho comprender los asuntos emocionales… como ha pasado esta noche con Cristo. Me he descontrolado porque estaba muy furioso y molesto. Me he sentido traicionado. Temía que tú sintieras algo por

él que no deberías, sentimientos que no podías reconocer porque sabías que no debías tenerlos. Me preguntaba cómo demonios podría llegar a conocer la verdad en semejante situación… porque si eso podía ser algo muy difícil para cualquiera, para mí lo sería aún más.

–Oh, Nik… –exclamó con la voz entrecortada y apesadumbrada porque todas esas cosas que nunca había llegado a entender de él ahora por fin cobraban sentido.

Esa era la razón por la que él se quedaba en silencio y pensativo cuando ella le lanzaba furiosas acusaciones y empezaba a hablar de sentimientos y era también la razón por la que al final había malinterpretado lo que ella sentía por él y la había abandonado. Había creído que ya no lo amaba, que le había dicho la verdad al respecto. Él no era capaz de evaluar y analizar un enfrentamiento de ese tipo y a veces la gente lanzaba insultos y amenazas cuando se sentía herida y furiosa. Después de todo, eso era exactamente lo que ella le había hecho también.

–Y esto es lo que habría evitado a toda costa si hubiera podido –admitió furioso y alzando su orgullosa cabeza–. Nunca quise que lo supieras y que me infravaloraras por ello…

–Yo no podría infravalorarte… –le respondió consternada.

–No quería que me vieras como un ser dañado y ahora ni quiero ni tu lástima ni tu compasión –le dijo secamente y mirándola con gesto desafiante–. Creías que era perfecto y yo deseaba desesperadamente ser perfecto para ti. Quería que me admiraras, que me respetaras…

–Y lo sigo haciendo, ¡por el amor de Dios! –le juró refutando apasionadamente su obvia preocupación–. Eres diez veces más inteligente que yo y un empresario brillante y de éxito. Por supuesto que te respeto y jamás podría infravalorarte. Es más, puede que ahora te admire aún más precisamente porque has tenido fuerzas y valentía para luchar contra todo esto en silencio… ¿Por qué lo has hecho? Entiendo que tu masculinidad te haya animado a ocultar lo que ves como una debilidad, pero ¿por qué no me lo contaste hace años? Quiero decir, ¡estábamos casados, por favor!

–Siempre me enseñaron a ocultárselo a la gente, a ocultar las cicatrices, las magulladuras. Me volví un experto apartando a la gente de mi dolor y mi sufrimiento. Mi propia madre me veía como

un bicho raro porque jamás reaccionaba ante el maltrato al que me sometía. Aprendí muy rápido que, si reaccionaba, o lloraba o le pedía que parara, eso solo haría que las cosas empeoraran para mí. Por eso dejé de llorar, dejé de sentir y me cerré apartándome de ella y de todo el mundo –le explicó con una voz tan calmada que resultó impactante, como si la actitud de su madre hacia él hubiera sido perfectamente comprensible–. Cuando tenía cuatro años, ya me llevaba a terapia de trastornos del comportamiento.

Betsy lo miraba horrorizada, pero apretó los labios para contener una exclamación que habría revelado sus verdaderos sentimientos, ya que él no quería oír que le estaba partiendo el corazón con su relato. Estaba claro que su infancia había sido una prueba de resistencia ante la crueldad y el dolor. Su madre no lo había protegido ni querido; lo había llamado «bicho raro». Desde muy temprana edad se había visto forzado a ser autosuficiente y ese hecho, sin duda, habría aumentado su desconfianza innata en los demás y su aislamiento.

Envalentonado al ver que ella no lo estaba haciendo avergonzarse con sus reacciones, Nik continuó con tenacidad, decidido a contarle todo ahora que había comenzado.

–Helena me detestaba. No solo porque había tenido un hijo al que no quería, sino porque se avergonzaba de mí.

A Betsy se le saltaron las lágrimas, pero siguió con los ojos bien abiertos, decidida a que Nik no las viera. No podía soportar imaginar cómo tuvo que ser su infancia. Estaba claro que su madre no había sido nada cariñosa y él debió de sentir que era culpa suya porque no era lo suficientemente bueno para ella, porque no era perfecto. ¡Qué confundido y perdido debía de haberse sentido al no entenderlo!, pensó angustiada ante la idea de toda esa desdicha que habría sufrido.

–Mi madre me maltrataba físicamente –admitió con brusquedad–. Pero las pesadillas comenzaron poco después de conocerte. Había contenido todos los recuerdos de su crueldad, era mi forma de enfrentarme a ello. No había olvidado lo que me hizo, pero tampoco quería ahondar en esas vivencias. Pero cuando te conocí me abrí a sentir cosas por primera vez y, después, sin previo aviso, empecé a tener pesadillas y me invadieron imágenes de violencia.

Betsy respiró hondo y entonces ya no pudo contener más sus sentimientos. Cruzó la distancia que los separaba y rodeó su esbelto y poderoso cuerpo como si no fuera a soltarlo jamás.

–No debiste haber permitido que tu madre viniera a nuestra boda –espetó a falta de algo mejor que decir, temerosa de revelar su compasión y herir su orgullo, ya que era consciente de que semejante sinceridad, que desnudar así su alma, debía de ser muy duro para un hombre tan reservado y discreto como él–. ¿Por qué no te protegió tu abuelo?

–Vivíamos en un ala de la casa completamente separada. Nunca vio ni oyó nada sospechoso y dio por sentado que me hacía los moretones en el colegio, que me acosaban allí porque no se me daba bien jugar con los demás niños –explicó sin una pizca de emoción.

Betsy apoyó la frente en la parte delantera de su camisa; ahí pudo sentir el reconfortante golpeteo de su corazón y también su calidez, que se coló en sus huesos helados.

–¿Y por qué no le contaste lo que te estaba haciendo tu madre?

–Creía que me lo merecía por no ser el hijo que ella quería.

Rodeándolo por la cintura, Betsy tragó saliva tan fuerte que se hizo daño en la garganta.

Era un hombre de acero forjado a fuego y ella jamás lo había valorado de ese modo. Era duro porque había tenido que ser duro para sobrevivir, duro porque sabía que esa debilidad se traducía en vulnerabilidad y desconfiado porque demasiada gente le había dado la espalda.

–Los maltratos que sufrí fueron la razón de que me sometiera a una vasectomía –dijo con tono grave–. No quería tener un hijo por si yo acababa sintiendo por él lo mismo que mi madre había sentido por mí. No podía soportar la idea de hacer pasar a un niño por el mismo dolor que había sufrido yo. Sin embargo, ahora sé que no soy como mi madre y por eso decidí que la vasectomía había sido una exageración por mi parte.

Su explicación, por muy sencilla que fue, la sacudió con fuerza, la impactó, porque jamás se le había ocurrido que Nik hubiera tenido una buena razón para hacer esa elección cuando aún era tan joven. A ella se le habían ocurrido motivaciones más egoístas como, por ejemplo, que se negara a ver su libertad limitada por la

responsabilidad que conllevaba convertirse en padre.

Presionó su redondeado vientre contra su poderoso cuerpo y se apoyó en él.

–Eres un hombre bueno y considerado. Sé que protegerás y cuidarás a los bebés con tu vida. No te pareces en nada a tu madre, ni siquiera lo pienses –dijo con la voz entrecortada.

Nik le agarró la barbilla con delicadeza y le alzó la cara para mirarla.

–Me daba miedo contarte la verdad y que me odiaras por haberte dejado embarazada…

–Yo jamás podría odiarte –susurró con sus ojos azules clavados en sus hermosos rasgos–. Te quiero demasiado como para odiarte y querré a nuestros hijos del mismo modo…

Nik enarcó sus cejas color ébano y sus impresionantes ojos destellaron de sorpresa y curiosidad bajo una hilera de frondosas pestañas.

–¿Estás diciendo que aún me quieres? ¿Cómo puede ser?

–Nunca he dejado de amarte. Cuando te dije que habías matado mi amor el día que te eché de casa, estaba dejándome llevar por la furia –le confió con culpabilidad–. Estaba furiosa, pero no hablaba en serio…

–No me digas esas cosas nunca más –le pidió Nik acariciando su delicada mandíbula–. Creí que te había perdido para siempre. Fui a ver a un terapeuta para consultarle el tema de las pesadillas cuando empeoraron –admitió con brusquedad–. Ser sincero sobre mi infancia aligeró el peso que arrastraba y me ayudó a asumirlo. La dejé enterrada y ya no miro atrás… excepto en lo que a ti concierne.

–¿Y por qué soy diferente yo? –le preguntó intencionadamente.

–Porque tú siempre has despertado en mí sentimientos que nadie más había evocado –le confesó–. Pero no me di cuenta de lo que eran hasta que ya fue demasiado tarde. Sé que no eras feliz cuando nos casamos, pero yo sí lo fui. Solo el hecho de tenerte en mi vida y en mi hogar me bastaba. Sin ti, todo se fue al infierno y me sentí desesperadamente desdichado.

Betsy se apoyó en él con un suspiro de placer.

–Yo sentía lo mismo. Creo que estamos hechos el uno para el otro.

–Y yo creo que echarte de menos, desearte y necesitarte todo el tiempo significa que te quiero –confesó con un tono con el que parecía estar burlándose de sí mismo–. Siento haber tardado tanto en darme cuenta de que me haces feliz, pero al menos al final he llegado a hacerlo…

Betsy lo miraba maravillada.

–¿Me amas?

–Si no te tengo a ti, no quiero nada más –admitió con valor–. Solo el sonido de tu voz por teléfono me llena de alegría…

Una burbuja de felicidad fue formándose en el interior de Betsy echando fuera el dolor, la preocupación, la inseguridad, y dando paso a una visión de futuro que resultaba gloriosamente atractiva.

–Me aterraba que hubieras vuelto a mi lado y fueras a darle otra oportunidad a nuestro matrimonio solo porque estaba embarazada.

–Eso fue solo una excusa. La verdad es que quería volver y, una vez me hice a la idea, no podía esperar más a hacerla realidad –le confesó mirándola con ternura y admiración–. No puedo enfrentarme a la vida sin ti.

Betsy acercó la cara a su cuello e inhaló su familiar aroma con enorme satisfacción sabiendo que por fin estaba con ella, a su lado, en todos los sentidos.

–¿Te perdonará Cristo por lo que ha pasado esta noche?

–Hemos hecho las paces. Sabe que se equivocó.

Betsy lo miró consternada.

–Eso no es lo que…

–No debería haber sentido nada por ti en absoluto y lo sabe –respondió Nik con terquedad.

–Estoy cansada –susurró ella apoyando suavemente la cabeza sobre su hombro–. Vamos a la cama antes de que se haga más tarde.

En el vestíbulo, Nik la levantó en brazos para subirla por las escaleras.

–Ya no tienes que hacer eso más –le recordó con delicadeza.

–Soy feliz haciéndolo, *latria mou* –dijo al tenderla sobre la cama antes de dirigirle una carismática sonrisa y añadir–: Y cuando nazcan los bebés la vida será mucho mejor porque tendré dos personitas más a las que cuidar.

–Y los tres te exigiremos mucho –predijo Betsy a modo de advertencia mientras él le bajaba la cremallera del vestido y la

ayudaba a quitárselo.

–Te amo lo suficiente como para soportar todo lo que me eches, *pethi mou* –respondió metiéndose en la cama con ella y acercando a sí su ligero cuerpo–. Creo que debí de enamorarme de ti la primera vez que te vi porque desde entonces no pude sacarte de mi cabeza.

Los pálidos dedos de Betsy vagaban con delicadeza entre su sedoso pelo negro mientras se relajaba en sus brazos.

–Fue mutuo –le confirmó medio dormida y rodeándolo por el cuello–. Tengo que levantarme y desmaquillarme. No dejes que me duerma…

Pero Nik se sentía demasiado feliz teniendo entre sus brazos a su mujer como para despertarla. Él, completamente despierto, se deleitó con esa maravillosa sensación de paz y bienestar. Betsy se movió y se acurrucó contra él con un suave suspiro de satisfacción como si, incluso dormida, siguiera sintiendo que Nik era quien le aportaba seguridad. En la oscuridad él sonrió.

Estaba convencido de que eso era la esencia de la felicidad…

Risitas de bebé llenaban el aire mientras Nik corría detrás de sus hijas por la playa.

–¡Volved aquí! –gritó teniendo que admitir su derrota.

Desde la manta del picnic, Betsy agitó unos vasitos de zumo y Dido e Ione corrieron a recogerlos moviendo sus pequeñas piernecitas rápidamente y con paso seguro. Bajo la luz del sol, la alianza de diamantes que Nik le había regalado el día que se habían convertido en padres resplandecía sobre su dedo anular. Sus hijas tenían casi dos años ya y estaban llenas de energía y vida. Eran gemelas idénticas con rizos negros, piel oliva y los ojos azules de su madre.

Impresionado por la facilidad con la que Betsy había logrado atraer a las pequeñas, Nik tendió su largo y bronceado cuerpo sobre la manta junto a su esposa.

–¿Por qué no hacen lo que les digo? –preguntó.

–Las malcrías y nunca las regañas –señaló Betsy cuando las niñas llegaron para reclamar sus vasos de zumo. Se los bebieron sedientas.

Nik observaba a sus hijas con gesto pensativo. Si no las adorara

tanto, si no le recordaran a Betsy en todo, le habría resultado más sencillo tratarlas con disciplina. Pero las niñas habían heredado los ojos y la dulzura de Betsy además de su sentido de la picardía. Ser padre era más divertido y más agotador también de lo que se había imaginado, pero no habría cambiado ni un solo día de su, a menudo, caótica y ocupada vida por un día sin sus niñas.

Siempre que tenían unos días libres volaban a Vesos para alojarse en la villa y pasar una temporada allí en familia. A las niñas les encantaba la playa mientras que Betsy disfrutaba sin más de unos días relajados y de tener a Nik todo para ella. Ahora casi nunca se ausentaba de Lavender Hall durante más de tres días seguidos. Había reducido rigurosamente sus viajes al extranjero y ese cambio de estilo de vida había comenzado cuando Betsy aún estaba embarazada porque no había querido dejarla, y lo había mantenido tras el nacimiento de las gemelas después de que se hubiera dado cuenta de que quería implicarse por completo en las vidas de sus hijas, tanto como lo estaba Betsy.

Mientras las gemelas masticaban sus sándwiches, Betsy observaba el delgado y hermoso rostro de Nik, que contemplaba a sus hijas. Jamás se habría imaginado que pudiera ser tan feliz como la había hecho Nik. Sin ningún secreto entre ambos y con una gran cantidad de amor y de comprensión, sus vidas habían cambiado para mejor.

Aún seguían viendo mucho a Belle y a Cristo y a los hermanastros que la pareja había adoptado. Afortunadamente el enfrentamiento entre Nik y Cristo no había dejado resentimientos por ninguna de las dos partes y los hermanos estaban tan unidos como siempre. En ocasiones se reunían todos para volar al fantástico y opulento palacio de Zarif y disfrutar del sol del desierto. Pero, sobre todo, Nik disfrutaba ejerciendo de padre y estando en casa.

Por supuesto, no todo entre ellos había sido perfecto, admitió Betsy. Una vez Nik se había dado cuenta del tamaño del negocio que ella estaba dirigiendo en la parte trasera de la casa, se había quedado impactado y había insistido en que la tienda instalada en la granja y el resto de establecimientos que habían surgido después se trasladaran a otro sitio. Antes de que ese traslado hubiera tenido lugar finalmente y Nik hubiera comprado una granja vecina para

instalar el negocio, se habían producido varias discusiones acaloradas. Ahora Betsy tenía que desplazarse en coche para ir a trabajar, pero había tenido que admitir que, dada la proximidad del nuevo emplazamiento a una carretera principal muy transitada, las ventas habían aumentado de manera exponencial. Gracias a la perspicacia de Nik para los negocios, no había nadie que pudiera superarlo como socio capitalista.

Cuando todos habían terminado de almorzar, la niñera de sus hijas bajó a la playa para recogerlas y llevarlas a la villa, donde se echarían la siesta de la tarde.

–Ha llegado la hora de los adultos –suspiró Nik con satisfacción girándose sobre la manta con presteza para mirar a Betsy, que estaba tomando el sol en un biquini rojo compuesto de tres pequeños triángulos–. ¿Cuánto vas a tardar en quitártelo?

–No me lo pienso quitar. Podrían vernos desde algún barco que pase por aquí –señaló Betsy con las mejillas encendidas ante la idea y el riesgo que correrían.

Nik soltó una carcajada y tiró del lazo de la braguita del biquini mientras le robaba el aliento con un hambriento beso que hizo que se le encogieran los dedos de los pies.

–Es usted una belleza y además una mujer increíble, pero también puede llegar a ser una auténtica mojigata, señora Christakis…

–Lo admito, pero te quiero mucho –le dijo a su favor mientras ansiaba tener de nuevo su sensual boca sobre sus labios. Notaba cómo se le encendía la piel según la mano de él se deslizaba por su cintura y con elegantes y largos dedos iba acercándose provocativamente hacia sus pechos.

–Yo también te quiero –susurró Nik con esos ojos color esmeralda resplandeciendo mientras la admiraba–. No me basta estar contigo para siempre.

Volvió a besarla y una sensación de deleite y absoluta felicidad encendieron todo su ser. Cuando finalmente le quitó el biquini, ella hizo como si no se hubiera dado cuenta, aunque pasó mucho, mucho tiempo, hasta que volvieron a la villa.